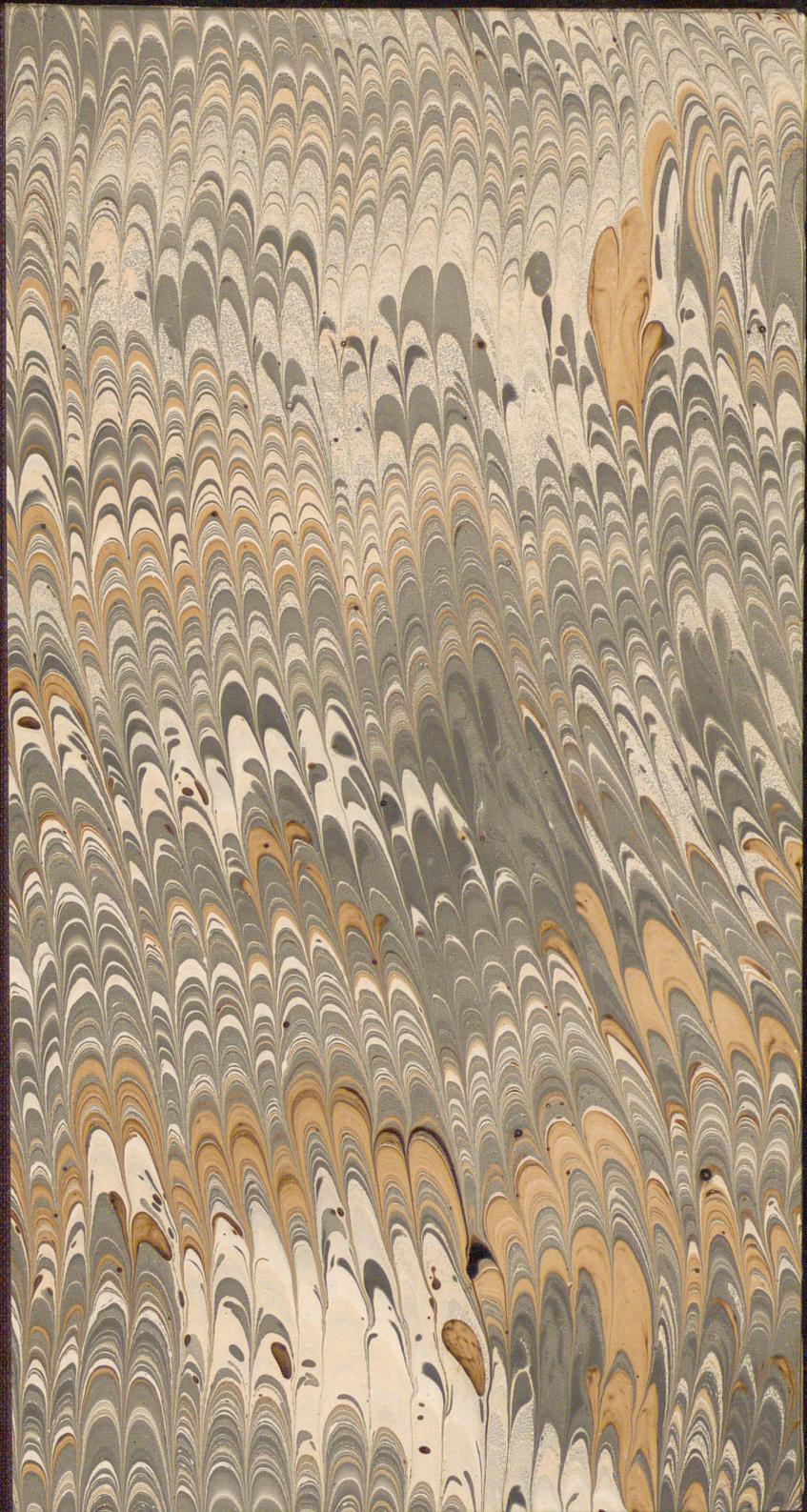
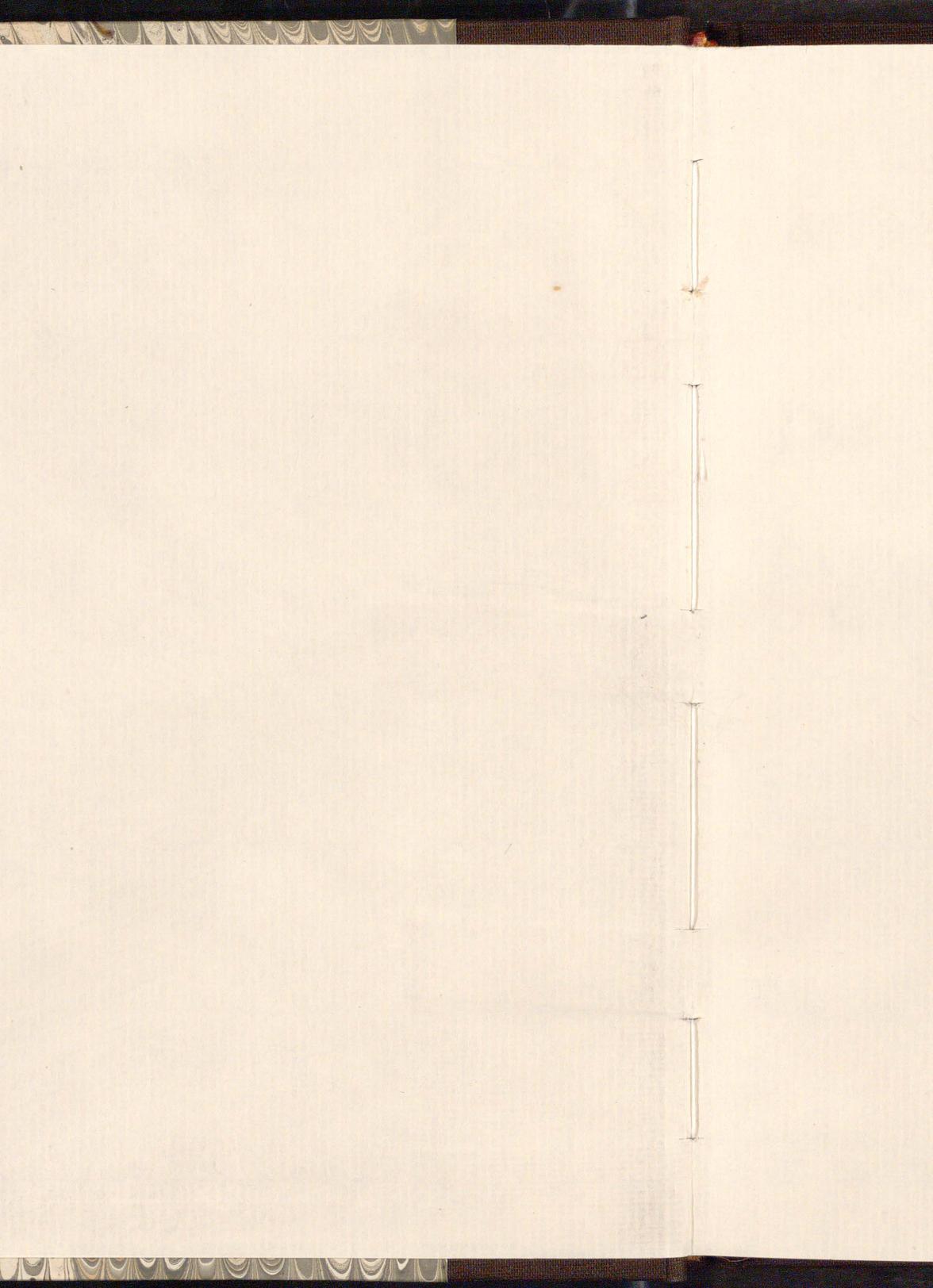


75. 159





75.159

R. 402.757



VIDA,
ASCENDENCIA, NACIMIENTO,
CRIANZA, Y AVENTURAS
DE EL DOCTOR
DON DIEGO DE TORRES
VILLARROEL,
CATHEDRATICO DE PRIMA
de Mathematicas en la Universidad
de Salamanca.

DEDICADA

A LA EXCELENTISSIMA SEÑORA DOÑA MARIA
Theresa Alvarez de Toledo, Haro, Silva, Guzmán, Henriquez de Ri-
vera &c. Duquesa de Alva, Marquesa de el Carpio, Duquesa de
Huescar, Condesa de Olivares, Duquesa de Galisteo,
y de Montoro &c.

ESCRITA

POR EL MISMO DON DIEGO DE TORRES
Villarroel.

CON LICENCIA.

EN MADRID : En la Imprenta del Convento de la Merced.
Año de 1743.

A LA EXC^{MA} SEÑORA
DOÑA MARIA THERESA
ALVAREZ DE TOLEDO,
HARO, SILVA, GUZMÁN
&c. Duquesa de Alva, Marquesa
de el Carpio, Duquesa de
Huescar &c.

EXC^{MA} SEÑORA:



N el breve, y humilde bul-
to de estas planas estàn re-
fumidos (Excelentissima
Señora, y unica veneracion
de mi respeto) los torpes
passos , las culpables quietudes , y las
melancolicas desventuras de mi misera-
ble Vida. Refiero en ellas el ocio , los
emplèos , los afanes , los descuidos, y las
malicias que han passado por mi , desde
que entrè en el Mundo, hasta aora que
estoy

estoy bien cercano à salir de èl. Descubro entre poquissimas felicidades las persecuciones con que me ha seguido la fortuna , las miserias à que me condenò mi altanerìa , los precipicios adonde me assomaron mis costumbres , y los mas de los errores , que dieron justamente à mi Vida el renombre de mala vida. Lo mas que contiene este angustiado Compendio son perversas locuras , suceffos viciosos , y tristissimas casualidades ; y siendo tan escandaloso este culto , ni me averguenzo de sacrificarlo à los pies de V. Exc. ni desespero de que su discretissima compafsion dexè de admitir mis ansias reverentes; porque no los dedico como dones de sacrificante presumptuoso, sino como promessas de un infelice delincuente, que busca en el delicioso sagrado de V. Exc. su patrociniò, su honor, y sus seguridades.

Tiene este humildissimo cortejo el semblante de malhechor; mas no le faltan

venturofas desgracias , que le prometen toda la piedad de V. Exc. Es un resumen de culpas , infortunios, escandalos, castigos, y defazones : pero yo no sacrifico à V. Exc. mis delitos, sino mis trabajos: No retiro à su sagrado mis locuras , sino mis aflicciones ; y finalmente no pongo en el clementissimo altar de V. Exc. lo que he pecado, sino lo que he padecido. Por estas razones , y la de haverse fabricado en casa de V. Exc. este voto, en aquellas horas en que (con sentimiento de mi veneracion) me retiraba de sus pies , creo que no es indigno de las aceptaciones ; y mas quando lo acompaña mi rendimiento, mi gratitud , y mi fidelissima servidumbre.

Suplico á V. Exc. rendidamente se digne de recibir la vida que gozo , y la Vida que escribo ; pues sobre una y otra han puesto las honras de V. Exc. un dominio apetecible , y una esclavitud inexcusable : de modo que no le ha quedado à mi eleccion , à mi afecto , ni à mi codicia

estoy bien cercano à salir de èl. Descubro entre poquíssimas felicidades las persecuciones con que me ha seguido la fortuna , las miserias à que me condenò mi altanerìa , los precipicios adonde me assomaron mis costumbres , y los mas de los errores , que dieron justamente à mi Vida el renombre de mala vida. Lo mas que contiene este angustiado Compendio son perversas locuras , suceffos viciosos , y tristíssimas casualidades ; y siendo tan escandaloso este culto , ni me averguenzo de sacrificarlo à los pies de V. Exc. ni desespero de que su discretíssima compafsion dexè de admitir mis ansias reverentes; porque no los dedico como dones de sacrificante presumptuoso, sino como promessas de un infelice delinquentè, que busca en el delicioso fagrado de V. Exc. su patrociniò, su honor, y sus seguridades.

Tiene este humildíssimo cortejo el semblante de malhechor; mas no le faltan

venturosas desgracias , que le prometen toda la piedad de V. Exc. Es un resumen de culpas , infortunios, escandalos, castigos, y defazones : pero yo no sacrificio à V. Exc. mis delitos, sino mis trabajos: No retiro à su sagrado mis locuras , sino mis aflicciones ; y finalmente no pongo en el clementissimo altar de V. Exc. lo que he pecado, sino lo que he padecido. Por estas razones , y la de haverse fabricado en casa de V. Exc. este voto, en aquellas horas en que (con sentimiento de mi veneracion) me retiraba de sus pies , creo que no es indigno de las aceptaciones ; y mas quando lo acompaña mi rendimiento, mi gratitud , y mi fidelissima servidumbre.

Suplico á V. Exc. rendidamente se digne de recibir la vida que gozo , y la Vida que escribo ; pues sobre una y otra han puesto las honras de V. Exc. un dominio apetecible , y una esclavitud inexcusable : de modo que no le ha quedado à mi eleccion , à mi afecto , ni à mi codicia

cia la libertad de pensar en otro Dueño para Patrono de el desdichado culto de esta Obrilla. V. Exc. lo es solo de todas mis acciones ; y en reconocimiento à sus graciosísimas piedades , ofrezco mi Vida, obras, y trabajos , lo que he sido , lo que foy , y lo que pueda valer , y vivir.

Nuestro Señor guarde à V. Exc. muchos años , como se lo ruego , y nos importa. De esta Casa de V. Exc. Madrid y Mayo 12. de 1743.

EXC^{MA} SEÑORA:

B.L.Pies de V. Exc. su rendidísimo Siervo,

El Doctor Don Diego de Torres.

APRO:

APROBACION DE DON DIEGO
de Heredia, Canonigo del Sacro Monte de
Granada, &c.

S E ñ O R.

HE leído de orden de V.S. la Vida, Ascenden-
cia, Crianza, y Aventuras de Don Diego de
Torres, escritas por él mismo, y no contiene voz,
clausula, ni expresion alguna, que se oponga à la pu-
reza de las buenas costumbres, ni à los Estatutos,
Mandamientos, ni Leyes de nuestra Catholica Reli-
gion, por lo que puede V.S. darle la Licencia que
pide, salvo &c. De mi Possada oy 26. de Abril de
1743.

Don Diego de Heredia.

LICENCIA DEL ORDINARIO.

NOS el Licenciado Don Miguel Gomez de Escobar, Inquisidor Ordinario, y Vicario de esta Villa de Madrid, y su Partido, &c. Por la presente, y por lo que à Nos toca, damos licencia para que se pueda imprimir, è imprima el Libro intitulado: *Vida, y Ascendencia de Don Diego de Torres*, escrita por el mismo; atento que de nuestra orden y comision ha sido visto, y reconocido, y parece no contiene cosa que se oponga à nuestra Santa Fè Catholica, y buenas costumbres. Dada en Madrid à catorce de Mayo de mil setecientos y quarenta y tres.

Lic. Escobar.

Por su mandado,

Isidro Martinez.

APRO.

*APROBACION DE D. ANTONIO
Fernandez de la Cruz, Cathedratico de
Propiedad de Philosophia en la Universidad
de Sevilla, Abad de la Iglesia Colegial de
de nuestro Salvador de Granada &c.*

M. P. S.

HE leído con escrupuloso cuidado la Vida del Doctor Don Diego de Torres, que V. A. remite à mi censura, y no contiene voz, ni clausula que se oponga à las Regalias, Providencias, y Estatutos de el Rey nuestro Señor, por lo que puede muy bien V. A. darle la licencia que pide para su impresion. Así lo siento, salvo &c. Madrid y Abril 24. de 1743.

Don Antonio Fernandez
de la Cruz.

LICENCIA DEL CONSEJO.

Don Miguèl Fernandez Munilla , Secretario del Rey nuestro Señor, su Escrivano de Camara mas antiguo, y de Gobierno del Consejo : Certifico, que por los Señores de èl , se ha concedido licencia al Doctór Don Diego de Torres Villarroèl , del Gremio y Claustro de la Universidad de Salamanca, para que por una vez pueda imprimir, y vender un Libro que ha escrito, intitulado: *Vida, Ascendencia, Nacimiento, Crianza, y Aventuras de Don Diego de Torres*, con que la impresion se haga por el original que và rubricado, y firmado al fin de mi firma ; y que antes que se venda se trayga al Consejo dicho Libro impresso , junto con su original , y certificacion del Corrector de està conformes, para que se tasse el precio à que se ha de vender , guardando en la impresion lo dispuesto , y prevenido por las Leyes, y Pragmaticas de estos Reynos. Y para que conste lo firmè en Madrid à veinte y nueve de Abril de mil setecientos y quarenta y tres.

Don Miguèl Fernandez Munilla.

FEE DE ERRATAS.

EL Libro, que he visto, intitulado: *Vida, y Ascendencia del Doctór Don Diego de Torres*, escrita por èl mismo, està bien impresso, y corresponde con su original. Madrid y Mayo 16. de 1743.

Lic. Don Manuel Licardo de Rivera.
Corrector General por su Magestad.

SUMA DE LA TASSA.

Taffaron los Señores del Real Consejo de Castilla este Libro, intitulado: *Vida, Ascendencia, Nacimiento, Crianza, y Aventuras del Doctór Don Diego de Torres*, escrita por èl mismo, à seis maravedis cada pliego, como mas largamente consta de su original. Madrid y Mayo 16. de 1743.

PROLOGO AL LECTOR.

TU diràs (como si lo oyera) luego que agarres en tu mano este Papel, que en Torres no es virtud, humildad, ni entretenimiento escribir su Vida, sino desvergüenza pura, truhanada sólida, y Philosophia insolente de un picaron , que ha hecho negocio en burlarse de si mismo, y gracia estar haciendo zumba, y gresca de todas las gentes del mundo. Y yo dirè, que tienes razon, como soy Christiano. Prorrumpiràs tambien, despues de haverlo leído (si te coge de mal humor) en decir, que no tiene doctrina deleytable, novedad sensible, ni locucion graciosa, sino muchos disparates, locuras, y extravagancias, rebueltas entre las brutalidades de un idioma cerril , à ratos fucio, à veces basto, y siempre defabrido, y mazorrall. Y yo te dirè con mucha cachaza, que no hay que hacer ascos; porque no es mas limpio el que escucho salir de tu boca, y casi casi tan hediondo y pestilente el que despues de muy fregado , y relamido pone tu vanidad en las Imprentas. Puede ser que digas (por meterte à Doctor como acostumbres) que porque se me han acabado las idèas, los apodos, y las Satyras, he querido pegar con mis huesos, con los de mis difuntos, y con los de mi Padre, y Madre, para que no quede en este mundo, ni el otro , vivo ni muerto , que no aya baboseado la grosera boca de mi pluma. Y yo te dirè, que esso es mentira ; porque yo encuentro con las idèas, los apodos, y los equivocos quando los he menester, sin mas fatiga, que menearme un poco los sesos: y si te parece que te engaño, arrimate à mi, que juro ponerte de manera, que no te conozca la madre que te pario. Maliciaràs acafo (yo lo creo) que esta inventiva es un solapado arbitrio para poner en el publico mis vanidades, disimuladas con la confesion de quatro pecadillos ; queriendo vender por humildad rendida, lo que es una sobervia refinada. Y no sospechas mal: y yo, si no hago bien, hago à lo menos lo que he visto hacer à los mas devotos, contenidos, y remilgados de conciencia ; y pues yo trago tus hypocresias, y sus fingimientos, embocaos vosotros (pese à vuestra alma) mis artificios , y anden los embustes de mano en mano, que lo demàs es irremediable. Diràs ultimamente, que porque no se me olvide ganar dinero , he salido con la invencion de venderme la Vida. Y yo dirè, que me haga buen provecho : y si te parece mal, que yo gane mi vida con mi Vida, ahorcate , que à mi se me dà muy poco de la tuya. Mira hombre , yo te digo la verdad: no te aporrees, ni te mates por lo que no te importa ; folsiegate , y reconoce , que dàs con un vergante que desde ahora se empieza à reir de las alaban-

zas que le ponés, y de las tachas que le quitas: y yà que murmurés sea blandamente, de modo que no te haga mal al pecho, ni à los livianos, que primero es tu salud, que todo el mundo. Cuida de tu vida, y dexa que yo lleve y trayga la mia donde se me antojàre; y vamos viviendo, sin añadir pesadumbres escusadas à una vida, que apenas puede con los petardos que sacò de la naturaleza. En las hojas inmediatas, que yo llamo Introduccion, pongo los motivos, que me dieron la gana, y la paciencia de escribir mi Vida; leelos, sin prevenir antes el enojo, y te pareceràn, si no justos, decentes; y disimula lo demàs, porque es lo de menos. Yo sè que cada dia te bruman otros Escritores con estilos, y voces, unas tan malas, y otras tan malditas como las que yo te vendo, y te las engulles sin dâr una arcada: Conmigo solamente guardas una ojeriza irreconcilliable, y juro por mi vida, que no tienes razon. Seamos amigos; vida nueva, dexemos hiforias viejas, y aplicate à esta reciente de un Pobretòn, que ha dexado vivir à todo el mundo, sin meterse en sus obras, pensamientos, ni palabras. **En este Prologo no hay mas que advertir: Quedate con Dios.**



INTRODUCCION.

MI Vida, ni en su vida, ni en su muerte merece mas honras, ni mas epitafios, que el olvido, y el silencio. A mi solo me toca morirme à escuras, ser un difunto escondido, y un muerto de monton, acinado entre los demàs que se desvanecen en los podrideros. A mis gusanos, mis zancarrones, y mis cenizas deseo que no me las alboroten, yà que en la vida no me han dexado huesso sano. A la eternidad de mi pena, ò de mi gloria no la han de quitar, ni poner trozo alguno los recuerdos de los que vivan: con que no rebaxandome Infierno, ni añadiendome Bienaventuranza sus commemoraciones, para nada me importa que se sepa, que yo he estado en el mundo. No aspiro à mas memorias, que à los piadosissimos sufragios, que hace la Iglesia mi Madre por toda la Comunidad

de los Finados de su gremio. Cograme el torvellino de Resposos del dia dos de Noviembre, como à todo pobre, y me consolare con los que me reparta la piedad de Dios. Hablo con los antojos de mi esperanza, y la liberalidad de mi deseo. Yo me imagino desde acà Anima del Purgatorio, porque es lo mejor que me puede suceder. La multitud horrible de mis culpas me confunde, me aterra, y me empuja à lo mas hondo del Infierno: pero hasta ahora no he caido en el, ni en la desesperacion. Por la gracia de Dios espero temporales los castigos; y confiado en su misericordia, aun me hago las cuentas mas alegres. Su Magestad quiera, que este ultimo Pronostico me salga cierto, yà que ha permitido que mienta en quantos tengo derramados por el mundo.

A los Frayles, y los ahorcados
(antes y despues de calaveras)

A los

los escribe el uso , la devocion , ò el entretenimiento de los vivientes las vidas , los milagros, y las temeridades. A otras castas de hombres vigorosos en los vicios, ò en las virtudes , tambien les hacen la caridad de immortalizarlos un poco con la relacion de sus hazañas. A los muertos , ni los fube , ni los baxa , ni los abulta , ni los estrecha la honra , ò la ignominia , con que los facan segunda vez à la plaza del mundo los que se entrometen à Historiadores de sus aventuras ; porque yà no están en estado de merecer , de medrar, ni de arruinarse. Los aplausos , las afrentas , las exaltaciones , los contentos , y las pesadumbres todas se acaban el dia que se acaba. A los vivos les fuele ser lastimosamente perjudicial el cacarè de sus costumbres; porque à los buenos los pone la lifonja disfimulada en una entonacion desvanecida , y en un amor interessado , antojadizo , y peligroso. Regodeanse con los chismes del aplauso , y con las moneñas de la vanagloria , y dàn con su alma en una sobervia intolerable. Los malos se irritan, se maldicen, y tal vez se complacen con la abominacion , ò las acusaciones de sus locuras. Un requiebro de un Adulador desvanece al mas humilde. Una advertencia de un bienintencionado encoloriza al menos rebelde. En todo ay peligro : es ciencia dificultosa la de

alabar, y reprehender. Todos presumen que la saben , y ninguno la estudia ; y es raro el que no la practica con satisfaccion.

A los que leen dicen , que les puede servir al escarmiento , ò la imitacion la noticia de las virtudes , ò las atrocidades de los que con ellas fueron famosos en la vida. No niego algun provecho ; pero tambien descubro en su lectura muchos daños , quando no lee sus acciones el ansia de imitar las unas , y la buena intencion de aborrecer las otras , sino el ocio impertinente , y la curiosidad mal empleada. Lo que yo sospecho es , que si este estilo produce algun interès , lo lleva solo el que escribe : porque el muerto y el lector pagan de contado , el uno con los huesos que le desentierran , y el otro con su dinero. Yo no me atreverè à culpar absolutamente esta costumbre , que ha sido loable entre las gentes ; pero afirmo , que es peligroso meterse en vidas ajenas : y que es dificil describirlas sin lastimarlas. Son muchas las que están llenas de nimiedades , ficciones , y mentiras. Rara vez las escribe el desengaño y la sinceridad , sino es la adulacion , el interès , y la ignorancia. Lo mas seguro es , no despertar à quien duerme. Descansen en paz los difuntos : los vivos vean como viven : y viva cada uno para sí , pues para sí solo muere quando muere.

Las relaciones de los sucesos gloriosos, infelices, ò temerarios de infinitos vivientes, y difuntos podrán ser útiles, importantes, y aun precisas. Sean enhorabuena para todos: pero à mi, por lado ninguno me viene bien, ni vivo, ni muerto la memoria de mi vida: ni à los que la hayan de leer les conduce para nada el examen, ni la ciencia de mis extravagancias, y delirios. Ella es tal, que ni por mala, ni por buena, ni por justa, ni por ancha puede servir à las imitaciones, los odios, los cariños, ni las utilidades. Yo soy un mal hombre: pero mis diabluras, ò por comunes, ò por frecuentes, ni me han hecho abominable, ni exquisitamente reprehensible. Peco como muchos, emboscado y hundido, con miedo, y con vergüenza de los que me atisban. Mirando à mi conciencia soy facineroso; mirando à los testigos soy regular, passadero, y tolerable. Soy pecador solapado, y delincente obscuro, de modo que se sospeche, y no se jure. Tal qual vez soy bueno; pero no por esso dexo de ser malo. Muchos disparates de marca mayor, y desconciertos plenarios tengo hechos en esta vida; pero no tan unicos, que no los hayan executado otros infinitos antes que yo. Ellos se confunden, se disimulan, y passan entre los demás. El uso plebeyo los conoce, los hace, y no los estraña ni en mi, ni en

otro; porque todos somos unos, y con corta diferencia, tan malos los unos como los otros.

A mi parecer soy medianamente loco; algo libre, y un poco burlon; un mucho holgazán, un si es no es presumido, y un perdulario incorregible: porque siempre he conservado un aborrecimiento espantoso à los intereses, honras, aplausos, pretensiones, puestos, ceremonias, y zalamerias del mundo. La urgencia de mis necesidades, que han sido grandes, y repetidas, jamás me pudo arrastrar à las Antefalas de los Poderosos: sus paredes siempre estuvieron quexosas de mi desvío, pero no de mi veneracion. Nunca he presentado un Memorial; ni me he hallado bueno para Corregidor, para Alcalde, para Cura, ni para otro officio, por los que afanan otros tan indispuestos como yo. A este dexamiento (que en mi juicio es mal humor, ò filosofia) han llamado soberbia y rusticidad mis enemigos: puede ser que lo sea; pero como soy Christiano, que yo no la distingo, ò la equivoco con otros desordenes. Unas veces me parece genio, y otras altanería desvariada. Lo que aseguro es, que quando se me ofrece ser humilde, que es muchas veces al dia, siempre encuentro con las sumisiones, y con el menosprecio de mi mismo, sin el mas leve reparo, ni retiro de mi natural

orgullo. Sujeto con facilidad, y con alegría mis dictámenes y sentimientos à qualquiera parecer. Me escondo de las porfiadas conferencias, que son frequentes en las conversaciones. Busco el asfiento mas obscuro, y mas distante de los que presiden en ellas. Hablo poco, persuadido à que mis expresiones ni pueden entretener, ni enseñar. Finalmente estoy en los concursos cobarde, callado, con miedo y sospecha de mis palabras, y mis acciones. Si esto es genio, politica, negociacion, ò sobervia, apurelo el que và leyendo, que yo no sè mas que confesarlo.

Sobre ninguna de las necedades y delirios de mi libertad, pereza, y presuncion se puede fundar ni una breve Xacara de las que para el regodèo de los picaros componen los Poetas tontos, y cantan los Ciegos en los cantones y corrillos. Yo estoy bien seguro, que es una culpable majaderia poner en Coronica las fandez de un sugeto tan vulgar, tan ruin, y tan desgraciado, que por extremo alguno puede servir à la complacencia, al exemplo, ni à la rifa. El tiempo que se gaste en escribir, y en leer, no se entretiene, ni se aprovecha, que todo se malogra: y no obstante estas inutilidades y perdiciones, estoy determinado à escribir los desgraciados passages que han corrido por mi en todo

lo que dexo atras de mi vida. Por lo mismo que ha tardado mi muerte, yà no puede tardar: y quiero antes de morirme, desvanecer con mis confesiones y verdades los enredos y las mentiras, que me han abultado los criticos, y los embufteros. La pobreza, la mocedad, lo desentonado de mi aprehension, lo ridiculo de mi estudio, mis Almanaques, mis Coplas, y mis enemigos me han hecho hombre de novela, un Estudianton extravagante, y un Escolar entre brujo y Astrologo, con visos de diablo, y perspectivas de hechicero. Los tontos, que pican en eruditos, me facan, y me meten en sus conversaciones: y en los estrados, y las cocinas detras de un aforismo del Kalandrìo me ingieren una ridicula quixotada, y me pegan un par de aventuras descomunales; y por mi desgracia, y por su gusto ando entre las gentes hecho un mamarracho, cubierto con el sayo que se les antoja, y con los parches è hisopadas de sus negras noticias. Passò entre los que me conocen, y me ignoran, me abominan, y me saludan, por un Guzmàn de Alfarache, un Gregoriò Guadaña, y un Lazaro de Tormes: y ni soy este, ni aquel, ni el otro; y por vida mia que se ha de saber quien soy. Yo quiero meterme en corro; y yà que qualquiera monigote presumido se tema de mi mormuracion, mor-

muremos à medias, que yo lo puedo hacer con mas verdad, y con menos injusticia y escandalo que todos. Sigase la conversacion, y crea despues el mundo à quien quisiere.

No me mueve à confessar en el publico mis verdaderas liviandades el deseo de fofsegar los chifmes, y las parlerias con que anda alborotado mi nombre, y foragida mi opinion: porque mi espiritu no se altera con el ayre de las alabanzas, ni con el ruido de los vituperios. A todo el mundo le dexo galar, y decidir sobre lo que sabe, ò lo que ignora; sobre mi, ò sobre quien agarra al buelo su voluntad, su rabia, ò su costumbre. Desde muy niño conocì, que de las gentes no se puede pretender, ni esperar mas justicia, ni mas misericordia, que la que no le haga falta à su amor propio. En los empeños de poca, ò mucha consideracion cada uno sigue su comodidad, y sus ideas. Al que me àlaba, no se lo agradezco; porque si me alaba, es porque le conviene à su modestia, ò su hipocresia, y à ellas puede pedir las gracias que yo no debo darle. Al que me corrige, le oyo, y lo dexo descabezar: riome mucho de ver como presume de Consejero muy repotente, y gustoso con sus proprias satisfacciones. Afsi me compongo con las gentes, y afsi he podido llegar con mi vida hasta oy sin especial

congoja de mi espiritu, y sin mas trabajos que las indispensables corrupciones y lamentos, que para el Rey y el Labrador, el Pontifice y el Sàcristan tiene la naturaleza repofados en su misma fabrica y vitalidad.

Dos son los especiales motivos, que me estàn instando à facar mi Vida à la verguenza. El primero nace de un temor prudente, fundado en el hambre y el atrevimiento de los Escritores agonizantes y desfarrapados, que se gastan por la permission de Dios en este figlo. Esciben de quanto entra, passa, y sale en este mundo y el otro, sin reservar affunto ni persona; y temo que por la codicia de ganar quatro ochavos, salga algun tonto levantando nuevas maldiciones y embustes à mi sangre, à mi flema, y à mi colera. Quiero adelantarme à su agonìa, y hacerme el mal que pueda; que por la propia mano son mas tolerables los azotes. Y finalmente, si mi Vida ha de valer dinero, mas vale que lo tome yo, que no otro; que mi vida hasta ahora es mia, y puedo hacer con ella los visages y transformaciones, que me hagan al gusto y à la comodidad: y ningun vergante me la ha de vender mientras yo viva; y para despues de muerto les queda el espantajo de esta Historia, para que no lleguen sus mentiras y sus ficciones à picar en mis gusanos. Y estoy muy

contento de presumir , que bastará la diligencia de esta escritura que hago en vida , para espantar y aburrir de mi sepulcro los grajos , abejones , y moscardas , que sin duda llegarían à zumbarme la calavera , y roerme los huesos.

El segundo motivo que me provoca à poner patentes los disparatorios de mi vida es , para que de ellos coja noticias ciertas , y asunto verdadero el Orador que haya de predicar mis honras à los Doctores del reverente Claustro de mi Universidad. A mi opinion le tendrá cuenta , que se arreglen las alabanzas à mis Confesiones ; y à la del Predicador le convendrá no poco predicar verdades. Como he pasado lo mas de mi vida sin pedir , ni pretender honores , rentas , ni otros intereses ; tambien deseo , que en la muerte ninguno me ponga , ni me añada mas de lo que yo dexare declarado que es mio. Materiales sobrados contiene este Papel para fabricar veinte Oraciones Fúnebres : y no hará demasíada galantería el Orador en partir con mi Alma la propina , porque le doy hecho lo mas del trabajo. Acuerdese de la felicidad que se halla el que recoge junto , distinguido , y verdadero el asunto de los Funerales : que es una desdicha ver andar à la rastra (en muriendo uno de nosotros) al pobre Predicador mendigando virtudes , y estudiando

ponderaciones , para facar con algun lucimiento à su Difunto. Preguntan à unos , examinan à otros , y al cabo de uno , dos , ò mas años no rastrean otra cosa que ponderar del muerto , sino es la charidad ; y esta la deduce , porque algun dia lo vieron dar un ochavo de limosna. Empeñanse en canonizarlo , y hacerle Santo , aunque haya sido un Pedro Ponce , y es preciso que sea en fuerza de fingimientos , ponderaciones , y metafísicas. A mi no me puede hacer bueno ninguno despues de muerto , si yo no lo he sido en vida. Las bondades que me apliquen , tampoco me pueden hacer provecho. Lo que yo haga , y lo que yo trabaje , es lo que me ha de servir , aunque no me lo cacareen. Ruego desde ahora al que me predique , que no pregunte por mas ideas , ni mas asuntos , que los que encuentre en este Papel. Soy hombre claro , y verdadero , y diré de mi lo que sepa con la ingenuidad que acostumbro. Agarrese de la misericordia de Dios , y diga , que de su piedad presume mi salvacion ; y no se meta en el verengenal de hacerme virtuoso , porque mas ha de escandalizar , que persuadir con su Platica. Si mi Universidad puede suspender la costumbre de predicar nuestras Honras , yo deseo que empiece por mi , y que me cambie à Missas y Responso el Sermon , el Tumulo ,

las candelillas, y los epitafios. Gaste con otros fugetos mas dignos, y mas acreedores à las pompas sus exageraciones, y el bullage de los sentimientos enjutos; que yo morirè muy agradecido sin la esperanza de mas Honras, que las especiales que me tiene

dadas en vida. Estos son los motivos que tengo para facarla à luz de entre tantas tinieblas: Y antes de empezar conmigo, trasplantarè à la vista de todos el rancio alcarnoque de mi Alcurnia, para que se sepa de raiz, qual es mi tronco, mis ramos, y mis frutos.

ASCENDENCIA DE DON DIEGO de Torres.

Salieron de la Ciudad de Soria, ni sè si arrojados de la pobreza, ò de alguna travesura de mancebos, Francisco, y Roque de Torres, ambos hermanos de corta edad, y de sana y apreciable estatura. Roque, que era el mas bronco, mas fornido, y mas adelantado en dias, parò en Almeida de Sayago, en donde gastò sus fuerzas y su vida en los penosos afanes de la Agricultura, y en los cantados entretenimientos de la Aldèa. Mantuvose soltero y celibato; y el azadon, el arado, y una templada dieta, especialmente en el vino, à que se sujetò desde mozo, le alargaron la vida hasta una larga, fuerte, y apacible vejez. Con los repuestos de sus miserables salarios, y alguna ayuda de los dueños de las tierras que cultivaba, comprò cien gallinas, y un borrico: y con este poderoso Afsiento, y crecido negocio empezó la nue-

va carrera de su ancianidad. Siendo yà hombre de cinquenta y ocho años, metido en una chia, y rebuelto en su gaban, se puso à Harriero de huevos, y trugiman de pollos, acarreando esta mercaderia al Corrillo de Salamanca, y à la plaza de Zamora. Era en estos Puestos la diversion y alegria de las gentes, y en especial de las mozas, y los compradores. Fue muy conocido y estimado de los vecinos de estas dos Ciudades, y todos se alegraban de ver entrar por sus puertas al Sayaguès: porque era un viejo desafquerado, gracioso, sencillo, barato, y de buena condicion. Con la afabilidad de su trato, y la tarèa de este pobre comercio desquitaba las resistencias del azadon, y burlò los ardidès y tropelias de la ociosidad, la vejez, y la miseria. Viviò noventa y dos años, y lo sacò de este mundo (segun las señas que dieron los de Sayago) un Colico con-

convulsivo. Dexò à su Alma por heredera de su borrico, sus gallinas, sus zuecos, y gaban, que eran todos sus muebles y raizes: y hasta hoy que se me ha antojado à mi hacer esta memoria, nadie en el mundo se ha acordado de tal hombre.

Francisco, que era mas mozo, mas habil, y de humor mas violento, llegò à Salamanca; y despues de haver rodado todas las Porterias de los Conventos, asentò en casa de un Boticario: recibìole para sacar agua del pozo, lavar peroles, machacar raizes, y arrullar à ratos un niño que tenia. Fuese instruyendo insensiblemente en la patarata de los rotulos: entrometiòse en la golosina de los xaraves, y las conservas; y con este baño, y algunas unturas que se daba en los ratos ociosos con los Canones del Messue, saliò en pocos dias tan buen Gramatico, y famoso Pharmaceutico como los mas de este exercicio. Fue examinado y aprobado por el reverendo Tribunal de la Medicina, y le dieron aquellos señores su Cedulòn, para que sin incurrir en pena alguna, hiciesse y despachasse los unguentos, los zerotés, los julepes, y las demás porquerias que encierran estos Oficiales en sus caxas, botes, y redomas. Muriò su amo pocos meses despues de su examen; y antes de cumplir el año de muerto se casò, como era regular, con la viuda;

la que quedò moza, bien tratada; y con tienda abierta: y entre otros hijos tuvieron à Jacinto de Torres, que por la pinta fue mi legitimo Abuelo. Fue Francisco un buen hombre, muy afsistente à su casa, retirado, y limosnero: muriò mozo, y creo piadosamente que goza de Dios.

Quedò mi Abuelo Jacinto en poder de su madre; y criòse como hijo de viuda, libre, regalado, impertinente, y vicioso. La libertad de la crianza, y la violencia de su genio lo echaron de su casa; y despues de muchas correrias y estaciones parò en Flandes. Sirviò al Rey de poco; porque à los dos años del asiento de su plaza, que fue de Soldado raso, le embarò el movimiento de una pierna un carbunco que le saliò en una corva. Cojo, invalido, y sin sueldo se hallaba en Flandes; y acosado de la necesidad, discuriò en elegir un oficio para ganarse la vida. Aprendiò el de Tapizero, y saliò en èl primoroso y delicado, como lo juran varias obras fuyas, que se mantienen hoy en Salamanca, y otras partes. Yà Maestro, y hombre de treinta y quatro años, se bolviò à su patria, asentò su rancho, y puso sus telares, su tabla à la puerta con las Armas Reales, y su rotulòn: *Del Rey nuestro Señor Tapizero*. Casò con Maria de Vargas, que fue mi Abuela, y vivieron muchos años con envidiable

se.

ferenidad , y moderada conveniencia : porque su oficio, su economia , y su paz les multiplicaba los bienes y el trabajo. De este Matrimonio salió Pedro de Torres mi buen Padre , Maria de Torres , y Joseph de Torres. Este murió Carmelita Descalzo en Indias con opinion de escogido Religioso , y mi Padre en Salamanca , habiendo vivido del modo que dirè brevemente.

— Mi Padre Pedro de Torres estaba estudiando la Gramatica Latina quando murieron mis Abuelos. Entraba en el Estudio con desabrimiento , como todos los muchachos : y luego que se viò libre , y sin obediencia, se deshizo de Antonio de Nebrixa , aburriò à su patria, y fuè à parar à la Esremadura. Sirviò en Alcantara à un Cavallero llamado Don Sancho de Arias y Paredes , de quien hay larga generacion, buena memoria, y hazibles noticias en aquel Reyno. Tres años estuvo en su casa, sin otro cuidado que acompañar al Estudio à dos hijos de este Cavallero. Aficionose como niño à hacer lo que los otros ; y al mismo tiempo que sus amos, se instruyò en los systemas Philosophicos de Aristoteles. Marchò à Madrid , no sè si voluntario , ò despedido . solo supe , que sus amos sintieron tiernamente su ausencia , porque le amaban como à hijo. Cansado de solicitar conveniencias yà para servir , yà pa-

ra holgar , como hacen todos los que se hallan sin medios en la Corte, se puso al oficio de Libroero. Aprendiòle brevemente , y bolviò à Salamanca, en donde asentò su Tienda , que en aquel tiempo fue de las mas surtidas y famosas. Casòse con Manuela de Villarroel , y salimos de este Matrimonio diez y ocho hermanos ; y solo estamos hoy en el mundo mis dos hermanas Manuela y Josephina de Torres, y yo, que todavia estoy medio vivo. El caudal, y el trabajo de mis Padres sostenia con templanza y con limpieza la numerosa porcion de hijos que Dios les havia dado , hasta que por los años de setecientos y tres, se empezò à desmoronar la Tienda con las frequentes faltas, que mi Padre hacia de su Amostrador, y sus Andenes. Fue la causa haverle nombrado por Procurador del Comun , y poner en su desvelo la Ciudad de Salamanca la asistencia de los Almacenes de polvora , armas , y otros pertrechos , y dexar solo à su cuidado los alojamientos de la Tropa, que por aquellas cercanias transitaba à la guerra de Portugal. Acabòse de arruinar la Libreria con la duracion de los nuevos encargos , à que acudia mi honradissimo Padre : y el Real Consejo de Castilla , informado de la lealtad , zelo, promptitud, y desperdicio de bienes , y trabajo con que havia servido al Rey , mandò à la Ciudad,

dad, que le dieffen quatrocientos ducados anuales, y trescientos doblones, para que por una vez se reforzasse de sus pérdidas. Con esta ayuda de costa viviamos estrechos, pero sin trampas, ni sensible miseria. Hechas las paces con Portugal, reformaron, con otros, el triste sueldo de mi Padre, y quedò pobre, viejo, y sin el recurso à sus Libros y tareas.

Era yo à esta sazón un mozote de diez y ocho años, que solo servia de estorvo, de escandalo, y de añadidura à la pobreza: y viendo que la extrema necesidad estaba yà à los umbrales de nuestras puertas, dexè la compañía de mis Padres, con la deliberacion de no permitir, que la miseria, y los desconuelos se apoderassen de su cansada vida. La piedad de Dios premiò mis buenos deseos con la vista de sus alivios. Fue el caso, que marchè à Madrid, y à pocos dias logrè amistad con Don Jacobo de Flon, Superintendente entonces de la Renta del Tabaco de la Corona: y la piedad de este Cavallero me diò quatrocientos ducados con un titulo postizo de Visitador de los Estancos de Salamanca, para que mi Padre comiesse sin las zozobras en que yo le dexè amenazado. Pude agregar à este annual socorro la Administracion de los Estados de Acevedo del Excelentissimo Señor Conde de Miranda mi Señor; y con su producto, y

los forzosos repuestos de mis tareas logrè una feliz y descansada vejez. Fue mi Padre hombre muy gracioso, de agradable trato, y de conversacion entretenida, y variamente docta. No salia de su Tienda comprado, ò vendido libro alguno antiguo, ò moderno, que no lo leyesse antes con cuidado, è inteligencia. En la Historia fue famoso, y puntualissimo; y en las Facultades Escolasticas entendia mas que lo que regularmente se presume de un lego con atencion à otros cuidados. Gozò de unos humores apacibles, un animo suave, fosegado, y continuamente festivo. Fue verdadero en sus tratos, humilde en sus obras y palabras; y pacifico y conforme en todas las adversidades. Muriò de setenta y ocho años con ayuda de los Medicos, de una calentura ustiva, que declinò en unas parotidas, que ellos llaman *Symptomáticas*, y en todo el tiempo de su enfermedad mantuvo la alegría, y la gracia del genio; pues hasta la ultima hora no dexò las preciosas agudezas de su buen humor. Mi Madre Manuela de Villarroèl vive hoy cargada con setenta y quatro años: pero la fortaleza de sus humores, y la robustèz del genio arrastran la pesadumbre de la edad sin penosa fatiga, ni desazon desesperada. La memoria se le ha hundido un poco; pero las demás potencias las usa con prontitud,

y con deleyte. Mi Madre fue hija de Francisco Villarroel, y este sustentò una dilatada familia con una Tienda de lienzos, que tenia en la Plaza de Salamanca, unas Viñas, y una casa Bodega en el Lugar de Villa-Mayor, que son las unicas raices que conocí en toda mi generacion.

Yá he destapado los primeros entresijos de mi descendencia: no dudo que en registrando mas rincones, se encontrará mas basura, y mas limpieza; pero ni lo mas sucio me dará bascas, ni lo mas relamido me hará saborear con gula reprehensible. Mis disgustos, y mis alegrías no están en el arbitrio de los que pasaron, ni en las elecciones de los que viven. Mi afrenta, ò mi respeto están colgados solamente de mis obras, y de mis palabras: los que se murieron, nada me han dexado: à los que viven no les pido nada; y ~~la~~ *des* fortuna, ò en mi desgracia no tienen parte, ni culpa los unos, ni los otros. Lo que aseguro es, que pongo lo mas humilde, y que he entrefacado lo mas asqueroso de mi generacion, para que ningun sobervio presumido imagine, que me puede dàr que sentir en callarme, ò descubrirme los parientes. Algunos tendrían, ò estarán ahora en empleos nobles, respetosos y ricos; el que tenga noticia de ellos, callelos, ò descubralos, que à mi solo me importa retirarme de las

persuasionen de la vanagloria, y de los engreimientos de la soberbia. Los hombres todos somos unos: à todos nos rodea una misma carne, nos cubren unos mismos elementos, nos alienta una misma alma, nos afligen unas mismas enfermedades, nos asaltan unos mismos apetitos, y nos arranca del mundo la muerte. Aun en las aprehensiones, que producen nuestra locura, no nos diferenciamos quasi nada. El paño que me cubre es un poco mas gordo de hiladura que el que engalana al Principe; pero ni à el le desfigura de hombre lo delgado, ni lo libra de achaques lo pulido; ni à mi me descarta del gremio de la racionalidad lo burdo del estambre. Nuestra raza no es mas que una: todos nos derivamos de Adán. El arbol mas copetudo tiene muchos pedazos en las Zapaterías, algunos zoquetes en las cardas, y muchos estillones y mendrugos en las horcas y los tablados: y al revés; el tronco mas rudo tiene muchas estatuas en los tronos, algunos Oráculos en los Tribunales, y muchas Imagenes en los Templos. Yo tengo de todo, y en todas partes, como todos los demás hombres: y tengo el consuelo, y la vanidad, de que no siendo Hidalgo, ni Cavallero, sino Villanchon redondo, segun se reconoce por los quatro costados, que he descosido al sayo de mi Alcornia, hasta

ahora ni me ha defamorado la estimacion, ni me ha hecho dengues, ni gestos la honra, ni me han escupido à la cara, ni al nacimiento los que reparten en el mundo los honores, las abundancias, y las fortunas. Otros con tan malos, y peores Abuelos como los que me han tocado, viven triunfantes, poderosos, y temidos; y muchos de los que tienen sus raizes en los tronos, andan infames, pobres, y despreciados. Lo que aprovecha es, tener buenas costumbres, que estas valen mas que los buenos parientes; y el vulgo, aunque es indomito, hace justicia à lo que tiene delante. Los Abuelos ricos suelen valer mas que los nobles; pero ni de unos, ni otros necesita el que se acostumbra à honrados pensamientos, y virtuosas hazañas. Un Christiano viejo, sano,

robusto, lego, y de buen humor es el que debe desear para Abuelo el hombre defengañado de estas fantasmas de la fobervia: que sea Procurador, abugetero, ò boticario, todo es droga. Yo finalmente estoy muy contento con el mio, y he sido tan dichoso con mis picaros parientes, que à la hora que esto escribo, à ninguno han ahorcado, ni azotado, ni han advertido los rigores de la justicia de modo alguno la obediencia al Rey, à la Ley, y à las buenas costumbres. Todos hemos sido hombres ruines; pero hombres de bien, y hemos ganado la vida con oficios decentes, limpios de hurtos, petardos, y picardias. Esta descendencia me ha dado Dios, y esta es la que me conviene, y me importa. Y yà que he dicho de donde vengo, voy à decir lo que ha permitido Dios que sea.

NACIMIENTO, CRIANZA, Y ESCUELA
de Don Diego de Torres: y sucessos hasta los primeros diez años de su vida, que es el Primer Trozo de su vulgarissima Historia.

YO nací entre las cortaduras del papel, y los rollos del pergamino, en una casa breve del Varrio de los Libreros de la Ciudad de Salamanca: y renací por la misericordia de Dios en el Sagrado Bautifino en la Parroquia de San Isidoro y San Pelayo, en

donde consta este caracter, que es toda mi vanidad, mi consuelo, y mi esperanza. La retayla del Abolorio, que dexamos atrás, está bautizada tambien en las Iglesias de esta Ciudad, unos en San Martin, otros en San Christobal, y otros en la Iglesia Cathedral:

ménos los dos hermanos Roque y Francisco, que son los que trasplantaron la casta. Los Villarroeles, que es la derivacion de mi Madre, tambien tiene de trescientos años à esta parte asentada su raza en esta Ciudad: y en los libros de bautizados, muertos, y casados se encontraràn sus nombres y exercicios. Crième como todos los niños con teta y moco, lagrimas y caca, besos y papilla. No tuvo mi Madre en mi preñado, ni en mi nacimiento antojos, revelaciones, sueños, ni señales de que yo havia de ser Astrologo, ò Sastre, fante, ò diablo. Pafsò sus meses sin los assombros, ò las pataratas que nos cuentan de otros nacidos; y yo salí del mismo modo naturalmente, sin mas testimonios, mas pronosticos, ni mas señales y significaciones, que las comunes porquerias en que todos nacemos arrebuados y sudorosos. Enluciendo pañales, faldas y talegos, llorando à chorros, gimiendo à pausas, hecho el hazme reir de las viejas de la vecindad, y el embelesamiento de mis Padres, fui passando hasta que llegò el tiempo de la Escuela, y los labañones. Mi Madre cuenta todavia algunas niñadas de aquel tiempo; si dixè este despropósito, ò la otra gracia; si tirè piedras; si embadurnè el baquero; el papa, caca, y las demás sencilleces que refieren todas las madres de sus hijos: pero siendo en ellas amor

disculpable, prueba de memoria y vejez referirlas, en mi serà necesidad y molestia declararlas. Que demos en que fui como todos los niños del mundo, puerco y lloròn; à ratos gracioso, y à veces terrible: y estàn dichas todas las travesuras, donayres y gracias de mi niñez.

A los cinco años me pusieron mis pàdres la Cartilla en la mano; y con ella me clavaron en el corazon el miedo al Maestro, el horror à la Escuela, el susto continuado à los azotes, y las demás angustias, que la buena crianza tiene establecidas contra los inocentes muchachos. Paguè con las nalgas el haber leer, y con muchos sopapos y palmetas el haber escribir: y en este Argel estuve hasta los diez años, habiendo padecido cinco en el cautiverio de Pedro Rico, que asì se llamaba el Comitre que me retubo en su galera. Ni los halagos del Maestro, ni las amenazas, ni los castigos, ni la costumbre de ir y volver de la Escuela pudieron engendrar en mi espiritu la mas leve aficion à las letras y las planas. No nacia este rebelion de aquel comun alivio que sienten los muchachos con el ocio, la libertad, y el esparcimiento; sino de un natural horror à estos trastos, de un apetito proprio à otras niñerias mas ocasionadas y mas dulces à los primeros años. El trompo, el reguilete, y la matraca eran

los idolos, y los deleytes de mi puerilidad : quanto mas crecia el cuerpo, y el uso de la razon, mas aborrecia este linage de trabajo. Aseguro, que haviendo sido mi nacimiento, mi crianza, y toda la ocupacion de mi vida entre los libros, jamás tomè alguno en la mano, deseoso del entretenimiento y la enseñanza, que me podian comunicar sus hojas. El miedo al ocio, la necesidad y la obediencia à mis Padres me metieron en el Estudio ; y sin saber lo que me sucedia, me hallè en el gremio de los Escolares, rodeado del vade y la sotana. Quando niño, la ignorancia me apartò de la comunicacion de las lecciones : quando mozo, los passeos, y las altanerias no me dexaron pensar en sus utilidades : y quando me sentì barbado, me desconfolò mucho la variedad de sentimientos, la turbulencia de opiniones, y la consideracion de los fines de sus Autores. A los libros ancianos aun les conservaba algun respeto; pero despues que vi, que los libros se forjaban en unas cabezas tan achacosas como la mia, acabaron de poseer mi espiritu el desengaño, y el aborrecimiento. Los libros gordos, los magros, los chicos, y los grandes son unas alajas que entretienen, y sirven en el comercio de los hombres. El que los cree, vive dichoso y entretenido : el que los trata mucho, està muy cerca de ser loco:

el que no los usa, es del todo necio. Todos estàn hechos por hombres, y precisamente han de ser defectuosos y oscuros como el hombre. Unos los hacen por vanidad, otros por codicia, otros por la sollicitud de los aplausos, y es rarissimo el que para el bien publico se escribe. Yo soy Author de doce libros, y todos los he escrito con el ansia de ganar dinero para mantenerme. Esto nadie lo quiere confessar ; pero atisbemos à todos los hypocritas, melancolicos, embusteros, que suelen decir en sus Prologos, que por el servicio de Dios, el bien del Proximo, y redencion de las Almas dan à luz aquella Obra ; y se hallarà, que ninguno nos la da de valde, y que empieza el petardo desde la Dedicatoria, y que se espiritan de corage contra los que no se la alaban, è introducen Muchos libros ay buenos, muchos malos, è infinitos inútiles. Los buenos son los que dirigen las Almas à la salvacion por medio de los preceptos de enfrenar nuestros vicios y passiones. Los malos son los que se llevan el tiempo sin la enseñanza, ni los avisos de esta utilidad : y los inútiles son los mas de todas las que se llaman Facultades. Para instruirse en el idioma de la Medicina, y comer sus Aphorismos, basta un Curso qualquiera, y pasan de doce mil los que ay impressos, sin mas novedad que repetirse,

trasladarse, y maldecirse los unos à los otros: y lo mismo sucede entre los Oficiales y Maestros que parlan y practican las demás Ciencias. Yo confieso, que para mi perdieron el credito y la estimacion los libros, despues que vi que se vendian y apreciaban los mios, siendo hechuras de un hombre loco, absolutamente ignorante, y relleno de desvarios, y estrañas inquietudes. La lastima es, y la verdad, que hay muchos Authores tan parecidos à mi, que solo se diferencian del semblante de mis locuras, en un poco de moderacion afectada: pero en quanto à necios, vanos, y defectuosos, no nos quitamos pinta. Finalmente la natural ojeriza, el desengaño ageno, y el conocimiento proprio, me tienen dias ha desocupado y fugitivo de su conversacion: de modo que no havia cumplido los treinta y quatro años de mi edad, quando terreneguè de todos sus cuerpos: y una mañana que amaneciò con mas furia en mi celebrò esta especie de delirio, reparti entre mis amigos y contrarios mi corta Libreria; y solo dexè sobre la mesa, y sobre un fillon que està à la cabecera de mi cama, la Tercera Parte de Santo Thomàs, Kempis, el Padre Croset, Don Francisco de Quevedo, y tal qual Devocionario de los que aprovechan para la felicidad de toda la vida, y me pueden servir en la ventura de la ultima hora.

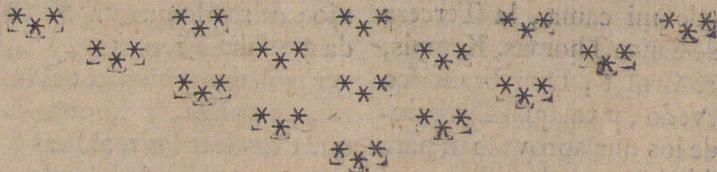
En los ultimos años de la Escuela, quando estava yo aprendiendo las formaciones y valor de los guarismos, empezaron à hervir à borbotones las travesuras del temperamento, y de la sangre. Hice algunas picardigueltas reparables en aquella corta edad. Fueron todas nacidas de falta de amor à mis iguales, y de temor y respeto à mis mayores. Creo que en estas offadias no tuvieron toda la culpa la simplicidad, la destemplanza de los humores, ni la natural inquietud de la niñez; tuvo la principal accion en mis reboltosas travesuras la necesidad de un barbaro Oficial de un Texedor vecino à la casa de mis Padres: porque este bruto (era Gallego) diò en decirme que yo era el mas guapo, y el mas valiente entre todos los niños de la barriada; y me ponía en la ocasion de reñir con todos, y aun me llevaba à pelear à otras Parroquias. Azuzabame como à los perros contra los otros muchachos, yà iguales, yà mayores, ò jamàs pequeños; y lo que logró este salvage fue llenarme de chichones la cabeza, andar puerco y roto, y con una mala inclinacion pegada à mi genio; de modo que yà sin su ayuda me salía à repartir, y à recoger puñadas y mogicones sin causa, sin colera, y sin mas destino que exercitar las malditas lecciones que me diò su brutal entretenimiento. Esta inculpable def-

com-

compostura puso à mis Padres en algun cuidado , y à mi en un trabajo riguroso ; porque asì su obligacion , como el cariño de los parientes , y los vecinos , que amaban antes mis sencilleces , procuraron fofregar mis malas mañas con las oportunas advertencias de muchos sopapos y azotes , que añadidos à los que yo me ganaba en las pendencias , componian una pesadumbre yà casi insufrible à mis tiernos y débiles lomos. Esta aspereza , y la mudanza del salvage del Tecedor , que se fuè à su país , y sobre todo la verguenza que me producía el mote de *Piel del Diablo* , con que yà me vexaban todos los Parroquianos y vecinos , moderaron del todo mis travesuras , y bolví sin especial sentimiento à juntarme con mi inocente apacibilidad.

Sali de la Escuela , leyendo , sin saber lo que leía , formando caracteres claros y gordos ; pero sin forma , ni hermosura ; instruido en las cinco reglillas de fumar , restar , multiplicar , partir , y medio partir ; y finalmente bien alijonado en la Doctrina Christia-

na : porque repetia todo el Catecismo sin errar letra , que es quanto se le puede agradecer à un muchacho , y quanto se le puede pedir à una edad , en la que sola la memoria tiene mas discernimiento , y mas ocasiones , que las demás potencias. Con estos principios , y yà enmendado de mis travesurillas , pasè à los Generales de la Gramatica Latina en el Colegio de Trilingue , en donde empecè à tropicar Nominativos y Verbos , con mas miedo que aplicacion. Los provechos , los dafios , los sentimientos , y las fortunas que me figuieron en este tiempo , los dirè en el segundo Trozo de mi vida , pues aqui acabaron mis diez años primeros , sin haver padecido en esta estacion mas incomodidades , que las que son comunes à todos los muchachos. Sali gracias à Dios , de las viruelas , el sarampion , las postillas , y otras plagas de la edad , sin lesion reprehensible en mis miembros. Entrè crecido , fuerte , robusto , gordo , y felizmente sano en la nueva fatiga la que seguí , y finalizè , como verá el que quiera leer , u oír.



TROZO SEGUNDO DE LA VIDA
de Don Diego de Torres. Empieza desde los diez
años hasta los veinte.

DON Juan Gonzalez de Dios, hoy Doctor en Philosophia, y Cathedratico de Letras humanas en la Universidad de Salamanca, hombre primoroso, y delicadamente sabio en la Gramatica Latina, Griega, y Castellana, y entretenido con admiracion y provecho en la dilatada amenidad de las buenas letras, fue mi primer Maestro y Conductor en los preceptos de Antonio de Nebrixa. Es Don Juan de Dios un hombre silencioso, mortificado, ceñudo de semblante, extatico de movimientos, retirado de la multitud, sentencioso, y parco en las palabras, rigido, y escrupulosamente reparado en las acciones, y con estas modales, y las que tuvo en la enseñanza de sus Discipulos, fue un venerable, temido, y prodigioso Maestro. Para que aprovechase sin desperdicios el tiempo, me entregaron totalmente mis Padres à su cuidado, poniendome en el pupilage virtuoso, esparcido, y abundante de su casa. Poco aficionado, y felizmente medroso cumplia con las tareas del estudio, y los demás exercicios que tenia impuestos la prudencia del Maes-

tro, para hacer dichosos y aprovechados à los Pupilos. Procuraba poner en la memoria las lecciones que me señalaba su experiencia, con bastante trabajo y porfia; porque mi memoria era tarda, rebelde, y sin disposicion para retener las voces. El temor à su aspecto, y à la liberalidad del castigo vencia en mi temperamento esta pereza, ò natural aversion, que siempre estuvo permanente en mi espiritu à esta casta de entretenimientos, ò trabajos. La alegria, el orgullo, y el bullicio de la edad, me los tenia ahogados en el cuerpo su continua presencia. Interiormente hallaba yo en mi muchas disposiciones para ser malo, revoltoso, y atrevido; pero el miedo me tuvo disimuladas y sumidas las inclinaciones. La rigidez, y la opresion importa mucho en la primera crianza: el gesto del Preceptor à todas horas sobre los muchachos les detiene las travesuras, les apaga los vicios, les sofoca las inconsideraciones, y modera aun las inculpables altanerias de la edad. A la vista del Maestro ningun muchacho es malo, ninguno perezoso, todos se animan a pa-

recer aplicados y liberales; y la repetición, y el vencimiento les va trocando las inclinaciones, y haciendo que tomen el gusto a las virtudes. Regañando interiormente, lleno de hastio, y disimulando la inapetencia a los estudios y a la doctrina tragué tres años las lecciones, los consejos, y los avisos; y a pesar de mis achaques salí bueno de costumbres, y medianamente robusto en el conocimiento de la Gramática Latina. De muchos niños se cuenta, que estudiaron esta Gramática en seis meses, y en menos tiempo. Yo doy gracias a Dios por la crianza de tan posibles penetraciones; pero creo lo que me parece. Lo que asseguro es, que en mi compañía cursaban quatrocientos muchachos las Aulas de Trilingue, y a todos nos tocò ser tan rudos, que el mas ingenioso se detuvo el mismo tiempo que yo; y otros permanecieron por muchos dias. Es verdad que estos adelantamientos y milagros se los he oido referir a sus padres; y como estos son partes tan apasionadas de sus hijos, se puede dudar de sus ponderaciones. Adelanta poco un niño en saber la Gramática de corta edad; es gracia que sirve para el entretenimiento; pero es muy poca la disposición que adquiere para la inteligencia de las facultades superiores. No pierde tiempo el que gasta tres, o quatro

años entre los Horacios, los Virgilio, los Valerios, y los Ovidios: entretanto crece la razón, se dilata el conocimiento, se madura el juicio, se reposa el ingenio, y se preparan sin violencia el deseo, la atención, y la porfía para vencer las dificultades. Mas allá del uso de la razón ha de pasar el que toma la tarea de los Estudios. El filogizar no es para niños. Nada malogra el que se detiene hasta los quince, o diez y seis años entretenido en las construcciones de los Poetas. Hasta aquí hablo con los que han de seguir los Estudios para oficio, y para ganancia. Los que no han de comer de las facultades, en qualquiera tiempo, edad, y ocasión que las soliciten, caminan con ventura: porque es todo adelantamiento quanto emprenden, gracia quanto saben, y virtud quanto trabajan.

Salí del pupilage detenido, docil, cuidadoso, y poco castigado, porque viví con temor y reverencia al Maestro. Gracias a Dios, no mostré entonces mas inquietudes, que tal qual fervor de los que se perdonan con facilidad a la niñez. Fui bueno, porque no me dexaron ser malo; no fue virtud, fue fuerza. En todas las edades necesitamos de las correcciones y los castigos; pero en la primera son indispensables los rigores. Una de las mas felices diligencias de la buena crianza es,

coger à los muchachos un Maestro grave, devoto, y discreto, à quien teman, è imiten. Muchos mozos hay malos, porque no tienen à quien temer; y muchos viejos delinquentes, porque están fuera de la jurisdiccion de los azotes. El Maestro y la zurriaga debian durar hasta el sepulcro, que hasta el sepulcro somos malos; y de otro modo no se puede hacer bondad con el mas bien acondicionado de los hombres. Los años, la prudencia, la honra, y la dignidad son maestros muy apacibles, muy descuidados, y muy parciales de nuestros antojos y apetitos; el zurriago es el maestro mas respetoso, y mas severo, porque no sabe adular, y solo sabe corregir y detener. Muriò pocos años ha el Maestro de mis primeras letras, y lo temí hasta la muerte: hoy vive el que me instruyò en la Gramatica, y aun lo temo mas que à las brujas, los hechizos, las apariciones de los difuntos, los ladrones, y los pediguénos; porque imagino que aún me puede azotar: estremecido estoy en su presencia, y à su vista no me atreverè à subir la voz à mas tono que el regular y moderado. Ello parece disparate proferir, que se hayan de ciliar los viejos con azotes como los niños; pero es disparate apoyado en la inconstancia, soberbia, rebeldia, y amor proprio nuestro, que no nos dexa hasta la muerte.

Ahora me estoy acordando de muchos sugetos, que si los huvieran azotado bien de mozos, y los azotaran de viejos, no serian tan voluntariosos y malvados como son. En todas edades somos niños, y somos viejos, mirando à lo antojadizo de las pasiones: en todo tiempo vivimos con inclinacion à las libertades, y à los deleytes foragidos, y valen poco para detener su furia las correcciones, ni las advertencias. El palo y el azote tiene mas buena gente, que los consejos y los agasajos: finalmente en todas edades somos locos; y el loco por la pena es cuerdo.

Pasè desde mi pupilage al Colegio de Trilingue, en donde me vistieron una Veca, que alcanzò mi Padre de la Universidad de Salamanca. Fui examinado, como es costumbre en el Claustro de Diputados de aquella Universidad; y segun la cuenta, ò me suplieron como à niño, ò correspondi à satisfaccion de los Examinadores, porque no me faltò voto. Empecè la tarèa de los que llaman Estudios mayores, y la vida de Colegial, à los trece años, bien descontento y enojado, porque yo queria detenerme mas tiempo con el trompo y la matraca, pareciendome, que era muy temprano para meterme à hombre, y encerrarme en la melancolia de aquel Casaron. Estaba de Retor del Colegio en la co-

yuntura de mi entrada un Clerigo virtuoso, de vida irreprehensible; pero ya viejo, enfermo, y aburrido de lidiar con los jovenes que se criaban encerrados en aquella Casa. Sus achaques, la vejez, y los anteriores trabajos lo tenian sujeto à la cama muchas horas del dia, y muchos meses del año: y con esta seguridad, y el exemplo de otros Colegiales amigos del ocio, la pereza, y las diversiones inútiles, iba insensiblemente perdiendo la innocencia, y amontonando una poblacion de vicios y desordenes en el alma. Halléme sin Guardian, sin Zelador, y sin Maestro, y empecé mi espíritu à desfarrebujar las locuras del humor, y las inconsideraciones de la edad con increíble desuello y insolencia. El gusto de mis Padres, y el apoyo del Clerigo Rector me destinaron para que estudiase la Philosophia; y señalándome el Maestro à quien havia de oír, que fue el Padre Pedro Portocarrero de la Compañia de Jesus, comencé esta carrera descuidado, y menos medroso, porque ya me consideraba libre de los castigos, dueño de mi voluntad, y señor absoluto de mis acciones y disparates. Acudia tarde, è ignorante à las Conferencias: miraba sin atención las lecciones: retozaba, y reñia con mis Condiscipulos (no obstante las reverendas de la Vaca colorada) metime à bufon y desvergonzado

con los Nuevos, y profesé de truhan, descocado, y decidor con todos, sin reservar las gravedades del Maestro. Seguia en el Aula à pesar de las correcciones, avisos, y asperezas del Lector este genero de alegrías peligrosas, y en el Colegio continuaba con mis compañeros otros desordenes y libertades, que bastaron para hacerme holgazan, y perulario.

Huyendo muchos dias de la Aula, y no estudiando ninguno, llegué arrastrando hasta las ultimas Questiones de la Logica. Viendo el Lector que perdía el tiempo, y que no me enmendaban los consejos, ni me contenian las correcciones, ni las amenazas, citó una tarde à mi Padre, y al Rector del Colegio, para arguirme, avergonzarme; y reprehenderme en su presencia. Yo tuve noticia de esta prevençion por un Condiscipulo; y antes que llegassen à cogerme en la junta, rompí delante del Lector los Cartapacios que le havia mal escrito, y le dixe con oflada deliberacion, que no queria estudiar. Apretóme en respuesta unas quantas manotadas, y mandó que me agarrassen los demás muchachos, los que me tuvieron asido, hasta que llegaron el Rector y mi Padre. Metieronme à empujones en un apartamiento de la Sacristia, que llaman la Trastera, y allí me hicieron los cargos y las datas:

Acon-

Aconsejabanme à cozes, y advertianme à gritos : yo recogia de mala gana los unos y los otros. Hice el sordo, el sufrido, y el enmendado : y despues que sali de sus uñas hice tambien el proposito de no bolver à la Aula ; y como era malo, lo cumpli puntualmente. Y estas han sido todas las Lecciones, los Actos, los Cursos, y los Exercicios que hice en la Universidad de Salamanca. Unos retazos Logicos muy mal vistos, fueron todos los adornos y elementos de mis Estudios. Confidere el que ha llegado hasta aqui leyendo, la materia de que se hacen los Doctores, y los hombres que escriben libros de moralidades y doctrinas, y verà, que la necesidad del vulgo, y la fortuna particular de cada uno tienen en su antojo la mayor parte de sus conveniencias, sus credits, y sus exaltaciones. Yo sè de mi, que gozo un vulgar ingenio, definido de la enseñanza, la aplicacion, los libros, los Maestros, y de todo quanto debe concurrir à formar un hombre medianamente erudito : y me han cacareado las obras y las palabras, à pesar de mis confesiones, mis rudezas, mis descuidos, y las continuas burlas y desprecios con que las he satirizado. Arrimè desde este suceso la Logica, y cogì nuevo horror à las Ciencias, de modo que en cinco años no volví à ver libro alguno de los que se

rompen en las Universidades. Las Novelas, las Comedias, y los Autores Romancistas me entretuvieron la ociosidad y el retiro forzado; y estos me dexaron descuidadamente en la memoria el tal qual estilo, y expresion Castellana con que me vandè, para darme à entender en las conversaciones, los libros, y las correspondencias.

Hundido en el ocio, y la inquietud escandalosa, y sin haverme quedado con mas obligacion, que la de asistir à la Cathedra de Rhetorica, que era la Advocacion de mi Veca, proseguì en el Colegio, sufrido y tolerado de la lastima y del respeto à mis pobres Padres. En este Arte no adelantè mas que la libertad de poder salir de casa, y algun bien, que à mi salud le pudo dar el exercicio. Era el Cathedratico el Doctor Don Pedro de Samaniego de la Serna : los que conocieron al Maestro, y han tratado al Discipulo, podrán discurrir, lo que èl me pudo enseñar, y yo aprender. Acuerdome que nos leia à mi, y à otros dos Colegiales por un libro Castellano ; y este se le perdió una mañana viniendo à Escuelas : puso varios Carteles ofreciendo buen hallazgo al que se lo bolvièsse. El Papel no pareció, con que nos quedamos sin Arte, y sin Maestro, gastando la hora de la Cathedra en conversaciones, chanzas, y novedades inutiles.

les, y aun disparatadas. Los años me iban dando fuerza, robustez, gusto, y atrevimiento para desear todo linage de enredos, diversiones, y disparates, y yo empecè con furia implacable à meterme en quantos desatinos y despropósitos rodèan à los pensamientos y las inclinaciones de los muchachos. Aprendi à baylar, à jugar la espada, y la pelota, torear, hacer versos; y parè todo mi ingenio en discurrir diabluras y enredos, para librarme de la reclusion, y las tarèas, en que se deben emplear los buenos Colegiales de aquella Casa. Abria puertas, falseaba llaves, hendia candados, y no se escapaba de mis manos pared, puerta, ni ventana, en donde no pudiesse las disposiciones de falsarla, romperla, ò escalarla. Era grave delito en mi tiempo, romper de noche la clausura, y tomar de dia la capa y la gorra: y todas las noches y los dias quebrantaba à rienda suelta estos preceptos. Mi quarto mas parecia garito de ladron, que aposento de Estudiante; porque en èl no havia mas que emboltorios de fogas, espadas de esgrima, martillos, barrenos, y estacones. Di en hurtar al Rector y Colegiales las frutas, los chorizos, y otros repuestos comestibles, que guardaban en la Despensa, y en sus quartos. Gracias à Dios que me contuve en ser ratero de estas golosinas, porque los deseos de en-

redar, reir, y burlarme, eran desesperados; que fue providencia del Cielo no acabar en vicio execrable, lo que empezò por huelga tolerada. Las trazas, las ideas, y las invenciones de que yo usè para hacer estos hurtillos, y abrir las puertas para huir de la sujecion y la clausura, no las quiero declarar, porque el manifestarlas, mas seria proponer vicios que imitasen los lectores incautos, que referir pueriles travесuras. Lo que puedo assegurar es, que en las Vidas de Dominico Cartujo, Pedro Ponce, y otros ahorcados no se cuentan ardidés, ni mañas tan extravagantes, ni tan risibles, como las que inventaba mi ociosidad, y mi malicia. En la memoria de mis coetaneos duran todavia muchos sucesos, que se recuerdan muchas veces en sus tertulias. El que los quisiere saber, acuda à sus noticias, que las relaciones passageras de una conversacion no dexa tan perniciosos deseos en los espíritus, como las que introducen las hojas de un impresso.

Acompañabanme à estas picardiguelas unos amigos forasteros, y un confidente de mi proprio paño, tan reboltofos, maniacos, y atrevidos los unos como los otros. Callo sus nombres, porque yà estàn tan enmendados, que unos se sacrificàran à ser Obispos, y otros à Consejeros de Castilla, y no les puede hacer buena sombra

la crianza que tuvieron conmigo treinta años ha. En todo quanto tenia ayre de locura, desquadero, y disolucion ridicula, nos hallabamos siempre muy unidos, promptos, alegres, y conformes. Hicimos compania con los Toreros; y amadrigados con esta buena gente, fuimos indefectibles alegradores en las novilladas, y torieras que son frequentes en las Aldeas de Salamanca. Professe de Xacaro, y me hice al trage, al idioma, y à la usanza de la picaresca con tal conformidad, que mas parecia hijo de Pedro Arnedo, que de Pedro de Torres. Para todos los desconciertos de los que figuen tan licenciosa y airada vida tuve disposiciones en mi genio, y en mi salud: y menos el vino (que hasta ahora no lo he probado) y el tabaco de hoja, todos los demàs vicios que componen un desvergonzado Gifero los miraba y padecia en el ultimo grado de la dissolucion. Passaba en el desorden de los viages, y en el matadero muchos dias: y por la noche era el primer convidado à los bayles, los faraos, y las bodas de todas castas. Entretenia à los circunstantes con la variedad de muchas bufonadas y tonterias, que se dicen vulgarmente habilidades, y aventajaba en ellas à quantos concurrían en aquellos tiempos al reclamo de tales holgorios y funciones. Disfrazabame treinta veces en una noche,

yà de vieja, de borracho, de Amolador Francès, de Sastre, de Sacristàn, de Sopòn, y me rebolvía en los primeros trapos que encontraba, que tuviesen alguna similitud à estas figuras. Representaba varios versos, que yo componia à este proposito, y arremedaba con propiedad ridiculamente extraordinaria los modos, locuciones, y movimientos de estas y otras risibles y extravagantes piezas. Tenia bolsa de Titiritero; y jugaba con promptitud, y disimulado las pelotillas, los cubiletes, y los demàs trastos de embobar los concursos. Acompañaba con la guitarra un gran caudal de tonadillas graciosas y singulares, y danzaba con ligereza, y con ayre toda la Escuela Española, yà con la castañeta, yà con la guitarra, yà con la espada y el broquel, dando sobre estos trastos variedad y multitud de bueltas, que no me pudo imitar ninguno de los mancebos que andaban entonces en la maroma de las locuras, deseosos de parecer bien con estas gracias, habilidades, ò defenfados. Finalmente yo olvidè la Gramatica, las Sumulas, los miserables elementos de la Logica, que aprendi à tropicones, mucho de la Doctrina Christiana, y todo el pudor y encogimiento de mi crianza; pero sali gran danzante, buen toreador, mediano musico, y refinado y atrevido truhan.

Rebuelto en estas malas costumbres y distracciones, gaste cinco años en el Colegio, y al fin de ellos bolví à la casa de mis Padres. Un mes poco mas estuve en ella mal contento con la sujecion, atemorizado del respeto, y escafamente corregido. Pero à pesar de los gritos que me daban mis Camaradas, y de los llamamientos de mis inclinaciones traviesas, vivia mas contenido y retirado. Leía por engañar al tiempo, y entretener la opresion, tal qual librito de los que por inútiles se havian quedado del remate y desvarato de la Tienda de mis Padres: y especialmente me deleytò con embeleso indecible un Tratado de la Esfera del Padre Clavio, que creo fue la primera noticia que havia llegado à mis oídos de que havia Ciencias Mathematicas en el mundo. Algunas veces à hurtadillas de la vigilancia de mis Padres, y de mi obediencia, hice algunas salidas y escapatorias, que se ordenaban à correr las cazuelas y cubiletes de las Pastelerías, à hurtar las copiosas Cenas de la Capilla de Santa Barbara, à introducirme con mis amigotes en las casas de qualquiera de los barrios extraviados donde sonaba el pandero, ò la guitarra, y à hacer burlas, embelescos, y bufonadas con todo genero de gentes y personas. Desde este tiempo tomaron tal miedo à estos hurtos, y

tan sobervio temor à los palos y pedradas que se levantaban entre hurtados y ladrones, que los Graduados y Ministros de la Universidad, por Acuerdo suyo, repararian las Cenas à las tres de la tarde, quedandose solo con los huevos, el xigote, y la ensalada, para cumplir con la ceremonia y el hambre de la noche. Omito el referir y particularizar las trazas y espantajos, de que nos valiamos para lograr las presas, por no hacer mas prolixa esta Historia, y por no recordar con las relaciones los sentimientos y los enojos de muchos que hoy viven de los que padecieron tan pesadas burlas. Pareciale à mi espíritu, que eran pocas, y muy llenas de susto las libertades que se tomaba mi industria escandalosa, aprovechandose del sueño, el descuido, y las ocupaciones de mi Padre; y tratè en mi interior de entregarme à todas las anchuras y correrías, à que continuamente estaba anhelando mi altanero apetito. Precipitado de mis imaginaciones una tarde que salieron al campo mis Padres y Hermanas, y quedè yo en casa apoderado de los pocos ajuares de ella, tomè una camisa, el pan que pudo caber debaxo del brazo izquierdo, y doce reales en calderilla, que estaban destinados para las prevenciones del dia siguiente; y sin pensar en paradeo, vereda, ni destino, me entreguè

guè à la majaderia de mis defeos, y à la necedad de la que llaman buena ventura ; y una y otra, acompañadas de la soltura de mis pies , me pusieron aquella noche en Calzada de Don Diego. Tomè possada en las gavillas de las Eras ; tumbado entre las pajas, empecè à facar pellizcos à la provision que llevaba en la maleta de mi sobaco, y con el pan en la boca me agarrò un sueño apacible y dilatado. Dormì hasta que el Sol me caldeo los hocicos con alguna aspereza, y despertè arrependido de haver dexado la acomodada pobreza de la casa de mis Padres, por la cierta desgracia del que camina sin conocimiento, y sin dinero. Estuve un breve rato, mientras me sacudia de las pajas, lidiando contra las razones y los aciertos de bolverme: pero quedè vencido, ò del temor à las reprehensiones, que se me proponian, ò de los consejos de mi bribon apetito ; y rompiendo por los trabajos, calamidades, y miserias que me pintò de repente la consideracion de mi cortedad, y poca industria para buscar la comida ; me encaminè à Portugal, sin proponerfeme descanso, parada, ni oficio à que me havia de poner.

Entrè por Almeida ; y por el camino iba discurrendo parar en Braga, en donde residia un Payfano, en cuya franqueza ya libraba mi antojo el sustento, el ocio,

y la diversion. Passada la *Ponte de Coba* encontrè à un Hermitaño, que havia algunos años que rodaba por aquel pedazo de tierra, que llaman los Portugueses *Detrás de os montes*; y oliendome este en la conversacion que emprendimos, y en los humos de mi vagage, que yo iba, como suelen decir, à buscar la vida, me convidò con las sollicitudes y mañas que èl havia encontrado para sostener la fuya. Propusome el descanso, quietud, libertad, y provechos de la Tablilla, la independencia de las gentes, y peligros del mundo ; los intereses y seguridades de la soledad y el retiro ; y sus ponderaciones, y unos trozos de pernil que se assomaban por las roturas de una alforja, que llevaba su borrico, me arrastraron à probar la vida de Sante-ro. A ratos espoleando arena, y à veces subido sobre el burro caminaba yo con mi nuevo y primero Amo àzia las cuevas de Mundin, donde me dixo que tenia su habitacion, y no lexos de ella la Hermita que cuidaba. Era el Hermitaño un hombre devoto, de buen juicio, desengañado, discreto, humilde, de corazon arrogante y liberal ; y de un espiritu tan valiente, que nunca viò al miedo, ni entre la multitud, ni entre la soledad, ni entre las relaciones, ni los assombros. Fue en Barcelona Guarda Mayor, y Administrador de Rentas Reales.

y fue el hombre temido entre las asperezas de Cataluña por su valor, su cortesía, y su buen modo. Retiraronlo de el bullicio del mundo las tyránias de una ingratitude; y cuerdamente piadoso consigo, temiendo las continuaciones, y las cautelosas afechanzas que le havia empezado à poner la fortuna para derrivarlo, se ocultò de sus reveses en las olvidadas situaciones del despoblado. Libraba el sustento à los trabajos de su Demanda; y ganaba el pan con escasa fatiga, y dichosa recreacion. Los ratos que le sobraban despues de buscar el alimento los lograba rezando, leyendo, y meditando con despejada ternura, devota y atenta alegría. Venerabanle en todos los pueblos vecinos con honrados aprecio: y porque además de no ser enfadoso como los regulares Demandantes, ni pedigueño importuno, sino un pobre, garvósimo y desinteresado, era cortesanamente apacible, y muy gracioso en la conversacion, la que seguia en qualquiera assunto de los civiles, limpia de adulaciones, hipocresias, embustes, y necias lisonjas. Estuvo aprovechando la vida algunos años este venerable hombre en la quietud de la soledad, hasta que lo sacò de ella una carestia y hambre comun en aquellos países, à la que se siguiò la pestilencia y la muerte de muchas personas y gana-

dos. Llegò à guarecerse à Salamanca, en donde tuve la honra y el gusto de verle segunda vez, y èl el consuelo de encontrarme menos loco, mas acomodado, y viviendo con alguna honra en el pueblo donde naci. Viendole viejo, fatigado, è inutil para proseguir los afanes de la Demanda, le roguè, que se quedasse hasta morir en mi casa: y haviendo aceptado un breve rincon de ella para su retiro, lo llamò Dios à otro apartamiento mas conforme, mas santo, y mas oportuno para su costumbre y devocion. Llamase este humildíssimo hombre Don Juan de el Valle; vive hoy, y assiste en la Porteria de San Cayetano de Salamanca, en donde sirve de exemplo y alegría à quantos ven su afable y devoto rostro. Los Padres de este observantíssimo Colegio le aman, conocen, y tratan con respeto cariñoso. Vive contentíssimo, porque le dan la comida y el entierro. No ha querido recibir nunca dineros, ni mas alajas que alguna chupa, capa, ò calzones viejos, quando ha tenido gran necesidad de cubrirse. Yo le guardo un amor paternal, y una reverencia respetosa, sin atreverme à hacerle mas ruegos que los que le encargo de que me encomiende à Dios.

Llegamos à la Hermita; y sacando de un arcòn un saco viejo, capilla y alpargatas, mandò que

lo trocasse por mi ropa, lo que hice promptamente, y la guardò en el mismo parage donde havia sacado los atavios de Santero. Me encargò las obligaciones de atizar la lampara, barrer la Hermita, y cuidar del borrico: diòme un par de defengãos, y muchos consejos, los que rematò con la saetilla de haz aquello que quisieras haver hecho quando mueras, y quedè una fantasma de Beato tan propria, que me podia equivocar con el mas pagizo Padre del Yermo. Cobrè con su presencia el rubor y la humildad que havian arrojado de mi corazon los malos exemplos, y mis cavilaciones. A su vista respiraba cobarde, confundido, y respetoso. Le amaba, y le temia con especial inclinacion y cuidado. Trabajaba con gusto, y deseaba darfelo con todas mis operaciones y trabajos. Los ratos que me dexaban libres la lampara, la escoba, y el borrico los entretenia leyendo varios libros devotos, que repassaba muy à menudo mi Padre Hermitaño. Y en estos officios permaneci quatro meses, sin haverme disgustado ni los recuerdos de mis travessuras, ni la mudanza de mis libertades à estas solitarias opresiones. Agradable con mis correspondencias, y satisfecho de mi conducta, me embiaba à la recaudacion de las limosnas mensuales con que le socorrian algunas personas aficio-

nadas à la Hermita, y al Hermitaño. Tratabame con mucho amor, y con total confianza; y ambos viviamos contentos, pagados, y dichosos; porque el trabajo no era mucho, la diversion bastante, la comida mas que moderada, y el descanso regular; porque la noche toda la passabamos en quietud y suspension, sin mas fatiga que leer, ò rezar dos horas, y dormir seis, ò siete. Toda la reparacion de mi vida, y la cobranza de mis perdidos talentos havia encontrado en la presencia, en el trato, y exemplares acciones de este defengañado Varon, y todo me lo bolviò à quitar mi desdicha, mi flaqueza, y mi poco juicio. Descuidòse en relinchar un poco mi juventud, en una ocasion que havian venido à visitar el Santuario unas familias Portuguesas, estando ausente mi Amo y mi Maestro: y medroso de que descubriessè la incontinencia de unas licenciosas, indiferentes, y equivocadas palabras que le soltè à una muchachuela que venia en la tropa, tratè de huir de la aspereza con que yà me presumia reñido de la cordura de mi Maestro, y castigado del terrible rigor con que me pintaba à su semblante mi conocimiento, mi delito, y su prudente quexa: y antes que se restituyessè à la Hermita, saquè mi ropa del arcòn donde estava depositada; y dexando el

reverendo Saco, marchè acelerado con los temores de que no me encontrasse en el camino de Coimbra, adonde me prometian mis ignorancias y antojos alegre paradero.

Sin el susto del encuentro que temia, y sin haver padecido mas descomodidades que las que por fuerza ha de passar el que camina à pie, y sin dinero, lleguè à la celeberrima Universidad de Coimbra. Presentè à mi persona en los sitios mas acompañados del pueblo; y ensartandome en las conversaciones, persuadi en ellas que yo era Chimico, y mi primer Exercicio el de Maestro de danzar en Castilla. Contaba mil felicidades de mis aplicaciones, en una y otra facultad. Mentia à borbollones, y la distancia de los sucessos, y mi disimulo, y las buenas tragaderas de los que me oian, hicieron creibles y recomendables mis embustes. Confiado en las lecciones que havia tomado en Salamanca del Arte de danzar, y en unas Recetas desparramadas de un Medico Francès, que tenia en la memoria, me vendi por experimentado en uno y otro Arte.

El ansia de ver el hombre nuevo (que es general en todas gentes y Naciones) me juntò alegres discipulos, desesperados enfermos, y un millon de aclamaciones necias, hijas de la sencillez, de la ignorancia, y de el atropella-

miento de la novedad. Yo sembraba unturas, plantaba xaraves, ingeria cerotes, y rociaba con toda el agua, y los aceytes de mi recetario, à los cronicos, hipochondriacos, y otros enfermos impertinentes, raros, y quasi incurables. Recogia el mismo fruto que los demàs Doctores sabios, afortunados, y estudiosos, que era la propina, el credito, la estimacion, el aplauso, y todos los bienes, è incientos que les dà la inocencia y la esperanza de la sanidad. En orden à los sucessos tuve mejor ventura, ò mas seguro modo para lograrlos favorables, que el Hypocrates; porque à este, y quantos siguieron, y siguen sus aforismos y lecciones, se le murieron muchos de los que curaban, otros salian à puerto, y otros se quedaban con los achaques: de mis emplastados y ungidos, ninguno se murió, porque las Recetas no tenian virtud para sanar, ni para hacer daño: algunos sanaban con la providencia de la naturaleza, y à los mas se les quedaba en el cuerpo el mal, y la medicina; y la aprehension les hacia creer algun alivio. Fui, no obstante mi necesidad, mi arrojò, è ignorancia, un Empirico considerado, y mas prudente que lo que se podia esperar de mi cabeza, y mis pocos años; porque no me meti con enfermò alguno de los agudos, ni tuve el atrevimiento de administrar purgan-

gantes, ni abonar, ni maldecir las sangrias. Bien penetraba mi poca Philosophia lo peligroso de estos, y lo poco importante de mis Apositos: y con esta seguridad y conocimiento viviamos, todos mis dolientes con sus achaques, y yo con sus alabanzas y dineros.

En la Danza tambien tuve que trabajar; pero en esta con mas satisfaccion, y sin ningun peligro; porque era mas diestro en los compases, que los Medicos en sus curaciones, y vivia fuera de las congojas de que me capitulasen de necio en el exercicio. A pocos dias era ya la celebridad, y converfacion de los melancolicos, los defocupados, y noveleros. Y con sus solicitudes y aprehensiones, arribè à juntar algunas monedas de oro, buenas camisas, y un par de vestidos, que me engalanaban, y prometian mi poco feso. La ridicula historia de unos indiscretos zelos de un destemplado Portuguès, cuya infame sospecha es digna de que se quede enterrada en el silencio y el olvido, me obligò à dexar à Coimbra, y tomar seguridad en la Ciudad de O Porto, adonde me mantuve, gastando en figura de Cavallero lo que havia ganado en ocho meses à hacer cabriolas con los pies y las manos.

Aunque procuraba gastar el dinero con alguna dieta, llegò el caso de aniquilarse mi caudal, y de verme en la congoja de elegir

nuevo camino para buscar la vida, con la que andaba de perdicion en perdicion. No discurria en vereda, en que no contemplasse mil estorvos, enfados, opresiones, y descomodidades; y pareciendome mas libre, y mas holgona la de Soldado, assentè Plaza en el Regimiento de los Ultramarinos en la Compañia de D. Felix de Sousa. Pagaronme razonablemente la entrada; tomò un Sargento las señas de mi figura, con distincion bastante, y menudencia, y le dixè, que mi nombre era Gabriel Gilberto: y con este fingimiento corri la temporada que anduve vestido con la librea verde. El miedo à los palos, à las baquetas, al potro, y à los demàs castigos con que se reprehenden las faltas menudas en la Milicia, me hizo cumplir exactamente con las obligaciones de Soldado. Queriamè mucho mi Capitan, y yo le pagaba el cariño con singular respeto, y prompta assitencia à quanto se le ofrecia. Trece meses estuve bastantemente gustoso en este exercicio, y me parece que huviera continuado esta honrada carrera, si no me huvieran arrancado del camino las persuasiones de unos Toreros hijos de Salamanca, que passaron à Lisboa à torear en unas Fiestas Reales, que se hicieron en aquella Corte. Facilitaron los medios de la desercion, disfrazandome con la Xaquetilla, el sombrero à la cham-

berga , y los demás arneses de la bribia : yo consentí ; porque aunque vivía gustoso , deseaba ver à mis Padres , y los muros de mi Patria. En el Convento de San Francisco de Lisboa me despojè del Uniforme ; y vestido con las fobras de un Torero , llamado Manuel Phelipe , me enquadernè en la tropa ; y juntos todos tomamos el camino de Castilla , sin havernos sucedido acafo alguno , digno de ponerse en esta Relacion. Al passo que me iba acercando à Salamanca , iba creciendo en mi corazon el miedo y la verguenza , y otros embarazos que me dificultaban la entrada à la casa , y la vista de mis Padres. Nunca me resolví à que me viesse con la gentecilla con quien venia incorporado ; y fingiendo con mis camaradas que tenia precision de detenerme algunas semanas en Ciudad-Rodrigo , me dexaron como à una legua distante de Valde la Mula , libre del riesgo que amenazaba à mi vida , si me mantuviera en las posesiones de Portugal. Entrè en Ciudad Rodrigo , y me bolví à la ropa de Estudiante , prestandome por entonces , en la confianza de que lo pagarian mis Padres , Don Juan de Montalvo , lo que era oportuno para ponerme delante de gentes de razon. Escriví à Salamanca à varios intercessores , para que templassen el justo enojo de mis Padres , y les persuadiesen lo desengañado que bolvia

de mis aventuras y delirios ; y el amor , la necesidad , y la consideracion de los peligros à que me bolveria à arrojar , y los ruegos de los interlocutores , me facilitaron con suavidad , y con dulzura su cariño y acogimiento. Recibieronme gustosos ; yo me echè à sus pies avergonzado , y con propositos de no darles mas pesadumbres , y jurè nuevamente mi obediencia. Las raras gentes que tratè en las ridiculas aventuras de Chimico , Soldado , Santero , y Maestro de Danza , el crecimiento de los años , y la mayor edad de la razon , me pasmaron un poco el orgullo ; de modo que yà tomaba algun asco à las desemoituras y libertades , que havia aprendido en la escuela de mi ociosidad , y en las maestrias de mis amigos. Yà conocia yo que iban faltando de mi cerebro muchas de aquellas cavilaciones y delirios , que me aguijoneaban à los disparates , y los despropositos. Desamparado pues mi seso de algunas turbaciones , y libre del mal exemplo de mis compatriotas (que yà faltaban todos de Salamanca) empecè una vida mas segura , y menos rodeada de enredos , bufonadas , y desverguenzas. No fui bueno ; pero à ratos disimulaba mis malicias. No dexè de ser muchacho ; pero yà era un mozo mas tolerable , y menos aborrecido de las gentes de bue-

na crianza. Era atento y cortefano exquisitamente con los mayores y los iguales, y con esta diligencia y la de mi serenidad fui ganando el cariño de los que antes me aborrecian con razon y

con extremo. Con estas disposiciones bolvi de Portugal à mi Patria; las aventuras que fueron sucediendo à mi vida, las verà el que leyere, ù oyere el tercer Trozo que se sigue.

TROZO TERCERO DE LA VIDA
è historia de Don Diego de Torres: empieza desde los veinte años, poco mas, ò menos, hasta los treinta, sobre meses menos, ò mas.

POR desarmar de las maldiciones, de los apodos, y las chufetas con que han acostumbado morder los satyricos de estos tiempos à quantos ponen alguna obra en el publico; por encubrir con un desprecio fingido y negociante mi entonada soberbia; por burlarme sin escrupulo, y con sosiego descansado de la enemistad de algunos embidiosos carcomidos; y por reirme finalmente de mi proprio, y de los que regañan por lo que no les toca, ni les tañe, puse en mi cuerpo y en mi espiritu las horribles tachas y ridiculas deformidades, que se pueden notar en varios Trozos de mis vulgarissimos Impressos: Muchas torpezas, y monstruosidades estàn dichas con verdad, especialmente las que he declarado para manifestar el genio de mis humores y potencias; pero las corcobas, los chichones, tiznes, mugres, y lagañas que he plantado

en mi figura, las mas son sobrepuestas y mentirosas; porque me ha dado la piedad de Dios una estatura algo mas que mediana, una humanidad razonable, y una carne sólida, magra, enjuta, colorada, y estendida con igualdad y proporcion; la que podia aver mantenido fresca mas Veranos que los que espero vivir, si no la huvieran corrompido los pestilentes ayres de mis locuras, y malas costumbres. Pues para que sea verdad quanto se vea en esta historia (que oy tiene tantos testigos como vivientes) pondrè en este pedazo de mi Vida la verdadera facha antes de proseguir con las revelaciones de mis sucessos, acasos, y aventuras. Pintarè me como aparezco oy, para que el que lea rebaxe, añada, y discurra como estaria à los veinte años de mi edad. Yo tengo dos varas y siete dedos de persona; los miembros que la abultan y componen tienen

nen una simetría sin reprehension: la piel de el rostro está llena, aunque ya me van asomando ázia los lagrimales de los ojos algunas patas de gallo; no ay en el colorido enfadoso, pecas, ni otros manchones desmayados. El cabello (à pesar de mis quarenta y seis años) todavia es rubio; alguna cana fuele salir à acusarme lo viejo, pero yo las procuro echar fuera. Los ojos son azules, pequeños, y retirados ázia el colodrillo. Las cejas y la barba bien rebutidas de un pelambre alazan, algo mas pagizo que el vermejo de la cabeza. La nariz es el solecismo mas reprehensible que tengo en mi rostro, porque es muy caudalosa, y abierta de faldones, remata sobre la mandibula superior en figura de corozza, apaga humos de Iglefia, rabadilla de pabo, ò cubilete titiritero; pero gracias à Dios no tienen tropicones, ni cavallete, ni otras señales pharisaicas. Los labios frescos, sin humedad exterior, partidos sin miseria, y rasgados con rectitud. Los dientes cabales, bien cultivados, estrechamente unidos, y libres de el farro, el escorbuto, y otros asquerosos pegotes. El pie, la pierna, y la mano son correspondientes à la magnitud de mi cuerpo; este se va yà torciendo ázia la tierra, y ha empezado à descubrir un semicírculo à los costillares, que los maldicientes llaman Corcoba. Soy todo junto un hombron alto, pi-

cante en seco, blanco, rubio, con mas catadura de Alemán, que de Castellano, ò Estremeño. Para los bien hablados soy bien parecido; pero los marcadores de estaturas dicen que soy largo con demasia, algo tartamudo de movimientos, y un si es no es derrengado de portante. Mirado à distancia parezco melancolico de phisonomia, aturdido de facciones, y triste de guñaduras; pero examinado en la conversacion, soy generalmente risueño; humilde y afectuoso con los superiores, agradable y entretenido con los inferiores, y un poco libre y desvergonzado con los iguales. El vestido (que es parte esencialissima para la similitud de los retratos) es negro, y medianamente costoso; de manera que ni pica en la profanidad escandalosa, ni se mete en la estrechez de la hypocresia puerca y refinada. El paño primero de Segovia, alguna añadidura de tafetan en el verano, y terciopelo en el invierno, han sido las frequentes telas con que he arropado mi desvaído corpanchon. El corte de mi ropa es el que introduce la novedad, el que abraza el uso y antojo de las gentes, y lo mas cierto el que quiere el fastre. Guardo en la figura de Abate Romano la ley de la reforma Clerical, menos en los actos de mis escuelas, que allí me aparezco con los demás Catones embainado en el bonete y la sotana, que

que son los apatuscos de Doctor, las añadiduras de la ciencia, y la cobertera de la ignorancia. A diligencias de los criados voy limpio por de fuera, y con los melindres de mis hermanas por de dentro; porque à pèsar de mi pereza, y mi descuido, me hacen remudar el camison todos los dias. Blevò à ratos todos los cascabeles y campanillas que cuelgan de sus personas los galanes, los ricos, y los aficionados à su vanidad: Relox de oro con sus borlonos, que vãn besando la ingle derecha, fortijòn de diamantes, caja de irregular materia, con tabaco escogido, sombrero de Inglaterra, medias de Olanda, y villas de Flandes, y otros generos, que por gritones y raros publican la prolixidad, la locura, el antojo, el uso, y el asseo. Mezclado entre los Duques, y los Arceedianos, ninguno me distinguirà de ellos, ni le passará por la imaginacion que foy Astrologo, ni que foy el Torres, que anda en estos libros siendo la irrisiòn, y el mòxarrilla de las gentes. He sido el espanto, y la incredulidad de los que buscan, y desean conocer mi figura; porque los mas pensaban encontrar se con un Escolar monstruoso, viejo, torcido, jorovado, cubierto de cerdones, rodeado de una piel de Camello, ò mal metido en alguna albarda, como habito proprio de mi brutalidad. Este soy en Dios y en

mi conciencia; y por esta copia, y la similitud que tiene mi gesto con la cara del mamarracho, que se imprime en la primera hoja de mis Almanagues, me entrefacará el mas rudo, aunque me vea entre un millon de hijos de Madrid.

El genio, el natural, ò este duende invisible (llame se como quisieren) por cuyas burlas, acciones, y movimientos rastreamos algun pòco de las almas, anda copiado con mas verdad en mis Papeles: yà porque cuidadosamente he declarado mis defectos, yà porque à hurtadillas de mi vigi lancia se han salido arrebuja dos entre las exprefsiões, las bachillerias, y las incontinencias, muchos pensamientos y palabras que han descubierto las manias de mi propension, y los delirios de mi voluntad. Desmembrado, y escasamente repartido se encuentra en algunas planas el cuerpo de mi espiritu; y para cumplir con el assumpto que me he tomado, juntaré en breves parrafos algunas señas de mi interior, para que me vea todo junto el que quisiere quedar informado de lo que soy por dentro, y por fuera. Tengo, como todos los hijos de Adán, higado, bazo, corazon, tri pas, hypocondrios, mesenterio, y toda la caterva de rincones, y escondrijos que assegura, y demuestra la docta Anatomia. Estos son (segun aseguran los Philoso-

phos naturales) los nidos, y las chozas donde se esconden, y retiran los apetitos reboltofos, los afectos inescrutables, y las pasiones altaneras, y porfiadas. Dicen que habitan en estas interiores cavernas de la humanidad; y lo benigno, lo furioso, lo docil, y lo destemplado, lo arguyen de la disposicion, textura, qualidad, y temperamento de la parte. La pintura es galana, vistosa, y posible; pero yo no sé si es verdadera. Lo cierto es, que salga del higado, del bazo, ò del corazon; yo tengo ira, miedo, piedad, alegria, tristeza, codicia, largueza, furia, mansedumbre, y todos los buenos y malos afectos, y loables y reprehensibles exercicios que se pueden encontrar en todos los hombres juntos y separados. Yo he probado todos los vicios, y todas las virtudes, y en un mismo dia me siento con inclinacion à llorar, y à reir; à dár, y à retenir; à holgar, y à padecer; y siempre ignoro la causa, y el impulso de estas contrariedades. A esta alternativa de movimientos contrarios he oido llamar locura; y si lo es, todos somos locos, grado mas, ò menos; porque en todos he advertido esta impenfada, y repetida alteracion. A la mayor, ò menor altura de los afectos, y à la mas furiosa, ò sofsegada expresion de las pasiones, llaman genio, natural, ò crianza la mayor parte de la co-

munidad de las gentes; y si el mio se ha de conocer por las mas repetidas exaltaciones del animo, aqui las pondré con la verdad que las examino, apartando por este breve rato el sonrojo, que se va viniendo à mi semblante.

Soy regularmente apacible, de trato sofsegado, humilde con los superiores, afable con los pequeños; y las mas veces desahogado con los iguales. En las conversaciones hablo poco, quedo, y moderado, y nunca tuve valor para meterme à gracioso, aunque he sentido bullir en mi cabeza los equivocos, los apodos, y otras sales con que fazonan los mas politicos sus platicas. Hallome felizmente gustoso entre toda especie, sexo, y destino de personas; solo me enfadan los embusteros, los presumidos, y los porfiados; huyo de ellos, luego que los descubro, con que passo generalmente la vida dichosamente entretenido. Tal qual resentimiento padece el animo en las precisas concurrencias, donde son inescusables los pelmazos, los tontos, y otras mezclas de majaderos que se tropiezan en el concurso mas escogido: pero este es mal de muchos, y consuelo mio: sufro sus disparates con conformidad y tolerancia, y me vengo de sus desatinos con la pena que presumo que les darán mis desconciertos. Soy docil, y ma-

nejable en un grado vicioso, y reprehensible; porque hago, y concurre à quanto me mandan, sin examinar los peligros, ni las resultas infelices: pero bien lo he pagado, porque las congojas, y defazones que he padecido en este mundo, no me las han dado mis emulos, mis enemigos, ni la mala fortuna, sino es mi docilidad, y mi franqueza. Mi dinero, mis suplicas, mi representacion, tal qual es, mi casa, y mis ajuares los he franqueado à todos, sin exceptuar à mis defaectos. Lo mas de mi vida, yà en los passages de mis venturas, y yà en las avenidas de mis abatimientos, la he passado comiendo à costa ajena, huesped honrado, y querido en las primeras casas del Reyno: y pudiendo ser rico con estos ahorros, y las producciones de mis tarèas, siempre andan iguales los gastos, y las ganancias. He derramado entre mis amigos, parientes, enemigos, y petardistas mas de quarenta mil ducados que me han puesto en casa mis afortunados disparates. En veinte años de Escripтор he percibido à mas de dos mil ducados cada año, y todo lo he repartido, gracias à Dios, sin tener à la hora que esto escribo mas repuestos que algunos veinte doblones que guardará mi Madre, que ha sido siempre la thesorera, y repartidora de mis trabajos y caudales. Si à algun embidiou-

llo, ò mal contento de mis fortunas, le parece mentira, ò exageracion esta ganancia, vengase à mi, que le mostrarè las cuentas de Juan de Moya, y las de los demàs Libreros, que todavia existen ellas, y vivo yo, y mis Administradores. Es publico, notorio, y demonstrable mi desintereès, tanto que ha tocado en perdicion, desorden, y majaderia. He trabajado de valde, y con continuacion, para muchos que han hecho su fama, y su negocio con los desperdicios de mis fatigas. Haviendo sido el numero de mis tarèas bastantemente copioso, son mas las que estàn en la lista de las regaladas, que en la de las vendidas. Sobre el caudal de mis Pronosticos, y mis necedades, ha tenido letra abierta el mas retirado de mi amistad, y el mas estraño de mi conocimiento. El dicho Moya, que es el depositario de mis mercaderias y disparates, jurará que le tengo dada orden para que no recatee mis Papeles, y que los dè graciosamente al que llegare à su Tienda, sin mas recomendacion que la de una buena capa. Siendo (como dirè mas adelante, ademàs de lo dicho) el Escripтор mas desdichado y pobre de esta Era, me he conducido en las ciento y veinte Dedicatorias, que se pueden ver en mis librillos, con bizzarria tan glórfiosa, que he desmentido los creditos

de petardo, con que regularmente se miran estos cultos. Nunca miré à mas fines, ni à mas esperanzas que al agradecimiento, la veneracion, y el adorno de la obra. Al tiempo que expressaba mis rendimientos, escondia mi persona: y las mas veces dedicaba à los Heroes mas elevados, à los ausentes, ò à quien yo contemplaba que estuviesse muy fuera de la retribucion, y que la ausencia, ò el retiro dificultassen las comunes satisfacciones. Mis defeos, y mis sacrificios fueron siempre puros, atentos, cortesanos, y libres de las infecciones del interes mecanico, y la lisonja abominable. He puesto esta menudencia impertinente, para que se sepa que no tengo todas las condiciones de mal Author, pues me falta la codicia con que muchos se sujetan à hacer las obras, confiados alegremente en que el Heroe à quien dedican, les ha de pagar à lo menos la impresion; y estos no cortejan, que roban. Hablo gordo, y entre los que me tratan y conocen. Grite ahora el Satirico que quisiere, ponga los manchones que le elixa su rabiosa infidelidad à mi pobreza, y mi defasimiento, que aqui estoy yo que sabré limpiar-me, y desmentirle con mis operaciones, y los testigos mas memorables de la España.

Trato à mis criados como à compañeros y amigos; y al passo

que los quiero, me estoy lastimando de que los haya hecho la fortuna la mala obra de tener que servirme. Jamás he despedido à ninguno; los pocos que me han acompañado, ò murieron en mi casa, ò han salido de ella con doctrina, oficio, y conveniencia. Los actuales que me asistien no me han oido reñir, ni à ellos, ni à otro de los familiares; y el mas moderno tiene ocho años de mi compañía. Todos comemos de un mismo guisado, y de un mismo pan; nos arropamos en una misma Tienda; y mi vestido, ni en la figura, ni en la materia se distingue de los que yo les doy. El que anda mas cerca de mi es un Negro sencillo, candido, de buena ley, y de inocentes costumbres: à este le pongo mas de punta en blanco, porque en su color, y su destino no son reparables las extravagancias de la ropa: yo me entretengo en bordar, y en ingreir sus vestidos; y logro que lo vean galán, y à mi ocupado. Ni à este, ni à los demás los entretengo en las prolixidades, y servidumbres que mas authorizan la vanidad, que la conveniencia; y aun siendo costumbre por acá entre los Amos de mi caracter y grado llevar à la cola un sirviente, en el traje de Escolar, en ningun tiempo he querido que vayan à la rastro. Yo me llevo, y me traigo solo donde he menester: me

visto, y me desnudo sin Edecanes: escribo, y leo sin amanuenses, ni lectores; sirvo mas que mando; lo que puedo hacer por mi, no lo encargo à nadie; y finalmente yo me siento mejor, y mas acomodado conmigo, que con otro. Si este es buen modo de criar sirvientes, ò de portarse como servidos, ni lo disputo, ni lo propongo, ni lo niego; yo digo lo que passa por mi, que es lo que he prometido, y lo demas rebuelvanlo los Criticos como les parezca.

La valentia del corazon, la quietud del espiritu, y la serenidad de animo que gozo muchos años ha, es la unica parte que se le puede embidiar à mi naturaleza, mi genio, ò mi crianza. De niño tuve algun temor à los cuentos espantosos, à las novelas horribles, y à las frequentes inyecciones, con que se estremecen, y se espantan las credulidades de la puerilidad, y los engaños de la juventud, y la vejez: pero ya, ni me asustan los calavernarios, ni me atemorizan los difuntos, ni me produce la menor tristeza la posibilidad de sus apariciones. Crea el que lee, que segun fosienga la tranquilidad de mi espiritu, sospecho que no me inquietaria mucho ver ahora delante de mi à todo el Purgatorio. Este valor (que mas parece desesperado despecho) asseguro que es hijo de una resignacion Christiana; pues

siendo Dios el unico Dueño de mi vida, se que estoy debaxo de sus disposiciones y providencias, y es imposible rebelarme à sus decretos: para el dia que determine llamarme à juicio, estoy disponiendo, con su ayuda, mi conformidad, y no me acongoja que el aviso sea à palos, à pedradas, à Medicos, à colicos, ò difuntos: sea como su Magestad fuere servido, que à todo estoy prompto, y resignado. Por la soledad, la noche, el campo, y las cruixias melancolicas me paseo sin el menor rezelo; y nunca se me han puesto delante aquellas fantasmas que suele levantar en estos sitios la imaginacion corrompida, ò el ocio y el silencio, grandes artifices de estas fabricas de humo y ventolera. Las brujas, las hechiceras, los duendes, los espiritados, y sus relaciones, historias, y chistes, me arrullan, me entretienen, y me sacan al semblante una burlona risa, en vez de introducirme el miedo y el espanto. Varias veces he proferido en las conversaciones, que traigo siempre en mi bolsillo un doblon de à ocho, que en esta era vale mas de trescientos reales, para darselo à quien me quiera hechizar; ò regalarle à una bruja, à una espiritada que yo examine, ò al que me quisiere meter en una casa donde habite un Duende, me he convidado à vivir en ella, sin mas premio que el ahorro de los

los alquileres : y hasta aora he pagado las que he vivido ; y discurro que mi doblon me servirá para Missas : porque ya creo que me he de morir sin verme hechizado, ni forbido. Yo me burlo de todas estas especies de gentes , espiritus, y maleficios ; pero no las niego absolutamente; las travesuras que he oido à los Historiadores credulos de mi tiempo, todas han salido embustes : yo no he visto nada , y he andado à montería de brujos, duendes , y hechizeros lo mas de mi vida. Algo havrà : sea enhorabuena, y haya lo que huviere: para que no me coja el miedo, le sobra à mi espiritu la contemplacion de lo raro , lo mentiroso de las noticias, y la esperanza de que no he de ser tan desgraciado , que me toque à mi la mala ventura, y el mochuelo : y quando sea tan infeliz, que me pille el golpe de alguna de las dichas desgracias, me encaramo en mi resignacion catholica ; y mientras llega el talegazo me rio de todos los chismes y patrañas que andan en la boca de los credulos y medrosos , y en la persuasion de algunos que comercian con este genero de drogas. Tengo presente al Torre Blanca , al Padre Martin del Rio en sus Desquificiones Magicas, y muy en la memoria los Actos de feè que se han celebrado en los Santos Tribunales de la Inquisicion , en los que regularmente se castigan mas majaderos , tontos,

y delinquentes en el primer Mandamiento de la ley de Dios, que brujos y hechizeros: y venero los conjuros con que la Santa Madre Iglesia espanta y castiga à los diablos y los espiritus ; y todo me sirve para creer algo, disputar poco, y no temer nada.

En el gremio de los vivientes no encuentro tampoco espantajo que me asuste. Los xacaros de capotillo y guadexeño ; y el Zui-zo con los vigotones, el sable , y las pistolas , son hombres con miedo ; y el que justamente presumo en ellos, me quita à mi el que me pudieran persuadir sus apatufcos , sus armas, y sus juramentos. Los mormuradores , los maldicientes , y los satyricos, que son los Gigantones que aterrorizan los animos mas constantes, son la chanza , la irrision , y el entretenimiento de mi desengaño , y de mi gusto. El mayor mal que estos pueden hacer es, hablar infamemente de la persona, y las costumbres ; esta diligencia la he hecho yo repetidas veces contra mi , y con ellos , y no he conocido la menor molestia en el espiritu: y despues de tantas blasfemias , injurias , y maldiciones me ha quedado sana la estimacion ; tengo , bendito sea Dios, mis piernas , y mis brazos enteros y verdaderos: no me han quitado nunca la gana de el comer, ni la renta para comprarlo ; con que es disparate , y necedad aco-

qui-

quinada vivir temiendo à semejantes fantasmones. En la cofradia de los ladrones que es dilatadissima , ay muchos à quien temer ; pero anda regularmente errado el temor ; de modo que estamos metidos entre las ladroneras, y tenemos miedo à los Lugares en que no ay robos, ni à quien robar. En los caminos , en los montes , y en los despoblados habita todo nuestro espanto, y nuestro miedo, y alli no hay que hurtar , ni quien hurte: Yo he rodado mucha parte de Francia, todo Portugal, lo mas de España, y cada mes passo los Puertos de Guadarrama, y la Fonfria, y hasta ahora no he tropezado un ladron. Algunos hurtos veniales suceden en los montes ; pero los granados , los sacrilogos , y los mas copiosos se hacen en las poblaciones ricas, que en ellas están los bienes , y los ladrones: y à los pocos que ruedan los caminos, y à los muchos que tragan en las Ciudades, jamás los temi ; porque Astrologo ninguno ha perecido en sus manos, ni hay exemplar de que se les antoje acometer à gente tan pelona. Finalmente digo con ingenuidad , que no conozco al miedo ; y que esta serenidad no es bizarría de el corazon , ni atrevimiento de el animo, sino es desengaño , y poca credulidad en las relaciones, y los sucessos , y mucha confianza en Dios, que no permite que los diablos , ni los hom-

bres se burlen tan à todo trápo de las criaturas. Los que producen en mi espiritu un temor rabioso entre susto y asco , enojo y fastidio son los Hypocritas , los Avaros, los Alguaciles, muchos Medicos , algunos Letrados , y todos los Comadrones; siempre que los veo me fantiguo, los dexo passar, y al instantè se me passa el susto y el temor. Con estas individualidades , y las que dexo descubiertas en los sucessos passados, y las que ocurriràn en adelante , me parece que hago visible el plan de mi genio. Ahora dirè brevemente de el ingenio, que tambien es pieza indispensable en esta Vida.

Mi ingenio no es malo; porque tiene un mediano discernimiento , mucha malicia , sobrada copia , bastante claridad , mañosa penetracion , y una aptitud generalmente proporcionada al conocimiento de lo liberal , y lo mecanico. Aunque han salido al publico tantas obras que pudieran haver demostrado con mas fidelidad lo rudo , ò lo discreto , lo gracioso , ò lo infeliz de mi ingenio, es rara la que puede dàr verdaderas y cumplidas señales de su entereza, de su bondad, de su miseria, ò de su abundancia; porque todas están escritas sin gusto , con poco asiento , con algun enfado, y con precipitacion desaliñada. Yo bien sè que alcanzo mas, y discurre mejor que lo que dexo escrito ; y que si mi genio huviera

tenido mas codicia à los intereses, mas estimacion à la fama, ò lo que se dice Aura popular; y si mi pobreza no huviera sido tan porfiada y reboltosa, serian mis papeles mas limpios, mas doctrinales, mas ingeniosos, y mas apeteccibles. Atropelladas salieron siempre mis obras desde mi bufete à las imprentas; y jamàs corrigi pliego alguno de los que me bolvian los impressores, con que todos se passean rodeados de sus yerros y mis descuidos. Yo los aborrezco, porque los conozco; y si hoy me fuesse posible recogerlos, los entregaria gustosamente al fuego, por no dexar en el mundo tantos testigos de mi pereza, y de mi ignorancia, y tantas señales de mi locura, altanerìa, y extravagante condicion. Solo me consuella en esta afliccion, en que espero morir, la innocencia de mis disparates; pues aunque son sobervios y poderosamente plenarios, parece que no son perjudiciales, quando la vigilancia de el Santo Tribunal, y el desvelo de los Reales Ministros los ha permitido correr por todas partes, sin aver padecido ellos la mas pequeña detencion, ni yo la mas minima advertencia. Doy gracias à Dios, que havien-do sido tan loco, que me arrojà à escribir en las materias mas sagradas, y mas peligrosas; y professando una facultad que vive tan vecina de las supersticiones, no me despenaron mis atrevimientos

en las desgraciadas honduras de la infidelidad, la ignorancia, ò el extravio de los preceptos de Dios, de las ordenanzas de el Rey, y de los establecimientos de la Política y la naturaleza. Todo lo debo à su Magestad, y al respeto con que he mirado à sus substitutos en la tierra. Basta de ingenio; y bolvamos à atar el hilo de las principales narraciones.

Dexè esta ridicula historia en el lance de la buelta de Portugal à Salamanca: y prosigo afirmando, que bolvi menos credulo y menos obediente à los faciles è infelices consejos de la juventud, y mas medroso de las calamidades que se expone à padecer el que se entrega à los derrumbaderos de su ignorante y antojadiza imaginacion. Passaba en casa de mis Padres la vida, escondido y retirado muchas horas, sin padecer sentimiento alguno en el animo, ni con la mudanza à la reciente quietud, ni con la memoria de mis alegres travесuras. Insensiblemente me hallè aborreciendo las fatigas de la ociosidad, y muy mejorado en el uso y descompostura de las huelgas y las diversiones; porque asistia solamente à los festejos de las personas de distincion y de juicio; y baylaba en los faraos y concursos que disponia el motivo honesto, y la celebridad prudente, graciosa, y comedida. Ajustaba en ellos mis acciones à una severidad agradable, de

modo que se conociese que mi asistencia tenia mas de civilidad y de politica, que de esparcimiento grosero y voluntario. Di en el estraño delirio de leer en las facultades mas desconocidas, y olvidadas, y arrastrado de esta mania, buscaba en las librerias mas viejas de las Comunidades à los Autores rancios de la Filosofia natural, la Crisopeya, la Magica, la Transmutatoria, la Separatoria, y finalmente parè en la Mathematica, estudiando aquellos libros que viven enteramente desconocidos, ò que estàn por su extravagancia despreciados. Sin director, y sin instrumento alguno (de los indispensables en las ciencias Mathematicas) lidiando solo con las dificultades aprendi algo de estas utiles y graciosas disciplinas. Las lecciones y tarèas à que me sujetò mi destino y mi gusto, las tomè al revès, porque lei la Astronomia, y Astrologia, que son las ultimas facultades: sin mas razon que aver sido los primeros librillos que encontrè, unos Tratados de Astronomia, escritos por Andrès de Argolio, y otros de Astrologia impressos por David Origano. A estos cartapacios, y à las conferencias y conversaciones que tuve con el Padre Don Manuel de Herrera, Clerigo de San Cayetano, y sugeto docto y aficionado à estos artes, debi las escasas luces que aun arden en mi rudo talento, y los relucientes

antorchones que oy me ilustran Maestro, Doctor, y Cathedratico en Salamanca, quando menos. A los seis meses de estudio salì haciendo Almanagues y Pronosticos; y detràs de mi salieron un millon de necios y maldicientes, blasfemando de mi aplicacion y de mis obras. Unos decian, que las havia hecho con la ayuda de el diablo: otros que no valian nada; y los mas aseguraban que no podian ser hechuras de un ingenio tan perezoso y escaso como el mio. La coyuntura desgraciada en que salieron à luz mis Pronosticos, la brevedad de el tiempo en que yo me impuse en su artificio, la ignorancia y el olvido comun que se padecia de estas ciencias en el Reyno, y sobre todo la indisposicion, y el aborrecimiento à los estudios que contemplaban en mi quantos interiormente me trataban, tenian por increíble mi adelantamiento, por sospechosa mi fatiga, y por abominable mi paciencia. Estaban, veinte y quatro años ha, persuadidos los Españoles que el hacer Pronosticos, fabricar Mapas, cregir figuras, y plantar Epocas, eran unas dificultades invencibles; y que solo en la Italia, y en otras Naciones Estrangeras se reservaban las llaves con que se abriau los secretos arcones de estos graciosos Artificios. Estaban, mucho antes que yo viera al mundo, governandose por las mentiras del gran Sarra-

bal, adorando sus juicios, y puestos de rodillas esperaban los quatro pliegos de embustes que se tēxian en Milàn (con mas facilidad que los encajes) como si en ellos les viniera la salud de valde, y las conveniencias regaladas. No vivia un hombre en el Reyno de los ocultos en las Comunidades, ni de los patentes en las Escuelas publicas, que como aficionado, ò como Maestro se dedicasse à esta casta de predicciones, y sistemas. Todas las Cathedras de las Universidades estaban vacantes, y se padecia en ellas una infame ignorancia. Una figura Geometrica se miraba en este tiempo como las brujerías, y las tentaciones de San Anton, y en cada circulo se les antojaba una caldera donde hervian à borbotones los pactos, y los comercios con el demonio. Esta rudeza, mis vicios, y mis extraordinarias libertades hicieron infelices mis trabajos, y aborrecidas con desventura mis primeras tareas.

Para sossegar las voces perniciosas, que contra mi aplicacion soltaron los desocupados, y los embidiosos, y para persuadir la propiedad, y buena condicion de mis fatigas, pedí à la Universidad la substitucion de la Cathedra de Mathematicas, que estubo sin Maestro treinta años, y sin enseñanza mas de ciento y cinquenta; y concedida, lei, y en-

señe dos años à bastante numero de discipulos. Presidí al fin de este tiempo un Acto de Conclusiones Geometricas, Astronomicas, y Astrologicas; y fue una funcion, y un exercicio tan raro, que no se encontrò la memoria de otro en los monumentos antiguos que se guardan en estas felicissimas Escuelas. Dedicuè las Conclusiones al Excelentissimo señor Principe de Chalar, Duque de Jovenazo, que à esta sazón vivia en Salamanca, gobernando de Capitan General las Fronteras de Castilla. El concurso fue el mas numeroso y lucido que se ha notado: y el exercicio tuvo los aplausos de solo, las admiraciones de nuevo, y las felicidades de no esperado. Con esta diligencia, y otros frutos que iban saliendo de mi retiro, y de mi estudio, acallè à los ignorantes, que se escandalizaron de la brevedad y estrañeza de mi aprovechamiento: pero empezó a rebolverse contra mis producciones otra nueva casta de vocingleros de tan poderosos livianos, que hasta ahora no se han cansado de gritar y gruñir; ni yo he podido taparles las bocas con mas de quatro mil refinas de papel que les he tirado à los hocicos. Rompiendo con mis defensivos por medio de sus murmuraciones, satyras, y majaderias, continuaba en escribir Papelillos de diferentes argumentos, y en leer

leer los tomos, que la casualidad, y la sollicitud me trata à las manos. Travesaba con las Musas muchas veces, sin que me estorvasen sus retozos la leccion de la Theologia Moral, la que estudiaba (mas por precepto, que por inclinacion) en los Padres Salmanticenses, y en el Compendio del Padre Larraga, de los que todavia podrè dar algunas señas, y bastantes noticias. Acometiòle à mi Padre à este tiempo la dichosa vocacion de que yo fuesse Clerigo; y porque no se le resfriassen los propósitos, sollicitò una Capellania en la Parroquia de San Martin de Salamanca, cuya renta estaba situada en una Casa de la Calle de la Rua; y sobre esta Congrua, que eran seiscientos reales al año, recibì, luego que yo cumpli los veinte y uno de mi edad, el Orden de Subdiacono. En èl he descansado; porque despues de recibido, parè mas à mi consideracion sobre las obligaciones en que me metia, los votos, y pureza que havia de guardar, y los cargos de que havia de ser responsable delante de Dios; y atribulado y afligido me resolvì à no recargarme (hasta tener mas seguridad y satisfaccion de mis talentos) con mas officios que los que abracè con poco examen de mis fuerzas, y ninguna reflexion sobre las duraciones de su observancia. Hasta ahora no he sentido en mi alma aquella mansedumbre, devocion, arre-

batamiento, y candidèz, que yo imagino que es indispensable en un buen Sacerdote. Todavia no me hallo con valor, ni con serenidad para ascender al altissimo Ministerio, cuyas primeras escalas estoy pisando indignamente: ni tampoco me ha acometido el atrevimiento, y la insolencia de meterme à desventurado Oficial de Missas. He tenido hasta hoy un seso altanero, importuno, desfidioso, y culpablemente desahogado. La vigilancia, y la prudencia que contemplo por precisa para conducirse en tan excelente dignidad, ni yo las tengo, ni me atreverè à solicitarla sin tenerlas. Naciò tambien la pereza del ascenso à las demàs Ordenes, de un pleyto que me puso un tristissimo codicioso sobre la naturaleza de la Congrua con que me havia ordenado: y por no lidiar con el susto, y con el enojo de andar en los Tribunales siendo el *Susodicho* de los Procuradores y los Escribanos, hice dexacion gustosa de la renta. Encargòse del Purgatorio el avariento litigante, y yo me quedè con el Voto de Castidad, y el Breviario, sin percibir un bodigo del Altar. Por estos temores, y el de no parar en Sacerdote Mendicante, tuve por menos peligroso quedarme entretallado entre la Epistola y el Evangelio, que atropellar hasta el sagrado Sacerdocio, para vivir despues mas escandalosamente.

mente , sin la moderacion , el juicio , el recogimiento , decencia , y severidad que deben tener los Ecclesiasticos. Mis enemigos, y los maldicientes han cacareado otras causas : el que pudiere probarlas , hagalo mientras yo viva, y discorra , y hable lo que quisiere ; que por mi tiene licencia y perdon para inquirirlas y proparlarlas : que gracias à Dios no soy espantadizo de injurias.

Antes de cumplir la edad prescripta por el Concilio de Trento para obtener los Beneficios Curados , hize dos Oposiciones à los del Obispado de Salamanca. Confieso que la intencion fue poco segura ; porque no me opuse por devocion , ni por la permitida sollicitud de las conveniencias temporales , sino por contentar à mi sobervia, desvanecièdo las voces de mis enemigos , que publicaban, que yo no conocia mas facultad que la de hacer malas coplas , y peores Kalendarios : y por obedecer à mis Padres , que ya me consideraban Beneficiado de una de las mejores Aldéas del país. No obstante mi torpe disposicion , quiso la piedad de Dios , ò la caritativa diligencia de los Padres Examinadores, disponer que yo correspondiesse en la Theologia Moral con satisfaccion suya , y honor mio ; y logrè que ambas veces me honrasen con la primera Letra. Todavía se refieren como dignas de

alguna memoria algunas respuestas mias ; porque el Ilustrissimo Obispo , y los Padres Examinadores , informados de mi buen humor y promptitud , me hicieron algunas preguntas (despues del sèrio Examen) ò por probar mi genio , ò por divertirse un poco ; y mis precipitaciones fueron la celebridad de muchos ratos. Remitome à las noticias que duran en los curiosos de mis ridiculeces ; porque yo no se declararlas sin confusion , y sin sonrojo. Apareciòse en este tiempo en la Universidad de Salamanca la ruidosa pretension de la Alternativa de las Cathedras ; y como novedad extraordinaria y espantosa en aquellas Escuelas , produjo notables alteraciones, y tumultuosos disturbios entre los Profesores , Maestros , y Escolares de todas Ciencias y Doctrinas. Padecieron muchos el rencor particular de sus valedores, y con el atraço de sus conveniencias , y otros daños desgraciadamente molestos à la quietud , y à la reputacion. A mi por mas desvalido, por mas mozo, ò por mas inquieto , me tocaron (ademàs de otros disgustos) seis meses de prision , padeciendo por el antojo de un Juez mal informado, los primeros dos meses tristissimamente en la Carcel , y los otros quatro con mucha alegria , sobrada comodidad , crecido regalo , y provechoso entretenimien-

to en el Convento de San Estevan del Orden del Gloriosissimo Santo Domingo de Guzmán. El motivo fue, haver hecho caso de una necia y mentirofa voz (sin poderse descubrir la voráz boca por donde havia salido) que me acusaba Author de unas Satyras, que se estendieron en varias copias: y su argumento era herir à los que votaron en favor de la dicha Alternativa. En los seis meses de mi prision, se informò el Real Consejo con exquisita diligencia, y madurez de todos los sucessos de este caso: y despues de examinada una gran muchedumbre de testigos, y de un largo reconocimiento de letras y papeles, encontrò con la tropelia anticipada del Juez, y con èl la escondida verdad de mi innocencia. Salí por Real Decreto libre y sin costas, añadiendome por piedad, ò por satisfaccion, la honra de que fuesse Vice-Rector de la Universidad todo el tiempo que faltaba, hasta la nueva Eleccion por San Lucas. Afsi lo practiqué, y hice todos los officios pertenecientes al Retorato, con gusto de pocos, y especial congoja, y resentimiento de muchos. No quiero descubrir mas los secretos de esta aventura, porque viven hoy infinitos interesados, à quienes puede producir algun enojo la dilatada relacion de este suceso.

La caudalosa conjuracion que corrió contra mi despues de este

ruidoso caso, y las dificultades que puso à mis conveniencias la astucia reboltosa de los que ponderaban con demasiada fuerza los impetus de mi mocedad, y los disculpables verdores de mi espíritu, me hicieron segunda vez insolente, libre, y desvergonzado, en vez de darme conformidad, sufrimiento, temor, y enmienda venturosa. Enojado con aspereza de las imprudentes correcciones, de el odio mal fingido, y de las perniciosas amenazas de aquellos repotentes varones, que se sueñan con facultades para atajar, y destruir las venturas de los pretendientes, di en el mal proposito de burlarme de su respeto, de reirme de sus promessas, y de abandonar sus esperanzas. Di finalmente en la estremada locura de fiar de mi, y aburrir à estas, y à toda especie de personas. Bolvime loco rematado y festivo, pero nada perjudicial; porque nunca me acometiò mas furia, que la mania de zumbarme de la severidad que afectaban unos, de la presumpcion con que vivian otros, y de los poderes, y estimaciones con que sostienen muchos las reverencias que no merecen. Neguème à la sollicitud de los Beneficios, Capellanias, y afsistencias, por no passar por las importunidades y sonrojos de las pretensiones: derrenegùè de las Cathedras, y los Grados; y absolutamente de todo empleo,

cion,

cion, y destino, deliberado à vivir, y comer de las resultas de mis miserables tareas y trabajos. Los despropósitos, y necedades que haria un mozo zumbon de achacoso feso, desembarazado, robusto, sin miedo ni verguenza, y sin ansia à pedir, ni à pretender, se las puede pintar el que và leyendo; porque yo contemplo algunos peligros en las individuales relaciones, ademàs de que ya se me han escapado de la memoria los raros lances de aquella alegre temporada. Ahora me acuerdo, que saliendo una tarde de el General de Theologia abochornado de arguir un Reverendo Padre y Doctor, à quien yo miraba con algun enfado, porque era el que menos motivo tenia para ser mi defaecto, le dixè: *Y bien Reverendissimo? es ya Lumen gloria tota ratio agendi, ò no? Dexaron decidida las patadas y las voces essa viejissima question?* Vaya noramala (me respondió) que es un loco. *Todos somos locos (acudi yo) Reverendissimo, los unos por adentro, y los otros por afuera. AV. Reverendissima le ha tocado ser loco por la parte de adentro, y à mi por la de afuera: y solo nos diferenciamos en que V. Reverendissima es maniatico, triste, y mesurado; y yo soy delirante de gresca y tararira.* Bolvió à reprehender con prisa, y con enojo mi descompostura: y mientras fu Reverendissima se desgañi-

taba con defentonados gritos, estaba yo anudando en los pulgares unas castañuelas con bastante disimulo debajo de mi roto manteo; y sin hablarle palabra, lo empezè à baylar, soltando en torno de el una alegrissima furia de pernadas. Fuimos disparados bastante trecho, èl menudeando la griteria con rabiosas circunspecciones, y yo deshaciendome en mudanzas, y castañetazos, hasta que se acorralò en otro General de las Escuelas Menores, que por casualidad encontrò abierto. Allí lo dexè aburrido y escandalizado; y yo marchè con mi locura acuestas à pensar en otros delirios, en los que (por algunos meses) anduve exercitado, y exercitando à todos la paciencia.

De esta burlona casta eran las travesuras con que me entretenia, y me vengaba del aborrecimiento y entereza de mis enemigos: y ya cansado de ser loco, y lo principal, afligido de ver à mis Padres en desdichada miseria, y acongojados con la poca esperanza de la correccion de mi indomito juicio, y mis malas costumbres, determinè dexar para siempre à Salamanca, y buscar en Madrid mejor opinion, mas quietud, y el remedio para la pobreza de mi casa. Omíto referir la fundacion, y extravagancias del Colegio del Querno, porque no son para puestas al publico tales locuras. Solo dirè, que esta ridicula travesura diò

diò que reir en Salamanca, y fuera de ella: porque los Colegiales eran diez, ò doce mozos escogidos, ingeniosos, traviessos, y dedicados à toda huelga, y habilidad. Los Estatutos de esta agudissima Congregacion estàn impressos. El que los pueda descubrir, tendrá que admirar: porque sus ordenanzas, aunque poco prudentes, son utiles, entretenidas, y graciosas. Hoy viven todavia dos Colegiales, que despues lo fueron Mayores, y hoy son sabios, astutos, y desinteresados Ministros del Rey. Otro està siendo exemplar de virtud en una de las Cartuxas de España. Otro passò al Japon con la Ropa de la Compañia de Jesus: seis han muerto dichosamente corregidos; y yo solo he quedado por unico indice de aquella locura, casi tan loco y delinvente como en aquellos disculpables años. Omito tambien las narraciones de otros enredos y delirios: porque para su extension se necesitan largos tomos, y crecida fecundidad: y passo à referir, que dexè à mi patria, saliendo de ella sin mas equipages, que un vestido decente, y sin mas tren que un borrico que me alquilò por pocos quartos un Harriero de Negrilla. Entrè en Madrid, y como en Pueblo que havia yà conocido otra vez, no tuve que preguntar por la possada de los que llevan poco dinero. Acomodeme los tres ò quatro dias primeros entre las xalmas

del borrico en el Meson de la Media Luna de la Calle de Alcalà, que fue el Paradero de mi Conductor; y en este tiempo hice las diligencias de encontrar casa, y plantè mi rancho en el escondite de uno de los Casarones de la Calle de la Paloma. Alquilè media cama, comprè un candelero de barro, y una vela de sebo, que me durò mas de seis meses; porque las mas noches me acostaba à oscuras, y la vez que la encendia, me alumbraba tan brevemente que mas parecia luz de relampago, que iluminacion de artificial candela. Añadi à estos ajuares un puchero de Alcorcon, y un cantaro, que llenaba de agua entre gallos y media noche en la fuente mas vecina; y un par de cuencas, que las arrebañaba con tal detencion, la vez que comìa, que jamás fue necesario lavarlas: y este era todo mi vasar: porque las demás diligencias las hacia à pulso, y en el primer rincon donde me agarraaba la necesidad. No obstante esta desdichada miseria vivia con algun asèo y limpieza: porque en un Pilon comun, que tenia la casa para los demás vecinos, lavaba de quatro en quatro dias la camisa, y me plantaba en la calle tan remilgado y sacudido, que me equivocaba con los que tenían dos mil ducados de renta. Padeçi (bendito sea Dios) unas horribles hambres, tanto que alguna vez me desmayò la flaqueza; y me

tenia tan corrido y acobardado la necesidad, que nunca me atreví à ponerme delante de quien pudiesse remediar los anshiones de mi estomago. Huía à las horas del comer y del cenar, de las casas en donde tenia ganado el conocimiento, y grangeada la estimacion; porque concebía que era ignominia escandalosa ponerme hambriento delante de sus mesas. Yo no sé si esto era sobervia, ù honradéz: lo que puedo assegurar es, que de honrado, ò de sobervio me ví muchas veces en los brazos de la muerte.

Una de las primeras habitaciones, y la de mi mayor confianza y veneracion que traté en Madrid, fue la de Don Bartholomè Barban de Castro, hoy Contador mayor de Millones. En esta hacian una Tertulia virtuosa y alegre los Criados del Excelentissimo Señor Duque de Veraguas, y otros prudentes y devotos sugetos, de los que fui tomando la doctrina de aborrecer el mal habito de mis locuras y defensados. Asseguraba en esta Casa en el agassajo de la tarde la xicara de chocolate, y me servia de alimento de todo el dia: y con este socorro, y el que hallé despues en casa de Don Agustín Gonzalez, Medico de la Real Familia, que fue el desayuno de la mañana, pasè algun tiempo sin especial molestia las rabiosas escasezes, en que me havia puesto mi maldita temeridad. Aconsejó-

me este famoso Physicó, viendome vago, y sin ocupacion alguna, que estudiasse Medicina: y condescendiendo à su cariñoso aviso, madrugaba à estudiar, y à comer en su Casa; porque à la mia el pan y los libros se asomaban muy pocas veces. Estudiè las Definiciones Medicas, los signos, causas, y pronosticos de las enfermedades, segun las pinta el Sistema antiguo, por un Compendio del Doctor Christobal de Herrera. Parlaba de las especulaciones que leía con mi Maestro, y desde su boca, despues que recogia en la Conferencia lo mas escogido de su explicacion, partía al Hospital, y buscaba en las Camas el enfermo sobre quien havia recargado aquel dia mi estudio, y su cuidado. De este modo, y conduciendo de caritativo, ò de curioso el barreñon de sangrar de cama en cama, y observando los gestos de los dolientes, salí Medico en treinta dias; que tanto tardè en poner en mi memoria todo el Arte del Señor Christobal. Leí por Francisco Cypeio el Sistema reciente: y creo que lo penetrè con mas felicidad que los Doctores que se llaman Modernos. Porque para la inteligencia de esta pintura es indispensable un conocimiento practico de la Geomeotria, y de sus figuras; y esta la ignoran todos los Medicos de España. Llamanse Modernos entre los ignorantes; y han podido persuadir, que cono-

cen

cen el semblante de esta ingeniosidad, sin mas diligencia, que trasladar el Recetario de los Authores nuevos. El que pensare que escribo sin justicia, hable, ò escriba, que yo le demostrarè esta innegable verdad. El saber yo la Medicina, y haverme hecho cargo de sus obligaciones, poco fruto, y mucha falibilidad, me afustò tanto, que hice promessa à Dios de no practicarla, sino es en los lances de la necesidad, y en los casos que jurè quando recibì el Grado y el Examen. Solo profesan la Medicina los que no la conocen, ni la saben, ò los que hacen ganancia, y mercancia de sus Recipes. Esto parece satyra, y es verdad tan acreditada, que tiene por testigos à todos, y los mismos que comen de esta dichosa y facilissima Ciencia. Con los focorros diarios de estas dos casas, y con la amistad de un Bordador, que me permitia bordar en su Obrador gorros, chinelas, y otras baratijas, que se despachaban à los primeros precios en una tienda portatil de la Puerta del Sol, vivia mal comido; pero juntaba para calzar un par de zapatos, y ponerme unos decentes calzones, y alguna chupa facada del Portal del Mercader. Entre las amistades de este tiempo ganè la piedad de Don Jacobo de Flon, el que se inclinò à mi, con el motivo de hablarme, y verme exercitar algunas habilidades en una concurrencia,

donde por casualidad nos juntamos. Ofreciòme su poder; y agradecido y deseoso de que mis Padres tuviessen por mi mano algun alivio en sus repetidas desgracias, le roguè, que se acordasse de ellos, y que no se lastimasse de mis miserias: que yo era mozo, y podia resistir los ceños de la fortuna, y que la vejez de los que me criaron no tenia armas con que contrarestar sus impiedades. Movido de la lastima, y de mis honradas sùplicas, me diò la Patente de Visitador del Tabaco de Salamanca, que dexo dicha en el resumen de la Vida de mi Padre, y en ella todos mis consueños, descuidos, y venturas.

Yà mi inconstancia me trahia con la imaginacion inquieta y cavilosa, trazando artificios para buscar nuevas tarèas, entretenimientos, y destino. Pensaba unas veces en retirarme de la Corte à ver mundo, otras en meterme Frayle, y algunas en bolverme à mi casa. Rebolviòme los cascos, y puso à mi cabeza de peor condicion la compaõia de un Clerigo Burgalès, tan buen Sacerdote, que empleaba los ratos ociosos en introducir Tabaco, azucar, y otros generos prohibidos: y oliendo este, que mi docilidad estaria prompta para seguir sus riesgos, aventuras, y despropósitos, me aconsejò que lo acompañasse à sus ociosidades y entretenimientos, ofreciendo, que me darìa una mi-

tad de las ganancias; y para salir de Madrid, armas, cavallo, y capotillo. Yo, sin pararme en considerar el extravio, el riesgo, y el fin, le solté la palabra de seguirle, ayudarle, y exponer mi vida à las inclemencias, rigores, y tropelias, que forzosamente se figuen à tan estragado despeño. La misericordia de Dios, que la usa con los mas rebeldes à sus avisos, estorvò tan infame determinacion, apartando mi vida de los insolentes riesgos en que la quiso poner mi loco despecho, y maldita docilidad. Por el medio mas raro y estupendo que es imaginable, me librò su Magestad de las Galeras, de un balazo, de la Carcel perpetua, de el Presidio, ò de el Castillo de San Anton, adonde fuè à parar mi devoto Burgalès. Bendita sea su benignidad, y su paciencia! Escribirèlo con la brevedad posible, porque es el caso menos impertinente de esta Historia.

Yà estaba yo puesto de xacaro, vestido de baladron, y rebentando de Ganchofo, esperando con necias ansias el dia en que havia de partir con mi Clerigo Contravandista à la sollicitud de unas Galeras, ò en la horca, en vez de unos talegos de tabaco, que (segun me dixo) haviamos de transportar desde Burgos à Madrid, sin licencia del Rey, sus Zeladores, ni Ministros: y una tarde muy cercana al dia de nuef-

tra delinquentè resolucion encontrè en la Calle de Atocha à Don Julian Casquero, Capellan de la Excelentissima Señora Condesa de los Arcos. Venia este en busca mia sin color en el rostro, poseido del espanto, y lleno de una horrorosa cobardia. Estaba el hombre tan tremulo, tan pagizo, y tan arrebatado, como si se le huviera aparecido alguna cosa sobrenatural. Balbuciente, y con las voces languidas y rotas, en ademàn de enfermo que habla con el frio de la calentura, me diò à entender, que me venia buscando, para que aquella noche acompañasse à la señora Condesa, que yacia horribilmente atribulada con la novedad de un tremendo y estraño ruido, que tres noches antes havia resonado en todos los centros y extremidades de las piezas de la casa. Ponderòme el tristissimo pavor que padecian todas las criadas, y criados: y añadió, que su Ama tendria mucho consuelo y serenidad en verme, y en que la acompañasse en aquella insoportable confusion, y tumultuosa angustia. Prometi ir à besar sus pies sumamente alegre; porque el padecer yo el miedo y la turbacion, era dudoso, y de cierto aseguraba una buena cena aquella noche. Llegò la hora; fui à la casa, entraronme hasta el Gavinete de su Excelencia, en donde la hallè assigida, pavorosa, y rodeada de sus

Afistentas , todas tan palidas, immobiles, y mudas, que parecian estatuas. Procurè apartar con la rudeza y defenfado de mis expresiones, el affombro que les havia metido en el espiritu: ofreci rondar los escondites mas ocultos; y con mi ingenuidad, y mis promessas, quedaron sus corazones mas tratables. Yo cenè con sabroso apetito à las diez de la noche; y à esta hora empezaron los Lacayos à sacar las camas de las habitaciones de los Criados, las que tendian en un salon, donde se acostaba todo el monton de familiares, para sufrir sin tanto horror con los alivios de la sociedad el ignorado ruido que esperaban. Capitulóse à bulto entre los timidos, y los inocentes à este rumor por juego, locura, y exercicio de Duende, sin mas causa, que haver dado la mania, la precipitacion, ò el antojo de la vulgaridad este nombre à todos los estrepitos nocturnos. Apiñaron en el salon catorce camas, en las que se fueron mal metiendo personas de ambos sexos, y de todos estados. Cada una se fue desnudando, y haciendo sus menesteres indispensables con el recato, decencia, y silencio mas posible. Yo me apoderè de una silla, puse à mi lado una hacha de quatro mechas, y un espadon cargado de orin; y sin acordarme de cosa de esta vida, ni de la otra, empecè à dormir

con admirable serenidad. A la una de la noche resonò con bastante sentimiento el enfadoso ruido: gritaron los que estaban empanados en el pastellon de la pieza: despertè con promptitud, y oì unos golpes vagos, turbios, y de dificultoso examen en diferentes sitios de la casa. Subì, favorecido de mi luz, y de mi espadon, à los desvanes y azotèas, y no encontrè fantasma, esperezo, ni bulto de cosa racional. Bolvieron à mecerse, y repetirse los porrazos: yo tornè à examinar el parage donde presumì que podian tener su origen, y tampoco pude descubrir la causa, el nacimiento, ni el Actor. Continuaba de quarto en quarto de hora el descomunal estruendo; y en esta alternativa durò hasta las tres y media de la mañana. Once dias estuvimos escuchando, y padeciendo à las mismas horas los tristes, y tonitruosos golpes: y cansada su Excelencia de sufrir el ruido, la descomodidad, y la vigilia, tratò de esconderse en el primer rincon que encontrasse vacio, aunque no fuesse abonado à su persona, grandeza, y familia dilatada. Mandò adelantar en vivas diligencias su deliberacion; y sus criados se pusieron en una precipitada obediencia, yà de reverentes, yà de horrorizados con el sucefo de la ultima noche, que fue el que dirè.

Al prolixo llamamiento, y bur-

lona repetición de unos pequeños y alternados golpecillos que sonaban sobre el techo del salón donde estaba la tropa de los aturdidos; subí yo, como lo hacía siempre, ya sin la espada, porque me defengañó la porfia de mis inquisiciones, que no podía ser viviente racional el artifice de aquella espantosa inquietud: y al llegar á una crugia, que era quartel de toda la chusma de librea, me apagaron el hacha, sin dexar en alguno de los quatro pavilos una morceña de luz, faltando tambien en el mismo instante otras dos que alumbraban en unas lamparillas en los extremos de la dilatada habitacion: Retumbaron, inmediatamente que quedè en la obscuridad, quatro golpes tan tremendos, que me dexò fordo, assombrado, y fuera de mi lo irregular, y defentonado de su ruido. En las piezas de abaxo, correspondientes á la crugia, se desprendieron en este punto seis quadros de grande y pesada magnitud; cuya Historia era la Vida de los siete Infantes de Lara, dexando en sus lugares las dos argollas de arriba, y las dos escarpas de abaxo, en que estaban pendientes y sostenidos. Inmobil, y sin uso en la lengua, me tirè al suelo; y ganando en quatro pies las distancias, despues de largos rodèos, pude atinar con la escalera. Levantè mi figura; y aunque poseido de el

horror, me quedò la advertencia para baxar á un patio, y en su fuente me chapucè, y recobrè algun poco de el sobresalto, y el temor. Entrè en la sala, vi á todos los contenidos en su ojaldrè abrazados unos con otros, y creyendo, que les havia llegado la hora de su muerte. Supliqué á la Excelentissima, que no me mandasse bolver á la sollicitud necia de tan escondido portento: que ya no era buscar defengaños, sino desesperaciones. Así me lo concedió su Excelencia, y al dia siguiente nos mudamos á una casa de la Calle del Pez, desde la de Foncarral, en donde sucedió esta rara, inaveriguable, y verdadera historia. Dexò de referir, ya los preciosos chistes, y los risibles sustos que passaron entre los medrosos de el salón, y ya las agudezas, y las gracias, que sobre los assumptos del espanto, y la descomodidad se le ofrecieron á Don Eugenio Gerardo Lobo, que era uno de los encamados en aquel hospital del aturdimiento, y el espanto: y passò á decir, que su Excelencia, y su caritativa y afable familia se agradaron tanto de mi promptitud, humildad, y buen modo (fingido, ò verdadero) que me obligaron á quedar en casa, ofreciendome su Excelencia la comida, el vestido, la possada, la libertad, y lo mas apreciable, las honras, y los intereses de su proteccion. Aceptè tan

tan venturoso partido, y al punto parti à rogar à mi Clerigo Contravandista, que me soltasse la palabra que le havia dado de ser compañero en sus peligrosas aventuras, porque me prometia mas seguridad esta conveniencia, mas honor, y mas duraciones, que las de sus fatales derrumbaderos. Consintió pefaroso à mi instancia: el se fuè à sus desdichados viages; y en uno de ellos lo agarrò una Ronda, que le puso el cuerpo por muchos años en el Castillo de San Anton: yo me quedè en la casa de esta Señora quieto, honrado, seguro, y dando mil gracias à Dios, que por el ridiculo instrumento de este Duende, ò Fantasma, ò nada, me entrefacò de la melancolica miseria, y de las desventuradas imaginaciones en que tenia atolado el cuerpo, y el espiritu. Estuve en esta casa dos años, hasta que su Excelencia casò con el Excelentissimo Señor Don Vicente Guzmán, y fuè à vivir à Colmenar de Oreja. Yo pasè à la del Señor Marqués de Almarza, con el mismo hospedage, la misma estimacion y comodidad: y en estas dos Casas me hospedè solamente despues que me echò el Duende del angustiado Casaron de la Calle de la Paloma. Vivía entretenido y retirado, leyendo las materias que se me proporcionaban al humor y al gusto, y escribia algunos Papelillos, que

se los tiraba al publico, para ir reconociendo la buena, ò mala cara con que los recibia. Passaron por mi estos y otros sucesos (que es preciso callar) por el año de mil setecientos y veinte y tres, y veinte y quatro: y haviedo puesto en el Pronostico de este la nunca bien llorada muerte de Luis Primero, quedè acreditado de Astrologo, de los que no me conocian, y de los que no creyeron, y blasfemaron de mis Almanagues. Padedió esta prolaçion la enemistad de muchos majaderos, ignorantes de las licitas y prudentes conjeturas de estos practicos y prodigiosos artificios, y observaciones de la Philosophia, Astrologia, y Medicina. Unos quisieron hacer delinquente al Pronostico, è infame, y mal intencionado al Author; otros voceaban, que fue casualidad lo que era ciencia: y antojo voluntario, lo que fue sospecha juiciosa, y temor amoroso y reverente: y el que mejor discurria, dixo que la prediccion se havia alcanzado por arte del demonio. Salieron Papeles contra mi; y entre la turba se entremetiò el Medico Martin Martinez con su *Juicio final de la Astrologia*, haciendo Protector de su Escrito al Excelentissimo Señor Marqués de Santa Cruz: Yo respondi con las *Conclusiones à Martin*, dedicadas al mismo Excelentissimo Señor, y otros Papeles, que andan impressos en mis

Obras; y quedò, si no fatisfecho, con muchas señales de arrepentido. Serenòse la conjuracion, despreciò el vulgo las necias, è insolentes fatyras, y sali de las uñas de los maldicientes sin el menor araño en un asunto tan triste, reverente, y expuesto à una tropelia rigurosa. Quedamos asidos de las melenas Martin, y yo; y desasiendome de sus garras, sali con la determinacion de visitar sus enfermos, y escribir cada semana para las Gazetas, la Historia de sus Difuntos. Viòse perdido, considerando mi desahogo, mi razon, y la facilidad con que impresionaria al publico de los errores de su practica, en la que le iba la honra, y la comida. Echòme empeños, pidiò perdones: yo cedi, y quedamos amigos.

Vino à esta sazón à ser Presidente del Real Consejo de Castilla el Ilustrisimo Señor Herrera, Obispo de Sigüenza; y aficionado à la soltura de mis Papeles, y à lo estraño de mi estudio; ò lastimado de mi ociosidad, y de lo peligroso de mis esparcimientos, mandò que me llevassen à su casa: y en tono de premio, de cariño, y ordenanza, me impuso el precepto de que me retirasse à mi país à leer à las Cathedras de la Universidad, y que bolviessè à tomar el honrado camino de los Estudios. Dixome, que parecia mal un hombre ingenioso en la Corte, libre, sin destino, carre-

ra, ni empleò, y sin otra ocupacion que la peligrosa de escribir inutilidades, y burlas para emborrachar al vulgo. Predicòme un poco, poniendome à la vista su desagrado, y mi perdicion: y me remató la platica con el pronostico de una ruina y desconsolada vejez, si llegaba à ella; porque la fama, la salud, y el buen humor se cansarian; y à buen librar, me quedaba sin mas artillos, que una muleta, y una mala capa, expuesto à los muchos rubores, y escaso alivio que produce la limosna. Medroso à su poder, asustado del posible paradero en una mala ventura, y resentido de perder la alegre y licenciosa vida de la Corte, prometì la restitucion à mi Patria, y oponerme à qualquiera de las siete Cathedras raras, que entonces estaban todas vacantes, por hallarme sin medios, ni modo para seguir las eternas Oposiciones de las otras. Diòme muchas gracias, muchas honras, y muchas promessas con su favor, y su poderio: besè su mano, me echò su bendicion, y partì de sus pies asustado, y agradecido, triste y temeroso, impaciente y cobarde; y finalmente lleno de sustos, confusiones, y esperanzas. Los nuevos sucesos, acciones, y aventuras que passaron por mi en la nueva vida, à que me sujetè en Sala-

manca, lo verà en el siguiente que no estè cansado de las in-
y penultimo Trozo de ella el sipideces de esta leccion.

QUARTO TROZO DE LA VIDA DE DON
Diego de Torres, que empieza desde los treinta
años hasta los quarenta poco mas,
ò menos.

Quando yo empezaba à entrenar las fortunas, los deleytes, las abundancias, las monerías, y los dulcissimos agassajos, con que lisonjean à un mozo mal entretenido, y bien engañado los juegos, las Comedias, las mugeres, los bayles, los jardines, y otros espectáculos apetecidos: y quando yà gozaba de los antojos del dinero, de las bondades de la salud, y de las ligerezas de la libertad, poseyendo todos los idolos de mis inclinaciones sin el menor susto, estorvo, ni moderacion; porque ni me acordaba de la Justicia, las enfermedades, las Galeas, la horca, los Hospitales, la muerte, ni de otros objetos de los que ponen la tristeza, el dolor, la fatiga, y otros sinsabores en el animo, salí de la Corte para entretexerme segunda vez en la nebulosa piara de los Escolares, adonde solo se trata del retiro, el encogimiento, la esclavitud, la porquería, la pobreza, y otros melancolicos desaseos, que son ayudantes conduçentes à

la pretension, y la codicia de los honores, y las rentas. Vivía mal hallado, y rabioso con esta inutil abstraccion, y muy aburrido con las consideraciones de lo empalagoso y durable de esta vida: pero por no faltar à mi palabra, ni à la manía de los hombres, que juzgan por honor indispensable el cautiverio de una ocupacion violenta, en la que muchas veces ni se sabe, ni se puede cumplir, juré permanecer en ella contra todos los impetus de mi inclinacion.

Defenajaba muchos dias à mis enfados, huyendo de las molestas circunspecciones del habito talar à las anchuras y libertades de la Aldèa: trataba con agassajo, pero sin confianza, à los de mi ropage. Iba paladeando à mi desabrimiento con las huelgas del País, los ratos que yacaba de mis tarèas escolasticas; y en los assuetos marchaba à Madrid à buscar los halagos de las diversiones, en que continuamente se hundía mi meditacion. Con estos pistos, y otros muerdos que le tiraba al

Curso, fui passando hasta que la costumbre me hizo agradable, lo que siempre me proponia aborrecible. Luego que entrè en Salamanca hice las diligencias de leer à la Cathedra de Humanidad; y sabiendo que estaba empeñado en su lectura, y en su possession, mi primer Maestro el Doctor Don Juan Gonzalez de Dios, desistì de el gusto, y la conveniencia, que havia aprehendido en mi instancia. Yo queria esconder el hediondo nombre de Astrologo con el apreciable Apellido de Cathedratico de otra qualquiera de las disciplinas liberales; pero contemplando utilidad mas honrada la de no servir de estorvo al que me ilustrò con los primeros principios de la Latinidad, y las buenas costumbres, me rendì à quedarme atollado en el cenagoso mote del Piscator. Por este cortesano motivo determinè leer à la Cathedra de Mathematicas: hice mi pretension con irregularidad, y sin apetito à quedarme por Maestro: porque me gritaban las dulces grescas, las sabrosas bullas, los deleytes urbanos, y las licencias alegres de la Corte, que las apetecia en aquel tiempo con mas ansia, que todos los honores y comodidades del mundo. Salì otro Opositor à dicha Cathedra; y este esperaba mas felicidad en la multitud de los Votos, persuadido à que por sus años maduros, su encogimiento, su moderacion,

y sus acciones juiciosas, ò impedidas, y à la vista de mis inquietudes, escandalos, y libertades, serìa mas justo acreedor al premio, y à las aceptaciones. Trabajaron sobradamente mis enemigos, yà ponderando las virtudes del uno, yà las malicias, y los vicios del otro, y yà assegurando, que la tropelia de mi genio, y la poca sujecion de mi espiritu produciria notables inquietudes en la pacifica union de los demàs Doctores: y temiendo que yo podia aventajarle en las noticias de la Ciencia, ò en los lucimientos de los exercicios, intentaron que no se leyese en publico, sino que nos comprometièsemos los dos Opositores à las serenidades de un Examen secreto. Resistìme poderosamente à esta novedad, diciendo con sobervia cautelosa, que no havia Examinadores tan oportunos que pudiesen sentenciar en nuestras habilidades y aptitudes: además de que mi intencion no era la de ser Cathedratico, sino la de hablar en publico, para desmentir à los que me havian marcado de ignorante, y cumplir con las prevenciones de los Ediètos, que estos pedian una hora de leccion de puntos en el Almagesto de Ptolomeo, Argumento de los Opositores, y sufrir tercer examen en el Claustro pleno de la Universidad: que esto se havia de executar; y faltando al cumplimiento.

miento de alguna de estas circunstancias, ò à la mas venial providencia, ò costumbre de la Escuela en orden à la Oposicion de Cathedras, daria parte al Rey, y le suplicaria que me permitiese leer en los Patios, yà que se trataba de cerrar los Generales. Serenose con mi resistencia, y mi razon la mañosa novedad, que quiso introducir la dèbil Congregacion de algunos miembros descarriados de aquel robustissimo y sapientissimo Senado. Tomè puntos la Víspera de Santa Cecilia del año mil setecientos y veinte y seis: elegì de los tres, que se encargan à la suerte y ventura, explicar el segundo, que fue el movimiento de Venus en el Zodiaco, y al dia siguiente, al cumplir las veinte y quatro horas del termino prescripto por las leyes de la Universidad, marchè à las Escuelas Mayores con algun miedo, mucha desvergüenza, y culpable satisfaccion.

Para expresar con alguna viveza los estremados regocijos, los locos aplausos, y las increíbles aclamaciones que hizo Salamanca en esta ocasion en honra del mas humilde de sus Hijos, era mas decente otra pluma mas libre, menos sospechosa, y mas autorizada que la mia; pues aunque ninguna de las que hoy buelan en el publico es mas propensa à la claridad de las verdades, que la que yo gobierno; no obstante en las causas tan proprias se descuida in-

sensiblemente el amor interesado. Pero, pues este lance es el mas digno, y mas honrado de mi Vida, y no es oportuno solicitar à otro Author que lo escriba, lo referirè con la menor jactancia y vanagloria que pueda. A las nueve de la mañana fui à entrar en el General de Canones de las Escuelas Mayores, y à esta hora estaban las barandillas ocupadas de los Cavalleros y graduados de el Pueblo, y los bancos tan cogidos de las gentes, que no cabia una persona mas. En este dia faltaron todas las ceremonias que se observan indefectibles en estos Concurfos y exercicios. Los Rectores de las Comunidades Mayores y Menores, y sus Colegiales, estaban en pie en los vacios que encontraron. Los plebeyos, y los Escolares yà no cabian en la linea del patio frontero al General, y los demàs angulos y centro estaban quaxados de modo que llegaba la gente hasta las puertas que salen à la Iglesia Cathedral. El Auditorio seria de tres à quatro mil personas, y los distantes, que no podian oir, ni aun ver, otros tantos. Nunca se viò en aquella Universidad, ni en funcion de esta, ni otra classe un Concurso tan numeroso, ni tan vario. A empujones de los Ministros, y Vedeles entrè à esta hora, condenado à estàr expuesto à los ojos, y à las murmuraciones de tantos, hasta las diez en punto, que era la ho-

ra de empezar. Subi à la Cathedra, en la que tenia una Esfera armiliar de bastante magnitud, compases, lapiz, reglas, y papel, para demonstrar las doctrinas. Luego que sonò la primera campanada de las diez, me levantè; y sin mas arengas que la señal de la Cruz, y un Distico à Santa Cecilia, cuya memoria celebraba la Iglesia en aquel dia, empecè à proponer los Puntos, que me havia dado la suerte; los que estendi con alguna claridad y belleza, no obstante de estàr remotissimo de las frases de la Latinidad. Conclui la hora sin angustia, sin turbacion, y sin haver padecido especial susto, encogimiento, ni desconfianza; al fin de la qual resonaron repetidos Vitores, infinitas alabanzas, y amorosos gritos, durzndo las entonaciones plausibles, y la alegre griteria casi un quarto de hora: celebrada nunca escuchada, ni repetida en la severidad de aquellos Generales. Serenòse el rumor del aplauso; y en la proposicion de titulos y meritos, que es costumbre hacer, mezclè algunas chanzas ligeras (que pude escufar) pero las recibì el Auditorio con igual gusto y agasajo. Arguyòme mi Coopositor; y entre los sylogismos se ofrecieron otros chistes, que no quiero referir, por repetidos y celebrados entre las gentes, y porque no encuentro yo con el modo de contar gracias mias, sin incurrir en el necio de-

leyte de una lisonja risible, y una vanidad muy desgraciada. Finalizòse el Acto, y bolviò à sonar descompasadamente la voceria de los Vitores; y continuando con ella, me llevò sobre los brazos hasta mi casa una tropa de Estudiantes, que assombraban, y aturcian las Calles por donde ibamos passando. Esta aceptacion, y universal aplauso hizo desmayar à mis enemigos en las diligencias de obscurecer mi estudio, y destruir mi opinion, y mi comodidad. Passados tres dias tuvo su exercicio mi Coopositor: llenò su hora, y quedò el Auditorio en un profundo silencio. Antes de poner el primer sylogismo (mirando à la Universidad que estava en las varandillas) dixè, que me diese licencia para arguir fuera de los Puntos; porque no havia leído à ellos el que estava en la Cathedra: pues haviendole tocado leer de los Eclipses de Luna, havia hecho toda su Leccion sobre la Tierra, disputando de su redondez, magnitud, y estabibilidad: y añadi, que le mandasse baxar; que yo subiria à leer de repente. Fue locura, sobervia, y fanfarronada de mozo; pero lo huviera cumplido. Argui finalmente à los Puntos de su estudiada Leccion: precipitòme la poca consideracion de mancebo à soltar algunos equívocos y raterias; y acabado el argumento (porque dixo el Opositor, que se daba por

con

concluido) sonaron otra vez muchos Vitores à mi nombre, y cayeron horrorosos silvos, y befás sobre mi desdichado Opositor. La moderacion humilde, y el disimulo prudente y provechoso, que se debe observar en las alabanzas propias, le están regañando à mi pluma las sobervias y presumtuosas relaciones de este suceso; la integridad de la obra, y la disculpable ambicion à los decentes aplausos, me empujan tambien à describir con alguna distincion la multitud de sus mayores circunstancias: pero pues he determinado callar algunas, concluirè las que pertenecen à este asunto con mas aceleracion, y mas miseria. Faltò pues el Examen de las Facultades Mathematicas en el Claustro pleno, para hacer cabal la funcion. Yo se el motivo de este defecto, y se tambien, que es importante no decirlo. Votòse entre setenta y tres Graduados, que tanto era el numero de los Doctores; y tuve en mi favor setenta y uno. Mi Opositor tuvo un Voto, y el otro se encontró arrojado de la caja. Estaban las Escuelas, y las Calles vecinas rodeadas de Estudiantes gorriones, cargados de armas, y esperando con mas impaciencia que los Pretendientes, la resolucion de la Universidad; y luego que la declaró el Secretario, dispararon muchas bocas de fuego, roquias immediatas, echaron muchos cohetes al ayre, y me acompañò hasta casa un tropèl numeroso de gentes de todas esferas, repitiendo los vivas, y los honrados alaridos sin cessar un punto. A la noche siguiente salì à cavallo un esquadron de Estudiantes, hijos de Salamanca, iluminando con hachones de cera, y otras luces un tarjeton, en que iba escrito con letras de oro sobre campo azul mi Nombre, mi Apellido, mi Patria, y el nuevo titulo de Cathedratico. Pusieron luminarias los vecinos mas miserables; y en los miradores de las Monjas no faltaron las luces, los pañuelos, ni la voceria. Alternaban Musicas, y Vitores por todos los Varrios, y pareció la noche un dia de juicio. Este fue todo el suceso: y todo este clamor, aplauso, honra, y griteria hizo de Salamanca por la gran novedad de ver en sus Escuelas un Maestro rudo, loco, ridiculamente infame, de extraordinario genio, y de costumbres sospechosas. Cada hora se escuchan en aquellas Aulas doctissimas Lecciones, y admirables proyectos de Escolares prudentes, ingeniosos, y aplaudidos; y cada dia se ven empleados en las Cathedras, Obispados, y Garnachas excelentes, sugetos de singular virtud, ciencia, y conducta; y con ninguno ha hecho semejantes, ni tan repetidas aclamaciones. Ayeriguen otros la ra-

zón, ò deslumbramiento de este vulgo, mientras yo le doy con esta memoria nuevas gracias, y me quedo con singulares gratitudes.

Mas docil, mas erguido, y más fefudo que lo que yo esperaba de mi cabeza empecé la nueva vida de Maestro, enseñando con quietud, cariño, y seriedad à una gran porcion de oyentes, que se arriaron à mi Cathedra los primeros Cursos: quizá presumiendo, que entre las Lecciones Mathematicas havia de rebolver algunas coplas, ò ingeniosidades del chacorrero espíritu que todos han presumido en mi humor, gobernandose por las violentas, y burdonas majaderías de mis Papeles. Fuese por esta causa, ò por la de probar los fundamentos y principios en que estriva un estudio tan mysterioso, temido, y olvidado, yo logré ver muchas veces lleno de Curiosos à mi General en la hora que explicaba. Los cofaridos y à escribir la materia siempre fueron pocos; pero en el numero de entrantes y salientes puedo contar à todos los mancebos que envian sus padres à seguir otras Ciencias, que dan mas honra, y mas dinero, pero menos descanso, y mas peligro. Nunca se oyeron en mi Aula las bufonadas, gritos, y perdiciones del respeto, con que continuamente estaban aburiendo à los demás Cathedra-ricos los enredadores y mal cria-

dos discipulos. A los míos les advertí, que aguantaria todos los postes, y preguntas, que me quisiesen hacer, y dar sobre los argumentos de la tarde; pero que tuviese creído el que se quisiera entrometer à gracioso, que le rompería la cabeza; porque yo no era Cathedraico tan prudente y sufrido, como mis Compañeros. Un salvage ocioso, hombre de treinta años, Cursante en Theologia, y en deshonestidades, me soltó una tarde un equivoco fucio; y la respuesta que llevò su atrevimiento, fue tirarle à los hocicos un compàs de bronce (que tenia sobre el tablon de la Cathedra) que pesaba tres, ò quatro libras. Su fortuna, y la mía estuvo en baxar con aceleracion la cabeza; y esta mañosa prisa lo librò de arrojar en tierra la meollada. Este disparate puso à los Afsistentes y mirones en un miedo tan reverencial, que nunca bolvió otro alguno à arguirme con gracias. Continuaba sin pesar desacomodado los Cursos en mi Universidad; y los veranos y vacaciones huía de las seriedades de la Escuela, à desenojarme del encogimiento y tristeza Escolastica. Ya Madrid, y à Medina-Cœli, adonde me hospedaba con gusto, con regalo, y sin ceremonia mi ointimo amigo Don Juan de Salazar, que ya descansa en paz. Pasaban sin sentir por mi los dias y los años, dexandome gustoso, sin

razon, sin achaques, y entrete-
nido con las muchas diversiones
que se me ofrecian en los viages,
en la Corte, y en la Casa de este,
y otros amigos de mi humor, de
mi cariño, y de todo mi genio.
Era Don Juan de Salazar (que fue
el que me arrastraba/entonces mas
que otro, todo mi cuidado y
amor) un Cavallero discretis-
simo, sabio, alegre, y aficionado à
la varia lectura; inteligente en los
mistres de la Mathematica, en los
entretenimientos de la Historia,
en las delicadezas de la Philoso-
fia, y en las severidades de la
Jurisprudencia. Montaba à cava-
llo con arte, con garbo, y segu-
ridad: hacia pocos, pero buenos
versos: era muy practico, y muy
frecuente en la campiña, en el
monte, y en la selva: mataba un
par de perdices, un javalì, y un
conejo con donayre, con destre-
za, y sin fatiga; y era finalmente
un professor de todas las Artes
de Cavallero, de Politico, de
Musico, y de Cortesano. Vivia
unos muchos temporadas en una
profisísima amistad, y ocupa-
cion; yà en su Libreria, que era
varia, escogida, y abundante; yà
en el monte en el dulce cansancio
de la caza, y en el estrado de su
muger Doña Joachina de Mora-
les, mi señora, donde sonaban los
versos, la conversacion, los ins-
trumentos musicos, y toda varie-
dad de gracias y alegrías. Repre-
sentabáuse entre nosotros, los

familiares, y vecinos diferentes
Comedias, y piezas Comicas (que
algunas están en mi segundo To-
mo de Poesias) en los dias seña-
lados por alguna celebridad Ecle-
siastica, politica, ò de nuestra
eleccion. Escribia tambien, yà
en los ratos que le sobraban à mis
deleytes, yà por las passadas, por
huir siempre del ocio, por burlar-
me del mundo, y por juntar mo-
neda, los Papelillos que hoy se
van cosiendo en Tomos grandes.
De las Satyras que arrojaban con-
tra ellos, y contra mi, hacia tam-
bien divertimento, risa, y chan-
zoneta. Burlabame de ver sus
Authores cargados de embidia, y
de laceria, mas que de razon, in-
tentando quitarme el fosiiego, la
libertad, el aplauso. Alegrabame
mucho siempre que me soltaban
algunos Papelones maldicientes;
porque al instante se seguia la
mayor venta de mis Papeles, y el
especial regocijo de ver sus Au-
thores encorajados, è iracundos
contra un mozo picaron, que se
le daba un ardite de toda Con-
stantinopla.

Lleno de risa, y de desprecio
contra la necedad de estos furio-
sos, y provocativos salvages, ro-
deado de los requiebros de los
aficionados à mis boyerias, em-
bebido en la variedad de gustos,
y festejos, con bastantes abun-
dancias de fortuna, y sin cono-
cer la cara al sinfabor, al mal, ni
al quebranto, vivì cinco años,

que

que fueron los intermedios desde que entré en la Cathedra, hasta que recibí el Grado de Doctor. Detuveme en proporcionarme à tan honroso empleo, por estar mas desatado para mis aventuras, porque consideraba como estorvo impertinente à mis correrias, la sujecion à los Claustros, à las fiestas, à las Conclusiones, y otros encargos de este apreciabilísimo caracter. Medroso à las Leyes y Estatutos, que mandan despojar de los titulos y rentas de Maestro al que no se gradúa en determinado tiempo, huve de rendirme à las ordenanzas, y al cumplimiento de las obligaciones con bastante dolor de mis altanerias. Tomè el Grado el Jueves de Ceniza del año de de mil setecientos y treinta y dos, en el que no hubo especialidad que sea digna de referirse: solo que el Martes antes, que lo fue de Carnestolendas, salió à celebrarlo con anticipacion festiva el Varrio de los Olleros, imitando con una mogiganga en borricos el paseo, que por las Calles publicas acostumbra hacer la Universidad con los que gradúa de Doctores. Iban representando las Facultades sobrevestidos con variedad de trapajos y colores: llevaban las trompetas y tamborillos los Vedeles, Reyes de Armas, y Maestros de Ceremonias; y concluyeron la festividad, y la tarde con la Corrida de Toros, con que se rematan los

sérios, y costosos Grados de aquella Escuela. Dixose entonces, que yo iba tambien entre los de la mogiganga, disfrazado con mascarilla, y con una ridicula Borla, y Muceta azul; pero dexemoslo en duda, que el descubrimiento de esta picardiguela no ha de hacer desmedrada la Historia. Con la circunspeccion en que me metí, y con la mayor quietud à que me sujetè, empezaron à engordar mis humores, à circular la sangre con mas pereza, à llenarse de cocimientos errados el estomago, y à rebutirse los hypocondrios de impurezas crudas, de tristísimos humos, y de negras afecciones. Subieron à ser males penosos todas estas indisposiciones desde el dia veinte de Enero del año de treinta y dos, que pasè à las inclementes injurias del ayre y la nieve en el Puerto de Guadarrama en los montes que tiene el Conde de Santistevan entre las Navas y Valdemaqueda. Dirè brevemente el suceso. Yo perdí el camino: y al anochecer roguè à un Pastor, que venia de una de las casas de los Guardas de aquel Sitio, que me pudiesse en la Calzada Real. Recibí erradas las señas, y despues de haver dexado el carril, que seguia à la distancia que el Pastor me dixo, entré en otra carretera bastante trillada, y reducida. Caminabamos sumidos en el rebozo de la capa mi criado y yo, hu-

yen-

yendo el azote de el ayre y la nieve, y à corto trecho de mi, oyo un grito fuyo, que dixo: *Señor, que me ha tragado la tierra.* Rebolvime con promptitud para focorrerle, y al tomar media buelta sobre la derecha, se hundiò mi cavallo con un estruendo terrible, y diò conmigo en tierra, lastimandome con curable estrago todo un muslo. Sali como pude; y à pesar de las obscuridades de la noche percibi que havia sacado mi cavallo una pierna atravesada de unos clavos de hierro, introducidos en dos trancas horrorosas de madera, à quien llaman Cepos los Cazadores de los Lobos. Acudì à mi criollo, y lo hallè tendido debaxo de su animal, que estaba tambien cogido en otro cepo. Hice muchas diligencias para ver si podia quitarles las pesadas coronas; y como en mi vida havia visto semejante artificio, no encontrè con los medios de librar de èl à mis cavallos. Medrosos de no caer en otras trampas, y desesperados de no poder levantar del suelo à nuestros animales, hicimos rancho, expuestos toda la larga noche à los rigores y asperezas del frio, y el viento. Con los pedernales de las pistolas, polvora, y los trapos de una camisa, que saquè de mi maleta, encendiamos lumbre; pero luego se nos bolvia à morir con la humedad. En esta tristissima fatiga,

y con el desconuelo de no oir ni un silvo, ni un cencerro, ni seña alguna de estàr cercanos à algun chozo, majada, ò alqueria, nos encontrò la luz de la mañana, à la que vimos el estrago y pérdida de nuestros rozinantes. Cargamos con nuestras maletas à pie; y à breve rato dimos con el Lobero: sacò este los pies de los cavallos de los cepos, reconocimos que el uno tenia cortados los musculos, nervios, y tendones de la pierna, y que el otro solamente los tenia atravesados. Guiònos à la casa de un Guarda, llamado el Calabrès, y en su chimenea nos reparamos del frio de la noche: nos diò para almorzar una gran taza de leche, puso para comer una estuenda olla con nabos y tocino, y gracias à Dios passamos felizmente el dia. Muriò el un cavallo, y el otro se curò con mucha dificultad en las Navas; y en dos jacos de alquiler de este Lugar proseguimos nuestra derrota hasta Avila de los Cavalleros: y en la Casa del Marquès de Villaviciosa acabè de convalecer de mi tormenta con sus favores, sus regalos, y mi conformidad.

Prologo fue de el libro de mis desgracias esta melancolica aventura: porque detràs de ella se vino passo à passo mi ruidoso destierro, en el que padeci prolixas desconveniencias, irregulares sufrtos, y consideraciones infelices:

pero fui al mismo tiempo tan afortunadamente dichoso, que vi sobre mi una lastima universal de los nacionales y estraños, una aclamacion increíble, y un amor tan honrado, que jamas aspirara à presumir. Si yo pudiera poner en esta escritura, sin irritar à los actores y testigos, que todavia han quedado en el mundo, las particulares menudencias, y circunstancias que estoy deteniendo en mi pluma, creo que seria este passage el unico que pudiesse alguna enseñanza, algun gusto, y dilatada estimacion en esta historia. Yo conozco que es importante, que esten ocultos los primeros principios, y muchas circunstancias de los medios, y los fines de este escandaloso suceso: por lo que determino contentar al Lector con instruirle de las verdades mas publicas, para que pueda entretenerse sin el resentimiento de los fabricantes de mi pasada penalidad. Es cierto que en los libros de las Novelas, ya fingidas, ya certificadas, y en los lances Comicos inciertos, ò posibles, no se encuentra aventura tan prodigiosa, ni tan honrada, como la que me arrojò à padecer los rigores de un largo y enfadoso destierro. El que quisiere quedar instruido, registre algunos Papeles mios, que con facilidad se tropiezan en las Librerias, y hallará (aunque rebueltos con estudiada confusion) los motivos de mi ignomi-

nia y mi desgracia. En las Dedicatorias de mis Almanagues de los años de 34. y 35. hechas à los Excelentissimos Señores Marques de Grimaldo, y Don Joseph Patiño, que aun duran en el Libro intitulado: *Extracto de Pronosticos de Torres*, està patente mi inocencia, y embozada con los rodeos de una astucia loable, la raiz principal de las conjuraciones que labraron mis desconfuolos y desdichas. En dos membretes impresos en Bayona de Francia, el uno, dictado por Don Juan de Salazar, compañero en la conturbacion, en la fatalidad, la fuga, y la fatiga, y el otro proferido por mi al Rey Nuestro Señor, suplicando à su piedad con lastimosos y rendidos ruegos, para que nos oyesse su justicia, aparecen tambien algunas luces de la clara verdad de este suceso. En estos Papeles, en la representacion que los Ministros hicieron à su Real Magestad, y en la Confesion de Don Juan consta solamente, que provocado este Cavallero de las injurias de un Clerigo poco detenido, se dexò coger de las infecciones de la colera, y abochornado de sus azufres, tirò de la espada, y abrió con ella en los cascos del provocante un par de roturas de mediana magnitud. Dicen que fue el herido con las manos en la cabeza, no à curarse, sino à solicitar la ira de un contrario poderoso, en cuya confianza y vali-

mien-

miento apoyaba su reprehensible temeridad. Arbitraron (para prevenir con mas eficacia sus rencores, y nuestras pesadumbres) que con las heridas frescas partiesse quejoso à informar al Presidente de Castilla. Así lo hizo el buen Sacerdote, y marchò colerico sanguino con las dos faltriqueras en los cascos, y ante su Tribunal dixo, que aquellas heridas se las havia impresso Don Juan de Salazar; y añadió (falsamente) que Don Diego de Torres havia tenido la culpa. Este es todo el hecho público, y esta es la historia que se cantaba en aquel tiempo. Los antecedentes, motivos, y crueles assechanzas, que pusieron à Don Juan en la precision de examinar ciertas ofensas de el herido, y otras diligencias de sus alianzas, quedaràn encubiertas hasta el fin del mundo. Lo que yo asseguro, ahora que estoy libre, y por la misericordia de Dios perdonado de las sospechas en que impusieron al animo piadoso de el Rey, es, que no consentì la menor tentacion, ni tuve la mas leve culpa en orden à las estocadas del Clerigo, ni hablè jamàs ni en chanza, ni en veras, ni con la insinuacion, ni con el deseo en semejante asunto: y en todos los ardidés, probanzas, y juramentos con que intentò la malicia destruir mi fidelidad, mi honor, y buena correspondencia, juro por mi vida que fueron falsos; y esto juraré à

la hora de mi muerte. Deseo con ansia sacar à mi discurso de este atolladero: crea el lector lo que gustare, y vengase conmigo à saber (si le agrada) lo que ya puedo decir con verdad, con descanso, sin peligro, y sin ofensa.

Los que tomaron el corage, la voz, y los poderes de el herido, dieron cuenta al Rey, probando el delito sin nuestra confesion, examen, ni disculpa; y temerosos de que la providencia regular nos pusiesse en prision, salimos de Madrid al Esquileo de Sonfoto y tres Casas, en donde esperamos ocultos la resolucion de la Consulta. Llegò como mala nueva, breve y compendiofa, sin haver padecido la mas leve detencion en el viage desde Sevilla (donde estava à esta fazon la Corte) hasta el Real Consejo. Contenia el Real Orden pocas palabras: porque solo mandaba, que por ciertas causas fuese Don Juan de Salazar por seis años al Presidio del Peñon, y Don Diego de Torres estrañado sin termino de los Dominios de España. Nos diò esta buena noticia el Clerigo caritativo de la cabeza rota, que à un tiempo le hacia su buen corazon parcial con el arrepentimiento de la injuria, y la venganza, y con la enemistad furiosa de nuestros contrarios y enemigos. Antes que las diligencias judiciales nos encontraran en donde pudiesen notificarnos el Real Decreto, huimos, aconseja-

dos del temor y la reverencia, del Esquileo de Sonfoto, con la deliberacion de no parar hasta la Francia. El dia 12. de Mayo à las dos de la tarde salimos del expresado lugar à cavallo; y con el alivio de seiscientos doblones, y dos criados, que nos servian con puntualidad, y con cariño. Llegamos al anochecer à la Granja del Pautlar de Segovia, donde nos regalò, y consolò tres dias el V. Padre Don Luis Quilez, Procurador de aquella silenciosa Comunidad de yivientes bienaventurados. Dadas desde allí todas las prevenciones, è industrias para lograr los avisos, y las Cartas, que informassen de nuestra vida, y nuestros negocios; y advirtièndo à los criados, que nos trataassen como amigos y camaradas, trocados los nombres, el de Don Juan de Salazar en Bernardo de Bogarin, y el mio en Manuel de Villena, tomamos la bendicion de aquellos enterrados Religiosos, y nuestra derrota con alguna melancolia, pero felizmente conformes con los trabajos, y el paradero con que nos tenia amenazados el odio, y la fortuna. Enderezamos nuestro destino à la Francia; eran las Ermitas y Conventos de Frayles nuestro refugio, sagrado, y abrigo; y quando estos lugares no se proporcionaban à la regularidad de las jornadas, se disponia el rancho en las campañas, y sobre la tierra de Dios, que estaba

bien mullida de las lluvias, asentabamos los catres, los aparadores, y los repuestos, que lo eran las mantas y albardones de nuestros cavallos, que iban bien almidonados de mataduras, y costrones. Los avisos frequentes, que nos dieron de la Corte, de que havian salido en nuestra solicitud varias Requisitorias, encargando à los Intendentes, Corregidores, ò Alcaldes de qualquiera Pueblo, que nos aprisionassen y detuviesen en el lugar donde pudiessemos ser havidos. En los mesones, en los Conventos, y otros parages, en donde nos cogia el medio dia, la noche, y la gana de comer, se mezclaba nuestra astucia y curiosidad en la conversacion de los peregrinos, los barrieros, y otros concurrentes, preguntando, que havia de nuevo en Madrid? y entre las novedades salia al punto danzar nuestra tragedia. Mormurabamos de nosotros mismos con quantos se nos ponian delante. Afeabanse las ligerezas de los hechos: maldecianse los escandalos de los delinquentes, y se glossaba sobre el asunto con libertad extraordinaria. Nosotros arizabamos con disimulo importante el fuego de la mormuracion, y especialmente quando el relator era algun Critico aficionado à la poca caridad, ò algun hypocrita de los que quitan los creditos por amor de Dios, y las honras por el bien de las almas. Divertia mu-

cha parte de nuestros sustos y desvelos este juguete, y la ridícula variedad con que oíamos referir nuestra lastimosa historia. Unos aseguraban, que nos vieron ahorcados; otros, que ya comíamos el bizcocho de munición en las Alucernas: y muchos se mantenían en la verdad de nuestra fuga. El suceso se contaba en cada sitio de diferente modo y substancia. Decíase por unos, que una Dama principal era el agente y motivo de nuestra desolación; por otros, que una Comedia satyrica representada contra el Gobierno; y los mas aseguraban, que por haver muerto à un Cura, y herido à otro: y à estas mentiras las rodeaban de unas circunstancias tan infames, è impossibles, que mas nos producian la risa que el enfado. La ignorancia de nuestras personas puso también à muchos en una curiosidad aventurada, y à nosotros en nuevos y evidentes peligros. En Burgos nos marcaron por Frayles Apostatas, porque en un Convento de aquella Ciudad nos oyeron arguir en Philosophia y Theologia; y como esta accion era estraña del traje corto y picaresco, que elegimos para disimularnos, se persuadieron los oyentes à que nuestro estudio y modestia no podia salir de otro lugar que de los Claustros religiosos. Entre los que no nos trataban passamos plaza de

Contravandistas, governando su presumpcion por los informes del vestido, del gesto, y de las armas. La pesadumbre con que caminabamos no era mucha; porque la esperanza de que llegaria (aunque tarde) el conocimiento de mi inocencia, y el perdon de la destemplanza de mi Amigo; el gusto de ir viendo Países nuevos, y gentes no tratadas; el alivio de los seiscientos doblones, que llevabamos en nuestros bolsillos, y los buenos cavallos, que nos sufrían, y autorizaban, nos iban templando la mayor prolixidad de nuestras penas, enojos, y fatigas. No quiero poner aqui el monton de angustias que padecemos à ratos en nuestro viage, yà producidas del miedo de no dár en una prision, yà del cuidado que nos acosaba el espíritu con la memoria de nuestras casas y familias, porque no se me aburran los lectores con la vulgaridad de la relacion de unos lances tan indefectibles, que se los puede presumir el mas rudo, imagínelos el que lea, y quedará menos enojado con su discurso, que con la torpeza de mis enfadoyas expresiones.

Llegamos à Bayona de Francia: y en esta Ciudad nos detuvimos algunos dias, esperando en las Cartas los consuelos de alguna serenidad, y arrepentimiento de los conjurados, que se ha-

vian enardecido contra nuestra quietud. Nos certificaron los ayifos de los Agentes de Madrid el mal estado de nuestra libertad, y las pocas esperanzas que por entonces podiamos tener en orden à reconciliarse los animos de los unos y los otros: y mi Amigo, que llevaba al cuidado de su discrecion las resoluciones de las dos voluntades, determinò que al punto partièsemos à Paris. Hallò prompta mi obediencia, mi amistad, y mi gusto; y al dia siguiente marchamos, persuadidos à que el favor del Señor Marquès de Castelar, que se hallaba Embaxador de España en aquella Corte, seria el unico medio, y remedio contra las adversidades que nos empezaban à perseguir. Reconociendo con puntualidad las Ciudades, Caserios, y Villages intermedios, llegamos à Burdeos, en donde nos encontrò un Criado de Don Juan, que trahia Cartas mas recientes que las que recibimos en Bayona. Tuvo con ellas la mala novedad de que le havian embargado sus bienes, y que los enemigos adelantaban à tal extremo sus rencores, que havian irritado sumamente à los Jueces; y por ultimo le persuadian à bolverse à España à presentarse à la Justicia: porque este solo era el unico modo de bolverse à su hacienda, casa, y opinion. Con este aviso, y este consejo mudò el

proposito de continuar las jornadas à Paris, consultando conmigo sus deliberaciones: y como yo no me havia quedado con mas obligacion, ni mas voluntad que la de conformarme à sus idèas, asentì en esta fin la menor repugnancia, ni disputa. Cargaron sobre Don Juan todas las resoluciones, y las diligencias judiciales; porque como era publico, que mis muebles no podian valer para pagar un Alguacil, ni mis raices para satisfacer un Pedimento, ni mi persona podia ser util fino para añadir un estorvo à la Carcel, y un comedero mas à la Cofradia de la Misericordia, no se acordaron de ella para nada. Don Juan embargado, y yo sin embargo, nos bolvimos desde Burdeos para España con el dolor de las malas nuevas de nuestra libertad, y con el sentimiento de no ver à Paris, adonde nos guiaba aun mas el gusto, que la esperanza de nuestros alivios. A entender en los medios y las astucias de no ser sorprendidos de las Rondas de las Aduanas, à cuya estratagemas y desvelo estaba cometida nuestra prision; y à imprimir los dos Memoriales, de que yà hice memoria en los parrafos antecedentes, paramos segunda vez en Bayona. Desde alli remitimos à Sevilla (donde à esta fazon estaba la Corte) trescientos Memoriales à diferentes Señoras,

Señores, Ministros, y Agentes, para que solicitassen el buen despacho de nuestras súplicas, que todas se encaminaban à que el Rey nos oyesse en justicia, y que se nos examinasse en el Tribunal que su piedad y su rectitud se dignasse de elegir. La resulta fue, que à Don Juan se le oyese en justicia: y mi nombre no pareció para nada en el Decreto. Disfrazados en el traje de Arrieros (que esta fue la resolución que pensamos por oportuna para escaparnos de las Rondas) con los vestidos de unos Mercaderes de Fuentelaencina, que casualmente tropezamos en Bayona, salimos de ella; capitulando llegar à un tiempo mismo à su Lugar, y satisfacer en las Aduanas los derechos que se pagan al Rey por los generos extraños. Ellos galanamente adornados con nuestros vestidos y cavallos, y nosotros forrados en unos coletos mugrientos, en mangas de camisa, con los botines abigarrados, la vara en el cinto, gobernando los ramales de seis mulos, y gruñendo votos y porvidas, nos desaparecimos de Bayona por diferentes carriles, sin mas diferencia que una hora de tiempo. Fuimos pasando por los Lugares donde paraban las Requiritorias: nos encontramos muchas veces con las Rondas, y ninguno de los jueces, ni de los Guardas nos

pudo descubrir, ni aun sospechar; porque es cierto que ibamos discretamente disfrazados. Con dos horas de diferencia (sin havernos acaecido aventura singular en el viage) llegamos à Fuentelaencina, entregamos los machos, los generos, y la cuenta, y dimos mediana razón de nuestras personas, y muchas gracias à los Mercaderes. Despedidos de ellos, discurrió mi Amigo en que el medio mas seguro para empezar à tratar de nuestro negocio era el dividirnos: en esto quedamos, y Don Juan se cargò con el cuidado de asistir à mi Madre, y darla quinientos reales cada mes; lo que cumplió como Cavallero y hombre de bien, que sabia mi inocencia, y la injusticia que los enemigos me havian hecho en quitarme la opinion, la comida, y la libertad. Engendró en los contrarios algunos zelos esta liberalidad; pero sepan los que hoy viven, que despues que bolví de mi destierro à mis honores, y à mis conveniencias, pagué à Don Juan toda la cantidad con que su garvoso genio remedió la desventura en que mi Madre quedaba: y aunque no lo dió con el fin de la cobranza, yo lo recibí con el deseo de la satisfaccion.

Tristísimamente desconsolados, sin acertar con las palabras de la despedida, ni con las

voces de los consuelos, nos dividimos, tomando Don Juan el camino de Madrid, y yo el de Salamanca. Apenas llegó, se presentó en la Carcel de Corte, y desde ella le colocaron en el Convento de San Phelipe el Real, donde hizo judicialmente una Declaracion horrorosa, y verdadera de todos los hechos: y vista por los Señores del Real Consejo de las Ordenes, de quienes era Subdito, por ser el delincente Cavallero de la Orden de Santiago, fue absuelto de los seis años del Peñon, y nuevamente sentenciado à un año de residencia en el Convento de Uclès de la misma Orden. Mientras Don Juan estaba padeciendo los enfados de los Interrogatorios, las comisiones de los Alguaciles, los consejos de los impertinentes, y la reclusion en aquella venerable Casa, estaba yo passeando las Calles de Salamanca lleno de dudas y sospechas, disponiendo la conformidad à quanto me quisiese remitir la providencia, la desgracia, ò la fortuna. Un mes estave en esta suspension, sin que mi Gefe el Maestro Escuela, ni el Corregidor de el Lugar, ni otra ninguna persona me hablasse una palabra en orden à mis aventuras. Llegué à persuadirme, que estaria perdonado, ò à que fue ficcion de mis enemigos la voz tan valida y acreditada del destierro: y una mañana, quando mas olyidado vivia yo de mis

desgracias, se entrò por mis puertas el Alcalde Mayor Don Pedro de Castilla, y me notificò la Orden del Rey, en que su Magestad se dignaba de que fuesse estrañado de sus Dominios. Salí en aquella tarde con dos Corchetes, y un Escrivano, y en treinta horas me pusieron en Portugal, sujeto à las Leyes del Señor Don Juan Quinto, el Justiciero y piadoso Monarca de aquel breve Mundo. Yà tengo escrito este passage en la Dedicatoria al Excelentissimo Marquès de la Paz en el Pronostico del año mil setecientos y treinta y quatro: acudan à el los curiosos, pues es molestia demasadamente enfadosa repetir en estos pliegos lo que yà tengo escrito en otras planas. Hallè, gracias à Dios, en los Politicos y los rusticos de aquel Reyno piadosissimas atenciones, dadas corteses, lastimas graciosas, y una caridad imponderable. Ni en el escrupuloso genio de los Portugueses, ni en la delicadeza de mi estimacion, produjo el mas leve perjuicio el mal olor de Delincente, con que yà estaban apestados, ni el contagio de infame, con que me presentè à sus ojos, llevando sobre mi el sayo de capitalmente condenado. Recibieronme, gracias à Dios, con un gozo, y un agassajo que jamàs pude presumir. Rodando las Aldeas, Caserios, y Erinitas cercanas à las hermosas Ciudades de Coimbra, Villa-Real, y Lame-

go, anduve quatro meses bien divertido y regalado en las Casas de los Curas, los Fidalgos, los Jueces, los Medicos, y otras personas de gusto y conveniencias. Repassaba muchos ratos felizmente gustoso con la memoria y la narracion de mis anteriores aventuras, quando me vieron aquellos montes con el Ropon de Ermitaño. Los recuerdos del dichoso Don Juan del Valle eran frequentes assumptos de las conversaciones, siendo gozo de los que le trataron, y fatiga bien empleada de los que no lo conocieron, la repetición de sus virtudes escondidas. Parlaba con los Abades, y los Hidalgos instruidos (de que hay abundancia en aquel Reyno) de los Systemas de la Philosophia reciente : componiamos el Mundo de los atomos, de la materia sutil, de la striada, y globulosa: regañabamos con *Aristoteles*, y se decia entre nosotros, que no supo explicar un Phenòmeno de la Naturaleza; y con la repetición de los disparates de *Cartesio*, de las presumpciones de *Regis*, y las vanidades de los que hoy garlan en el mundo con sus Librillos repletos de rayas, circulos, y figuras los tenia ansiosamente embelesados. Resollaba con los Medicos muchas pataratas Astrologicas: disculpaba los embustes, astucias, y engaños de su facultad, y lo dudoso de sus juicios y recetas; pero con tal advertencia, que no los

enojasse mi poca fé, y el escarnio, con que me quedo contra la credulidad de los que no piensan que hay muerte, y que para todo hay remedio. Echaba mis parrafos de Politica, de Aulica, de Guerra, y de quanto imaginaba oportuno à la inclinacion de los oyentes. Aseguro al que lee, que en mi vida he hablado ni tan vania, ni tan disparatadamente como entonces; pero era disculpable mi garrulidad; porque la precisión de tenerlos gustosos y parciales, hizo alborotar con demasia à mi natural silencio.

Con este trato humilde, agradable, y astuto vivia en aquellos cortos lugares, hasta que cansado de su brevedad, me mudè à Coimbra, adonde no pude detenerme fino muy poco tiempo, por causa de que aun vivia (aunque muy viejo y postrado) el majadero zeloso, que me diò motivo para dexar la vez primera que la pisè aquella hermosissima Ciudad. No obstante este ridiculo estorvo; y persuadido à que la mudanza de mi nombre y trage le havrian yà borrado de su memoria los accidentes de mi figura, quise alicionarme con el trato y la conferencia de algunos de los Doctores de aquella grande por todos modos Universidad. Baptizado tercera vez con el nombre de Francisco Bermudez, hablé de mi verdadero nombre y persona con varios sugetos de la primera distincion,

gobierno, y sabiduria de aquella Escuela; y me significaron el especial honor que lograrian, en que el Doctor Don Diego de Torres fuese à servir la Cathedra de Mathematicas, que tenian vacante por muchos años por falta de Opositor y pretendiente. Yo les aseguraba, que conocia à Torres, y que estaba olvidandose del mundo en uno de los Lugares de la Raya, obedeciendo al Real Decreto de su Rey, que le tenia estrañado de sus Dominios. Prometi que le significaria lo mucho que tenia que agradecer à sus buenos deseos, manifestando las honradas proposiciones con que procuraban premiar sus fatigas, y desvanecer sus desconfuelos. Anadieron à estas favorables promesas, que perdonarian los gastos de la Incorporacion del Grado, el Examen, y Exercicios, y consultarían al Rey, para que sin exemplar aumentasse los salarios de la Cathedra. Antes que pudiesse la casualidad, ò la malicia descubrir que yo era el Torres que solicitaban, dexè à Coimbra, y vine à parar por otro par de semanas à Mirandela, y à la Torre de Moncorbo; y de este lugar escribi à los Doctores de la Comission, que Don Diego de Torres solo atendia à los cuidados de manifestar al Rey su veneracion, su innocencia, y todas las operaciones de fidelissimo vasallo; y que perderia todas las esperanzas, y comodi-

dades de honra, y de riqueza que le pudiesse dar el mundo hasta demostrar su fidelidad, su zelo, y su inalterable esclavitud. Persuadilos en la Carta lo agradecido que quedaba à la altissima honra de tan gloriosa Universidad y otras expresiones muy rendidas, muy reverentes, y muy verdaderas. Vago y ocioso de uno en otro Pueblo vivia yo, esperando en el Examen de los Jueces, y en la piedad del Rey la restitucion à mi Patria; pero mi mala suerte me retardaba los alivios. Muchas veces me vi acometido de los pensamientos de ponerme en Lisboa, yà agassajado de los deseos de volver à instruirme en aquella gran Corte, yà incitado de las Cartas, y las proposiciones con que me llamaron algunos Principes; pero conociendo que me exponia à la infamia de ser ingrato, ò à la angustia de hacer imposible la buelta à Castilla, no me determinè à consentir ni à los honrosos llamamientos de los Proceres, ni à los alegres gritos de mi curiosidad. Mientras que yo andaba desocupado, sin destino seguro, y lleno de indeliberaciones, ideas, arrepentimientos, y propósitos, cumplió Don Juan su reclusion de Uelès; y haviendose restituido à Madrid, continuaba con fervor incansable las diligencias y officios de mi libertad y restitucion. Escribiome, que seria oportuno, que alguna de mis hermanas se

apareciesse en la Corte à befar los pies del Rey, y à suplicar à su Real animo por mi libertad, por su alivio, y el de mi pobre Madre: y en pocos dias se pusieron desde Salamanca en el camino de Balsain (adonde estaba la Corte) mi hermana Manuela, mi sobrina Josepha de Ariño, y mi primo Antonio Villarroel. Encontraron en el Ministro un agrado piadoso, en los grandes Sujetos de la Corte una lastima cariñosa, y en los mas ignorados una inclinacion favorable, y una promptitud increíble, llena de consuelos, alivios, y breves esperanzas. El puro llanto de mis inconsolables parientes, y la porfiada asisistencia à las puertas del Ministro, y la general misericordia con que todos miraban à mi pobre Hermana y Sobrina, me sacaron del tristissimo cautiverio al puerto de la felicidad y la ventura. El Eminentissimo Señor Cardenal de Molina, mi Señor, de orden del Rey me bolvió mejorada la libertad y la honra en una Carta, que guardo para mi confusion, mi gratitud, y mi seguridad. Bolví à mi Patria, y en ella me recibieron muchos con contento, algunos con defazon, y los mas con una indiferencia sospechosa, y aun fuga reparable; porque juzgaban, que lo desterrado era enfermedad pestilente, y que el odio de los enemigos podia introducirse en sus deseos, esperanzas, y conveniencias. No me admire, porque este es un

dichados, y una enfermedad incurable en todo lugar de pretendientes.

Tres años durò la privacion de mi libertad; y aunque tuve en ellos la paciencia y alivios que dexo expressados, tambien padeci en este intermedio otra conjuracion notan poderosa; pero mas terrible y abominable, que la que fue causa del destierro. Callarè su naturaleza, los productores, y el lugar del delito, porque la caridad que debo tener con el progimo me estorva la quexa y la noticia. Viven muchos, que pudieran ofenderse de mi descubrimiento: y no es justo dár que sentir à ninguno, quando no importa à mi opinion, ni à mi quietud, que se queden en el silencio su arroj, y mi conformidad. Solo puedo decir para mi confusion, que el Real Consejo de las Ordenes tomò la providencia de averiguar la torpeza de la accion; y examinada con muchos testigos, defengãos, y papeles, hallò al Reo oculto, encontró con mi innocencia ahogada, y fue sobrecogido de una lastimosa compasion de ver los crueles enojos, y facinerosas asechanzas con que daba en aborrecerme la fortuna. Padeci en este tiempo en estremada soledad, con mucha pobreza, y riguroso defabrigo dos enfermedades agudas, que me asomaron à la boca del sepulcro. Fue la una un sobervio y executivo garrotillo, que me agarrò bien descuidadamente en una miserable Aldea

de Portugal en la casa de un pobre Pescador honrado, piadoso, y diligente. En el angosto cubierto de su estrecha habitacion, resumida toda à un negro portal, y à una cocina poco ahumada, y sobre un desmembrado xergòn, compuesto de los destrozos de sus viejas redes, estuve lidiando con las zozobras de tan maligna y traydora enfermedad. Fui en un tomo el Dotor, el Cirujano, y el Enfermo; y quiso la providencia de Dios, que en un sitio tan retirado, tan misero, y tan inculto no me faltasse lo conducente para detener las atrevidas promptitudes del afecto. Tenia mi Angel Pescador arrojadas sobre unos tablones muchas simientes de calabaza, y de melon, que reservaba su economia y su industria para sembrar en un pedazo de terreno, que tenia arrendado, y una cazuela barrigona de barro Zamorano mas que mediada de azucar (provision indispensable en la casa mas pobre de aquel Reyno) y con estas simientes me disponia unas orchatas medianamente frescas en la garapiñera del sereno, las que bebia por tarde y por mañana. Dabame en las horas oportunas unos caldos de coles y tocino; y con aquella golosina y remedio, estas substancias, y seis sangrias, que reparti entre los brazos y las piernas, me libè de morir ahorcado entre las garras de tan violento è implacable verdugo. Nunca fui tan agradecido, ni tan apasionado à los cortos ele-

mentos de la Medicina como en esta ocasion: y el haver leido, que à esta idea de achaque se ocurre con las sangrias y los refrescos, me firmò de un notable alivio, y una confianza saludable. Para que al Lector no le quede confusion alguna en orden al modo y la promptitud de executar las evaquaciones de sangre, sepa, que ha muchos años que llevo en mi bolsillo, y especialmente à los viages, un estuche con herramientas de Cirugia, pluma, tintero, hilo, y abuja, y otros trastos con que divertir, y remendar la vida, y el vestido. Fue la otra enfermedad una calentura ardiente, que me assaltò en el Convento de San Francisco de Trancofo, en la que fui asistido dichosamente de un Confessor sabio y devoto, y de un Medico necio, è ignorante. En este peligro librò con mas ventajas mi conciencia que mi cuerpo; porque en aquella no quedò rastro, ni reliquia de escrupulo, y de mi humanidad aun no he podido ver sacudidas las maldades que dexò en ella, ò plantò de nuevo con sus malaventuradas zupias y brevages. Despues de diferentes recaidas vino à parar en una destilacion al pecho, que me puso en las agonias de una Physica incipiente, y huviera passado à la tercera especie, à no haver escapado de sus uñas. Desesperado con la asistencia y la ignorancia de este bruto Dotor, determinè que un Lego Enfermero de la Casa me diese un boton de fuego.

go entre tercera y quarta vertebra del espinazo , para que abriendo una fuente en este sitio , se viniessè à este conduèto la destilacion , que corria precipitada à los pulmones. Con la esperanza de esta medicina, dictada por mi antojo , y sin temor à mi flaqueza, ni à las injurias del temporal , me mudè à *Ponte de Abad* , Lugar en donde , por la misericordia de Dios, no havia Medico, ni Boticario. Con la falta de estos dos enemigos, con mucha paciencia, y el consuelo de ir palpan-do las buenas noticias , que me daba mi albañal , me vi libre en pocos dias de tan rebelde y desesperada dolencia. Otros trabajos y desdichas sufrì en esta larga y penosa temporada , pero los suavizò mucho mi conformidad ; y los deleytes , que no dexaban de encontrarme à cada passo ; de modo que iba corriendo mi vida como la del mas dichoso, el mas rico , y el mas acompañado, pues para todos vienen las pesadumbres y los gustos, la salud y la enfermedad , el ocio y el entretenimiento , la miseria y la abundancia ; porque la vida de el mas feliz y el mas desgraciado està llena de sobras y faltas , alteraciones y serenidades , tristezas y alegrías , y con todo se vive hasta la muerte.

Gozando de la quietud de mi casa , de la compaña dulce de mi madre y hermanas, de la conversacion de mis amigos , y de las adu-laciones de mi tintero y de mi plu-

ma, me estuve un año en Salamanca , hasta que con la licencia de el Eminentissimo Cardenal de Molina mi Señor vine à Madrid. Apofentòme (con admiracion y susto de los contrarios , y honrado gozo de los afectos) D. Juan de Salazar en su casa : y con esta accion volcò muchos juicios , y arruinò mil conjeturas poco favorables à nuestra amistad y confianza : corrimos en su coche passeos publicos, visitamos con ancha alegria à nuestros apasionados, con politica estrecha à nuestros enemigos, y con reservada prudencia à los indiferentes en las noticias y acciones de nuestros trabajos y sucessos. Nuestra presençia y amistad produjo muchos desengaños , desató muchas dudas , y puso respeto à pocas jactancias y mentiras. Con esta diligencia, y la demonstracion de la constancia inseparable de nuestro cariño, se ferenaron las inquietudes , y se enterraron todas las ideas y maquinas de los genios reboltofos , noveleros , y desocupados. Passè con mi Amigo felizmente todo el Verano ; y pocos dias antes de San Lucas me bolvi à Salamanca à cumplir mis juramentos , y mis obligaciones ; y al año siguiente , que fue el de 1736. despues de finalizadas mis tareas, empecè à fatisfacer varios votos, que havia hecho por mi libertad y mi vida en el tiempo de mi esclavitud y mis dolencias. Fue el mas penoso el que hice de ir à pie à

sitar el Templo del Apostol Santiago, y fue sin duda el mas indignamente cumplido; porque las indevotas, vanas, y ridiculas circunstancias de mi peregrinacion, echaron à rodar parte del merito y valor de la promessa. Salí de Salamanca rebentando de Peregrino, con el bordon, la esclavina, y un vestido mas que medianamente costoso. Acompañabame D. Agustín de Herrera, un amigo muy conforme à mi genio, muy semejante à mis ideas, y muy parcial con mis inclinaciones; el que tambien venia tan fanfarron, tan hueco, y tan loco como yo, afectando la gallardía, la gentileza, y la pompa del cuerpo y del trage, y descubriendo la vanidad de la cabeza. Detrás de nosotros seguian quatro criados con quatro cavallos del diestro, y un macho donde venian los repuestos de la cama y la comida. Atravesamos por Portugal para salir à la Ciudad de Tuy, y en los pueblos de buenas vecindades nos deteniamos, yà por el motivo de descansar, yà por el gusto de que mi compañero y mis criados viessen sin prisa los lugares de aquel Reyno, que yo tenia medianamente repassado. Divertiamos poderosamente las fatigas del viage en las casas de los Fidalgos, en los Conventos de Monjas, y en otros lugares, donde solo se trataba de oír musicas, disponer danzas, y amontonar toda casta de juegos, diversiones, y ale-

grias. Convocabanse en los lugares del passo, y la detencion las mugeres, los niños, y los hombres à ver *el Piscator*, y como à Oraculo acudian llenos de fé y de ignorancia à solicitar las respuestas de sus dudas y sus deseos. Las mugeres infecundas me preguntaban por su succession, las solteras por sus bodas, las aborrecidas del marido me pedian remedios para reconciliarlos; y detrás de estas soltaban otras peticiones, y preguntas raras, necias, è increíbles. Los hombres me consultaban sus achaques, sus escrupulos, sus perdidas, y sus ganancias. Venian unos à preguntar, si los querian sus damas, otros à saber la ventura de sus empleos y pretensiones; y finalmente venian todos y todas à ver como son los hombres que hacen los Pronosticos: porque la sinceridad de el vulgo nos creen de otra figura, de otro metal, ò de otro sentido que las demás personas; y yo creo, que à mi me han imaginado por un engendro mixto de la casta de los diablos y los brujos. Este viage le tengo escrito en un Romance, que se hallará en el segundo Tomo de mis Poesias, y en el Extracto de Pronosticos, en el del año de 1736. en donde están con mas individualidad referidas las jornadas: aqui solo expreso, que sin duda alguna huviera buuelto rico à Castilla, si huviesse dexado entrar en mi desinterès un poco de codicia, ò un disimulo con

manos de aceptación : Porque con el motivo de concurrir à la mesa del Ilustrissimo Arzobispo de Santiago el Señor Yermo , el Medico de aquel Cabildo Don Thomàs de Velasco , hombre de mucha ciencia, mucha gracia, y honradèz, hablaba de mi en todos los concursos (claro està que por honrarme) con singularissimas expresiones de estimacion àzia mi persona y mis bachillerias. Agregaronse à su opinion , y su cortejanía los demás Medicos, y no hubo achacoso, doliente , ni postrado , que no solicitasse mi visita. Atento , caritativo, y espantado de la sencillez y credulidad de las gentes iba con mi Doctor sabio y gracioso à ver, consolar , y medicinar sus enfermos; los que querian darme quanto tenían en sus casas. Agradeci sus bizarrías, sus agasajos, y les dexè sus dones, y sus alajas , contentando mi ambicion con la dichosa confianza , y el acentissimo modo con que me recibieron. Mucho tendria de vanidad y quixotada este desvio en un hombre de mi regular esfera ; pero tambien era infamia hacer comercio con mis embustes , y sus sencilleces , no teniendo necesidad, ni otro motivo discupable.

Dexando contentos à los Medicos , y muy distraídos de aquel error comun , que me capitula de enemigo grossero y rencoroso de las apreciables experiencias de su facultad , y consolados à los enfermos , aquietando à unos sus apre-

hensiones y realidades con remedios dociles , y persuadiendo à otros , que la carestia de los medicamentos era el mas oportuno socorro para sus dolencias, pasè à la Coruña , en donde me sucediò el aplauso y el honor de aquellos honradores genios con el mismo alborozo que en Santiago. Desde aquel alegre y bellissimo Puerto de Martomè el camino de Castilla por distintos lugares , en los que mereci ser huesped de las primeras personas de distincion , agasajandome en sus casas con las diversiones, los regalos, y los cariños. En medio de estar ocupado con los delytes, las visitas, y los concursos, no dexaba de escoger algunos ratos para mis tareas. La que me impuse en este viage, fue *la Vida de la Venerable Madre Gregoria de Santa Theresa*, la que conclui en el camino con el Almanak de aquel año antes de bolver à Salamanca; adonde lleguè desocupado para proseguir, sin estrañas fatigas, las que por mi obligacion tengo juradas. Cinco meses me detuve en este viage , y fue el mas feliz, el mas venturoso y acomodado que hé tenido en mi vida; pues sin haver probado la mas leve alteracion en la salud , ni en el animo , sali y entrè alegre , vanaglorioso , y dichosamente divertido en mi casa. En la quietud de ella cumpli el *quarto Trozo* de mi edad, que es el asunto de esta Historia : y desde este tiempo hasta hoy , que es el dia veinte de Mayo del

del año de mil setecientos y quarenta y tres , no ha pasado por mi aventura, ni suceso, que sea digno de ponerse en esta Relacion. Voy manteniendo , gracias à Dios , la vida sin especial congoja , ni mas pesadumbres, que las que dan à todos los habitadores de la tierra el Mundo , el Demonio , y la Carne. Vivo , y me han dexado vivir desde este termino los impertinentes que viven de residenciar las vidas y las obras ajenas , quieto y apacible , y ocupado sin reprehension y sin molestia. Me ayudan à llevar la vida con alguna comodidad y descuido la buena condicion y compania de mis hermanas y mis gentes , y mil ducados de renta al año : que con ellos, y las añadiduras de mis afortunadas majaderias junto para que descanfen mi madre y mis hermanas , ayuden à nuestros miserables parientes , y den algunas limosnas à los pobres forasteros de nuestra familia. Vivo muy contento en Salamanca, y con los propósitos de dar los huessos à la tierra donde respirè el primer ambiente , y à la que me diò los primeros frutos de mi conservacion. Varias veces me ha acometido la fortuna con las propoficiones de bienes mas crecidos , y mas honrados que los que gozo ; pero conociendo mi indignidad , y la mala cuenta que havia de bolver de sus encargos , me he hecho fordo à sus gritos , sus promessas , y sus esperanzas. Hago todos los

años dos ò tres escapatorias à Madrid , sin el menor desperdicio de mi casa : porque en la de la Excelentissima Señora Duquesa de Alva mi Señora , logro su abundantissima mesa , un alojamiento esparcido, poltron, y ricamente alhajado; y lo que es mas , la honra de estar tan cercano de sus pies. Por los respetos à esta Excelentissima Señora , me permiten las mas de su caracter y altura la frecuencia en sus estrados , honrando à mi abatimiento con afabilissimas piedades. Los Duques , los Condes , los Marqueses , los Ministros , y las mas personas de la sublime , mediana , y abatida esfera, me distinguen , me honran , y me buscan, manifestando con sus sollicitudes y expresiones el singular asiento que me dan en su estimacion y su memoria. No he tocado puerta en la Corte , ni en otro Pueblo , que no me la hayan abierto con agasajo y alegria. El que imagine, que este modo de explicar las memorables aficiones que debo à las buenas gentes, es ponderacion, ò mentira absoluta de mi jactancia, venga lo à ver , y le cogerà el mismo espanto que à mi que lo toco. Vengase conmigo el incredulo pesaroso de mi estimacion , y se ahitarà de cortesias, y buenos semblantes. Lo que mas claramente descubre esta Relacion es una vanidad disculpable , y un engreimiento bien acondicionado ; porque sabiendo yo , que no merece mi cuna , mi

empleo, mi riqueza, ni mi ingenio mas expresiones, que las que se hacen por christiandad, y por costumbre, no dexa de hacerme coquillas en el amor proprio, de que esta casta de general y venerable agassajo se endereza à mi persona, à mi humildad, y à mi correspondencia. Tambien creo, que me havrà dado tal qual remoquete cortefano la extravagancia de mi estudio; pero otros hacen Coplas y Pronosticos, y los veo aborrecidos y olvidados. Confiesse mis Enaulos y embidiosos, que Dios me lo presta, y que yo me ayudo con el respeto y buen modo con que procuro hacerme parcial à todo genero de gentes: que yo tambien confieso que escribo estas escusadas noticias por darles un poco de pesadumbre, y un retazo de motivo para que recaygan sobre mi sus murmuraciones y blasfemias. Guardo con especial veneracion, respeto, y confusion mia las Cartas, y la correspondencia con algunos Cardenales, Arzobispos, Obispos, Duquesas, Duques, Generales de las Religiones, y otros Principes, y Personas de la primera altura y soberania. Estas son las alajas y preciosidades que venero especialissimamente, y las que mandarè à mis herederos, que muestren, y vinculen por unica memoria de mi felicidad, y para testigos del ho-

nor que sabe dár el mundo à los desventurados, que procuran vivir con desinterès, abatimiento de sí mismos, y respeto à todos. No me faltan algunos enemigos veniales, y maldicientes de escalera abaxo, aunque yà tengo pocos, y malos; y siento mucho, que se me haya hundido este caudal; porque à estos tales he debido mucha porcion de fama, gusto, y conveniencia, que hoy hace feliz y venturosa mi Vida.

Esta es la verdadera Historia de ella. Espero en Dios acabar mis dias con la serenidad que estos ultimos años. Estoy en irme muriendo poco à poco, sin matarme por nada. Discurro que yà no me bolveràn à coger las desgracias, ni los acafos memorables; porque mi vejez, mis defengaños, y mis encantamientos me tienen retirado de los bullicios, y con el ojo alerta à las asechanzas, y los tropicaderos; y si me buelven à agarrar las persecuciones, consolareme con la consideracion de lo poco durable que serà mi desdicha; porque la muerte ha de acabar con ella, y yà no puede estàr muy lejos. Y en fin venga lo que Dios quisiere, que todo lo he de procurar sufrir con paciencia, y con resignacion, y alegría catholica, que este modo de adquirir una buena muerte, despues de esta mala Vida.

